

CUENTOS QUE CORTAN EL ALIENTO

*Colección,
Prologo y Notas:*

**Rodrigo
Argüello G.**



CUENTOS QUE CORTAN EL ALIENTO

Ambrosia Editores

RODRIGO ARGUELLO

AMBROSIA EDITORES

©Rodrigo Argüello

Ambrosía Editores
1ª edición, 2002
Bogotá D.C.

Diagramación:
Net Educativa

Ilustración de la cubierta:
Dante y Virgilio en los infiernos (1850) de
William Bouguereau, óleo sobre tela, 2,82 X 2,25 m.

Impreso en Colombia por:
Net Educativa

ÍNDICE

PROLOGO	4
¿Fue un sueño? <i>Guy de Maupassant</i>	6
La cicatriz del mal <i>Eric McCormack</i>	9
Cordero asado <i>Roald Dahl</i>	12
Un corazón de oro <i>Boris Vian</i>	17
La ventana <i>German Sánchez Espeso</i>	20
Un marido afortunado <i>David H. Keller</i>	27
Nadie desaparece del todo <i>Lázaro Covadlo</i>	30
La señorita Winters y el viento <i>Cristine Noble Govan</i>	39
La avería <i>Friedrich Dürrenmatt</i>	43

PRÓLOGO

Si bien es cierto que el cuento es un género que ha vuelto a tomar un buen *aliento* en el ambiente de la literatura, incluso en las propuestas pedagógicas¹, también es cierto que son pocos los escritores de la actualidad que escriben cuentos que *corten el aliento*. Los cuentos de los escritores actuales, en general, son aburridos, sin tensión alguna, cargados de una metafísica cotidiana sin trascendencia, es decir, no cuentan nada. Recordemos que en una de sus etimologías *cuento* viene del latín *computus*, que quiere decir llevar las cuentas de algo. Contar es llevar las *cuentas* de los acontecimientos, sin perder ninguna cifra o detalle. *Cuento es llevar las cuentas, con suspenso, de un evento que en un principio no parecía extraordinario*. En ese sentido, pues, más que añorar las novelas del siglo XIX, deberíamos extrañar lo extraño y lo extraordinario de los cuentistas de ese periodo, herederos indiscutibles de la literatura fantástica, gótica e inquietante de la sensibilidad romántica. Me refiero a los grandes fundadores del cuento moderno, tales como E.A. Poe, Ch. Nodier, T. Gautier, N. Gogol, R.L. Stevenson, etc.

El ejemplo perfecto de este periodo es el cuento *¿Fue un sueño?*, de Maupassant, *abrebocas* y comienzo de nuestra antología.



¿Fue un sueño? Es el cuento clásico de la sorpresa final. En este cuento, tan corto, se encuentran el tema del hombre ante la muerte, en el sentido más afectado y gótico; el tema del amor traicionado; incluso, se nos dice de manera cruel y simbólica que la traición es del orden del tiempo, pues es después de un largo periodo que se empiezan a entender sucesos que ocurrieron anteriormente, como el caso de *“una pulmonía”* que le cortara el aliento a más de un lector ingenuo o confiado.

La cicatriz del mal. Este es el cuento-marco (*frame-story*) de una novela tan divertida como escalofriante. Lo interesante aquí es que el narrador, ante la incredulidad de su auditorio, lleva consigo la prueba viviente de lo que sucedió.

Pero si en *la cicatriz del mal*, el criminal fracasa en su estrategia para llevar a cabo el crimen perfecto, *Cordero asado* es el cuento paradigmático de la coartada perfecta, pues la manera como desaparece, voluntaria o involuntariamente (lee e investiga, amigo lector) la evidencia o prueba reina es de una eficacia e ironía extraordinaria. El cuento policiaco tiene muchos ejemplos de este recurrente motivo literario, pero éste que ha escrito el gran cuentista Roald Dahl, me parece uno de los mejores.

Un corazón de oro. Es la historia de un hombre que por un instante quiere recobrar el aliento, pero un dulce niño se lo corta de manera cruel y escalofriante. Este cuento le hará saltar *los nervios* a cualquiera.

La ventana. Conozco cuatro versiones de esta historia (incluso hay una de la escritora colombiana Fanny Buitrago). Pero la que más me ha impresionado siempre es esta versión, escrita por el español German Sánchez Espeso, debido, tal vez, al hecho de que sus protagonistas sean un par de niñas.

Se encuentra en este cuento una *ventana*, que tiene como significado: la posibilidad, la luz, el viaje, la fantasía frente a una blancura que sin duda es el símbolo de la muerte y de la nada. Es la más cruel, tierna y bella historia ocurrida a unas niñas (Marta y Juanita) encerradas en un cuarto de hospital. Estamos en presencia de Marta, una especie de Sherezada que proyecta con sus historias una serie de mundos posibles y fantásticos.

Al final... una de las dos niñas, o tal vez las dos, y el lector, por supuesto, se quedarán sin aliento.

Un marido afortunado. La ironía del humor inglés lo encontramos en este cuento corrosivo. Un hombre va siendo aniquilado por una mujer obsesiva y opresora.

La señorita Winters y el viento. Pocas veces un cuento encarna en una metáfora-símbolo, la crueldad, la soledad, la desprotección, el miedo y la miseria, como se ve en la relación que se establece entre la señorita Winters (inviernos) y el viento. ¡Qué enemigo más implacable!, al punto que aquí el viento puede simbolizar a la misma sociedad. Es importante decir que ocurre en la época de la depresión norteamericana, pero también hay que decir que es demasiado actual.

Nadie desaparece del todo. Lo que en un principio quiso ser una estrategia para evitar el servicio militar, es decir, que un joven, para no pagar su servicio militar, se corte uno de los dedos del pie, se vuelve algo espantoso y sin precedentes. Con este cuento estamos frente de la sátira más feroz contra la sociedad actual.

La avería. Este cuento por ser extenso, y sin duda una pieza maestra, merece un comentario aparte. Por eso invito al lector a leer las notas del final, tituladas: *La conciencia imperfecta* o *las averías de la conciencia*.

1. Sobre este tema recomiendo el estupendo libro de Jean-Marie Gilig titulado: *El cuento en pedagogía y en reeducación*, F.C.E., 2001.



¿Fue un sueño?

¿Guy de Maupassant

¡L a había amado locamente!

¿Por qué se ama? ¿Por qué se ama? Cuán extraño es ver un solo ser en el mundo, tener un solo pensamiento en el cerebro, un solo deseo en el corazón y un solo nombre en los labios... un nombre que asciende continuamente, como el agua de un manantial, desde las profundidades del alma hasta los labios, un nombre que se repite una y otra vez, que se susurra incesantemente, en todas partes, como una plegaria.

Voy a contaros nuestra historia, ya que el amor sólo tiene una, que es siempre la misma. La conocí y viví de su ternura, de sus caricias, de sus palabras, en sus brazos tan absolutamente envuelto, atado y absorbido por todo lo que procedía de ella, que no me importaba ya si era de día o de noche, ni si estaba muerto o vivo, en este nuestro antiguo mundo.

Y luego ella murió. ¿Cómo? No lo sé; hace tiempo que no sé nada. Pero una noche llegó a casa muy mojada, porque estaba lloviendo intensamente, y al día siguiente tosía, y tosió durante una semana, y tuvo que guardar cama. No recuerdo ahora lo que ocurrió, pero los médicos llegaron, escribieron y se marcharon. Se compraron medicinas, y algunas mujeres se las hicieron beber.

Sus manos estaban muy calientes, sus sienes ardían y sus ojos estaban brillantes y tristes. Cuando yo le hablaba me contestaba, pero no recuerdo lo que decíamos. ¡Lo he olvidado todo, todo, todo! Ella murió, y recuerdo perfectamente su leve, débil suspiro. La enfermera dijo: "¡Ah!" ¡Y yo comprendí! ¡Y yo comprendí!

Me consultaron acerca del entierro pero no recuerdo nada de lo que dijeron, aunque sí recuerdo el ataúd y el sonido del martillo cuando clavaban la tapa, encerrándola a ella dentro. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ella estaba enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Vinieron algunas personas... mujeres amigas. Me marché de allí corriendo. Corrí y luego anduve a través de las calles, regresé a casa y al día siguiente emprendí un viaje.

Ayer regresé a París, y cuando vi de nuevo mi habitación - nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, todo lo que queda de la vida de un ser humano después de su muerte -, me invadió tal oleada de nostalgia y de pesar, que sentí deseos de abrir la ventana y de arrojarme a la calle. No podía permanecer ya entre aquellas cosas, entre aquellas paredes que la habían encerrado y la habían cobijado, que conservaban un millar de átomos de ella, de su piel y de su aliento, en sus imperceptibles grietas.

Cogí mi sombrero para marcharme, y antes de llegar a la puerta pasé junto al gran espejo del vestíbulo, el espejo que ella había colocado allí para poder contemplarse todos los días de la cabeza a los pies, en el momento de salir, para ver si lo que llevaba le caía bien, y era lindo, desde sus pequeños zapatos hasta su sombrero.

Me detuve delante de aquel espejo en el cual se había contemplado ella tantas veces... tantas veces, tantas veces, que el espejo tendría que haber conservado su imagen. Estaba allí de pie, temblando, con los ojos clavados en el cristal - en aquel liso, enorme, vacío cristal - que la

había contenido por entero y la había poseído tanto como yo, tanto como mis apasionadas miradas. Sentí como si amara a aquel cristal. Lo toqué; estaba frío.

¡Oh, el recuerdo! ¡Triste espejo, ardiente espejo, horrible espejo, que haces sufrir tales tormentos a los hombres! ¡Dichoso el hombre cuyo corazón olvida todo lo que ha contenido, todo lo que ha pasado delante de él, todo lo que se ha mirado a sí mismo en él o ha sido reflejado en su afecto, en su amor! ¡Cuánto sufro! Me marché sin saberlo, sin desearlo, hacia el cementerio. Encontré su sencilla tumba, una cruz de mármol blanco, con esta breve inscripción: «Amó, fue amada, y murió.»

¡Ella está ahí debajo, descompuesta! ¡Qué horrible! Sollocé con la frente apoyada en el suelo, y permanecí allí mucho tiempo, mucho tiempo. Luego vi que estaba oscureciendo, y un extraño y loco deseo, el deseo de un amante desesperado, me invadió.

Deseé pasar la noche, la última noche, llorando sobre su tumba. Pero podían verme y echarme del cementerio. ¿Qué hacer? Buscando una solución, me puse en pie y empecé a vagabundear por aquella ciudad de la muerte. Anduve y anduve. Qué pequeña es esta ciudad comparada con la otra, la ciudad en la cual vivimos. Y, sin embargo, no son muchos más numerosos los muertos que los vivos. Nosotros necesitamos grandes casas, anchas calles y mucho espacio para las cuatro generaciones que ven la luz del día al mismo tiempo, beber agua del manantial y vino de las vides, y comer pan de las llanuras.

¡Y para todas estas generaciones de los muertos, para todos los muertos que nos han precedido, aquí no hay apenas nada, apenas nada! La tierra se los lleva, y el olvido los borra. ¡Adiós! Al final del cementerio, me di cuenta repentinamente de que estaba en la parte más antigua, donde los que murieron hace tiempo están mezclados con la tierra, donde las propias cruces están podridas, donde posiblemente enterrarán a los que lleguen mañana. Está llena de rosales que nadie cuida, de altos y oscuros cipreses; un triste y hermoso jardín alimentado con carne humana. Yo estaba solo, completamente solo. De modo que me acurruqué debajo de un árbol y me escondí entre las frondosas y sombrías ramas. Esperé, agarrándome al tronco como un naufrago se agarra a una tabla.

Cuando la luz diurna desapareció del todo, abandoné el refugio y eché a andar suavemente, lentamente, silenciosamente, hacia aquel terreno lleno de muertos.

Anduve de un lado para otro, pero no conseguí encontrar de nuevo la tumba de mi amada. Avancé con los brazos extendidos, chocando contra las tumbas con mis manos, mis pies, mis rodillas, mi pecho, incluso con mi cabeza, sin conseguir encontrarla. Anduve a tientas como un ciego buscando su camino. Toqué las lápidas, las cruces, las verjas de hierro, las coronas de metal y las coronas de flores marchitas. Leí los nombres con mis dedos pasándolos por encima de las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡Y no pude encontrarla!

No había luna. ¡Qué noche! Estaba asustado, terriblemente asustado, en aquellos angostos senderos entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Sólo Tumbas! A mi derecha, a la izquierda, delante de mí, a mí alrededor, en todas partes había tumbas. Me senté en una de ellas, ya que no podía seguir andando. Mis rodillas empezaron a doblarse. ¡Pude oír los latidos de mi corazón! Y oí algo más. ¿Qué? Un ruido confuso, indefinible. ¿Estaba el ruido en mi cabeza, en la impenetrable noche, o debajo de la misteriosa tierra, la tierra sembrada de cadáveres humanos? Miré a mi alrededor, pero no puedo decir cuánto tiempo permanecí allí. Estaba paralizado de terror, helado de espanto, dispuesto a morir.

Súbitamente, tuve la impresión de que la losa de mármol sobre la cual estaba sentado se estaba moviendo. Se estaba moviendo, desde luego, como si alguien tratara de levantarla. Di un salto que me llevó hasta una tumba vecina, y vi, sí, vi claramente cómo se levantaba la losa sobre la cual estaba sentado. Luego apareció el muerto, un esqueleto desnudo, empujando la losa desde abajo con su encorvada espalda. Lo vi claramente, a pesar de que la noche estaba oscura.

En la cruz pude leer:

«Aquí yace Jacques Olivand, que murió a la edad de cincuenta y un años. Amó a su familia, fue bueno y honrado y murió en la gracia de Dios.»

El muerto leyó también lo que había escrito en la lápida. Luego cogió una piedra del sendero, una piedra pequeña y puntiaguda, y empezó a rascar las letras con sumo cuidado. Las borró lentamente, y con las cuencas de sus ojos contempló el lugar donde habían estado grabadas. A continuación con la punta del hueso de lo que había sido su dedo índice, escribió en letras luminosas, como las líneas que los chiquillos trazan en las paredes con una piedra de fósforo:

«Aquí yace Jacques Olivand, que murió a la edad de cincuenta y un años. Mató a su padre a disgustos, porque deseaba heredar su fortuna; torturó a su esposa, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó todo lo que pudo, y murió en pecado mortal.»

Cuando hubo terminado de escribir, el muerto se quedó inmóvil, contemplando su obra. Al mirar a mi alrededor vi que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los muertos habían salido de ellas y que todos habían borrado las líneas que sus parientes habían grabado en las lápidas, sustituyéndolas por la verdad. Y vi que todos habían sido atormentadores de sus vecinos, maliciosos, deshonestos, hipócritas, embusteros, ruines, calumniadores, envidiosos; que habían robado, engañado, y habían cometido los peores delitos; aquellos buenos padres, aquellas fieles esposas, aquellos hijos devotos, aquellas hijas castas, aquellos honrados comerciantes, aquellos hombres y mujeres que fueron llamados irreprochables. Todos ellos estaban escribiendo al mismo tiempo la verdad, la terrible y sagrada verdad, la cual todo el mundo ignoraba, o fingía ignorar, mientras estaban vivos.

Pensé que también ella había escrito algo en su tumba. Y ahora, corriendo sin miedo entre los ataúdes medio abiertos, entre los cadáveres y esqueletos, fui hacia ella, convencido que la encontraría inmediatamente. La reconocí al instante sin ver su rostro, el cual estaba cubierto por un velo negro; y en la cruz de mármol donde poco antes había leído:

Amó, fue amada, y murió

Ahora leí:

«Habiendo salido un día de lluvia para engañar a su amante, pilló una pulmonía y murió.»

Parece que me encontraron al romper el día, tendido sobre la tumba, sin conocimiento.

GUY DE MAUPASSANT: Nació en Francia en 1850. Famoso por sus apasionantes relatos Bola de Sebo, El horla y su novela Bel Ami. Es, sin duda, uno de los fundadores, junto con Poe y Chejov, del cuento moderno. Muere en 1893, después de un largo periodo de locura. Entre las leyendas que existen sobre él, hay una contada por una de sus amantes, de quien se dice también quiso ser escritora. Esa mujer cuenta que “En los últimos días de su vida, Guy sufría de alucinaciones extrañas. Una vez, por ejemplo, creyó que lo perseguían los muebles de su cuarto: que las sillas y los sofás, y los aparatos gigantescos y el lecho cuadrúpedo, corrían en pos de él escaleras abajo, desalados, estrepitosos y amenazantes, hasta que lo alcanzaron en un rincón del jardín y lo molieron a golpes con sus puños y patas de madera”.



La cicatriz del mal

Eric McCormack

Reunidos en un anillo de luz alrededor del fuego, las espaldas formando una pared contra la noche, los hombres se sentaban con sus tazas llenas de ron y contaban historias como si todavía estuviesen en sus hamacas del castillo de proa, camino del sur.

La hoguera, sin duda, era una brillante escisión en el gran vientre de la noche patagónica. Los murciélagos iban y venían alrededor de nosotros y una leve llovizna susurraba a los troncos ardientes.

El maquinista habló. Recordaba, dijo, algo que podría interesarles, algo que había ocurrido de verdad. Era un hombre de las islas del norte, y en su camarote tenía cuadernos que no permitía que nadie viera. Sus manos estaban acostumbradas al *fuel-oil* y a las pesadas tuberías de acero. Sin embargo tenía los elegantes dedos de un pianista y los ojos azules de un soñador. Se incorporó y se sentó sobre un lugar más alto, sobre un barril volcado. Entonces, habló con una suave voz del norte:

-Cuando yo era pequeño, sucedió algo extraño en nuestro pueblo. A un extremo de la isla, llegó a vivir un médico nuevo con el acento de la gente del continente, venía con su mujer y cuatro hijos, dos chicos y dos chicas, todos ellos menores de diez años. El médico era delgado y tenía la cabeza como la de una serpiente. Su esposa era hermosa, llevaba su largo cabello rubio recogido con un moño y siempre estaba alegre, pues siempre estaba cantando. Eso es todo lo que recuerdo de ella...

“Al cabo de un mes ocurrió algo. En una soleada mañana de agosto, este médico se presentó en la comisaria, muy preocupado, para denunciar la desaparición de su esposa. Según declaró, ella había salido el día anterior a dar un paseo cotidiano y no había regresado. La había buscado por todas partes, porque no quería armar un alboroto, pero ya empezaba a sentirse muy inquieto. La policía se puso en marcha. Primero, se aseguraron de que no había cogido el transportador que servía de transporte para ir al continente. Y luego organizaron un recorrido minucioso por la isla. Hubo muchos hombres que se prestaron a ayudar. Buscaron en todas partes, de día y de noche, pero no encontraron ni rastro de ella.

“La vida tenía que continuar. Los cuatro niños volvieron a la escuela al día siguiente, como de costumbre; de todos modos, no tenían muy buen aspecto. Estaban pálidos y desolados, con muestras de haber estado llorando. Lo más evidente era su modo de andar: todos caminaban muy rígidos como si fueran ya viejos. Los niños de la isla hacía poco tiempo que los conocían y, por eso, no se atrevieron a preguntarles qué les pasaba, pues supusieron que, de algún modo, estaba relacionado con la desaparición de su madre. Pero, al día siguiente, una de las niñas que debía tener unos seis años, se encontró muy mal: cayó de su pupitre, presa de convulsiones, mientras se apretaba su estómago y gemía. La maestra, una señora mayor, se la llevó a la sala de profesoras. Allí la acomodó con la ayuda de una almohada y una cobija. Luego telefoneó al padre de la niña, al médico, para que fuese enseguida por ella. Pero la niña seguía quejándose, entonces la maestra intentó convencerla para que le mostrara donde le dolía. Al principio la niña no quiso, decía solo que le dolía, pero vio que la maestra deseaba ayudarla y, por eso, empezó a

desabrocharse el vestido. En ese preciso momento, un automóvil se detuvo afuera, y el padre de la niña entró apresurado en la sala de profesores gritando: “¡No, no!”, y se la llevó en brazos. Luego volvió por los otros tres niños y también se los llevó.

“A la maestra todo esto le pareció muy extraño, así que de inmediato llamó a la policía.

“Sin perder tiempo, el sargento y un agente fueron a la casa del médico, que quedaba en los acantilados. El agente golpeó en la puerta y ambos esperaron hasta que el médico acudió a abrir. El sargento, a modo de solicitud, le dijo que quería ver a los niños. El médico, algo nervioso, dijo que era imposible puesto que se encontraban demasiado enfermos como para ser molestados en ese momento; pero el sargento insistió, a la vez que entró con el agente que lo acompañaba. Los niños estaban en la cama, en una gran habitación en el lado de la casa que daba al océano y era evidente que estaban enfermos. El sargento sabía lo que tenía que hacer. Les pidió que se quitaran la ropa que llevaban. Los niños obedecieron entre gemidos y suspiros de dolor. El sargento entendió de inmediato la causa de su sufrimiento: vio que en el centro del abdomen de cada uno de los niños había una gran cicatriz con las suturas frescas y las heridas irritadas. El médico, que había permanecido en la habitación, lloraba en silencio. Cuando el sargento le preguntó porque habían sido operados los niños, el no respondió. Ante el silencio del médico, el sargento no tuvo otro remedio que llamar a la ambulancia local y llevarse a los niños al hospital que quedaba al otro extremo de la isla.

“El médico residente en el hospital, un hombre amable, comprendió la preocupación del sargento, así que ordenó que llevaran a la pequeña, que había tenido los dolores más fuertes, a la sala de operaciones, donde él había estado a punto de dar una clase de patología a unas enfermeras. Anestesiaron a la niña. El residente y las enfermeras veían como de las heridas de la niña rezumaba pus mezclado con sangre. Claro que le dolía. El residente cortó las suturas y las retiró. Deslizó los dedos por las heridas y palpó: notó una especie de bulto. Con unas pinzas, lo tomó por un lado. Lo sacó, lentamente, y lo sostuvo en el aire... Todos los que estaban reunidos alrededor de aquella mesa vieron algo que nunca olvidarían. El residente había cogido con las pinzas una mano humana, chorreando sangre y pus. La sostenía por el pulgar y todos pudieron ver, con claridad, el anillo de matrimonio en el dedo medio y el esmalte rojo en las largas uñas.

El maquinista que narraba la historia, se detuvo un momento para tomar un poco de ron de su vaso de lata. La noche se había vuelto más fría, y los miembros de la expedición que escuchaban la historia, se acercaron más a la hoguera. El maquinista, después de un largo sorbo, continuó con su relato;

-Así fue como descubrieron que el nuevo médico había matado a su mujer. Estaba más que claro que la había descuartizado y ocultado los trozos dentro del vientre de cada uno de los niños. Cada uno de ellos contenía una mano o un pie. Más tarde, en el sótano, fueron encontrados, medio muertos, los animales de la familia: un pastor escocés y un gato rojizo. También tenían escisiones abdominales. El veterinario local encontró los ojos de la mujer en el perro y las orejas en el gato.

“El residente declaró más tarde que esperaba no tener que realizar nunca más una operación de urgencias como aquella. Estaba convencido de que si su colega, el padre de los niños, hubiera tenido más hijos y animales se las habría arreglado, para esconder todas las partes de la esposa. También declaró que la obra de su colega era una maravilla. Según él, nunca había visto semejante pericia con el bisturí.

“Poco después un pescador encontró el resto del cuerpo bajo unas rocas del acantilado.

“En el juicio, el asesino siempre permaneció en silencio. Después de dos días de trámite, fue sentenciado a muerte. Aunque los niños suplicaron por su vida, el asesino fue trasladado irreversiblemente al continente para que lo ejecutaran.

El maquinista había terminado con su relato. De pronto, un miembro de la tripulación, un londinense de pelo claro dijo:

-No le creo una palabra. Todo eso no es más que un cuento para niños. ¡Cómo es que un cuerpo humano puede utilizarse para ocultar los miembros de un cuerpo humano! Muchos de los que estaban sentados alrededor del fuego, empezaron a reír –de alivio, sobre todo- ante el pensamiento de que aquella historia no era más que una broma.

La llovizna silbaba ahora en el fuego un poco más fuerte, como si la madera quisiera discutir el tema. Los murciélagos se acercaban y alejaban de la hoguera. El maquinista se bajó lentamente del barril. Permaneció de pie por un momento y un poco disgustado intentó irse para su tienda. Pero, en vez de eso, se devolvió y con lentitud se desabrochó el impermeable y dejó ver la camisa blanca en los pantalones negros de oficial. Se sacó la parte delantera de la camisa, la levantó hasta la altura de su mentón y enseñó el diafragma. Allí justo encima de la cintura, todos pudieron ver una larga cicatriz longitudinal y unas estrías blancas de una veintena de centímetros que recorrían la pálida piel norteña.

Los hombres enmudecieron. El maquinista metió con cuidado la camisa dentro de sus pantalones, cerró el impermeable, dio la vuelta y se alejó en la oscuridad.

(Traducción hecha por Rodrigo Argüello G.)

ERIC McCORMACK: Escritor escocés. Nació en 1949. Ha escrito el libro de cuentos *Inspecting de Vaults* y la novela *The Paradise Motel*, de donde he tomado su historia-marco



Cordero asado

Roald Dahl

La habitación estaba limpia y acogedora, las cortinas corridas, las dos lámparas de mesa encendidas, la suya y la de la silla vacía, frente a ella. Detrás, en el aparador, dos vasos altos de whisky. Cubos de hielo en un recipiente.

Mary Maloney estaba esperando a que su marido volviera del trabajo.

De vez en cuando echaba una mirada al reloj, pero sin preocupación, simplemente para complacerse de que cada minuto que pasaba acercaba el momento de su llegada. Tenía un aire sonriente y optimista. Su cabeza se inclinaba hacia la costura con entera tranquilidad. Su piel - estaba en el sexto mes del embarazo- había adquirido un maravilloso brillo, los labios suaves y los ojos, de mirada serena, parecían más grandes y más oscuros que antes.

Cuando el reloj marcaba las cinco menos diez, empezó a escuchar, y pocos minutos más tarde, puntual como siempre, oyó rodar los neumáticos sobre la grava y cerrarse la puerta del coche, los pasos que se acercaban, la llave dando vueltas en la cerradura.

Dejó a un lado la costura, se levantó y fue a su encuentro para darle un beso en cuanto entrara.

-¡Hola, querido! -dijo ella.

-¡Hola! -contestó él.

Ella le colgó el abrigo en el armario. Luego volvió y preparó las bebidas, una fuerte para él y otra más floja para ella; después se sentó de nuevo con la costura y su marido enfrente con el alto vaso de whisky entre las manos, moviéndolo de tal forma que los cubitos de hielo golpeaban contra las paredes del vaso. Para ella ésta era una hora maravillosa del día. Sabía que su esposo no quería hablar mucho antes de terminar la primera bebida, y a ella, por su parte, le gustaba sentarse silenciosamente, disfrutando de su compañía después de tantas horas de soledad. Le gustaba vivir con este hombre y sentir -como siente un bañista al calor del sol- la influencia que él irradiaba sobre ella cuando estaban juntos y solos. Le gustaba su manera de sentarse descuidadamente en una silla, su manera de abrir la puerta o de andar por la habitación a grandes zancadas. Le gustaba esa intensa mirada de sus ojos al fijarse en ella y la forma graciosa de su boca, especialmente cuando el cansancio no le dejaba hablar, hasta que el primer vaso de whisky le reanimaba un poco.

-¿Cansado, querido?

-Si -respondió él-, estoy cansado.

Mientras hablaba, hizo una cosa extraña. Levantó el vaso y bebió su contenido de una sola vez aunque el vaso estaba a medio llenar.

Ella no lo vio, pero lo intuyó al oír el ruido que hacían los cubitos de hielo al volver a dejar él su vaso sobre la mesa. Luego se levantó lentamente para servirse otro vaso.

-Yo te lo serviré -dijo ella, levantándose.

-Siéntate -dijo él secamente.

Al volver observó que el vaso estaba medio lleno de un líquido ambarino.

-Querido, ¿quieres que te traiga las zapatillas? Le observó mientras él bebía el whisky.

-Creo que es una vergüenza para un policía que se va haciendo mayor, como tú, que le hagan andar todo el día -dijo ella.

Él no contestó; Mary Maloney inclinó la cabeza de nuevo y continuó con su costura. Cada vez que él se llevaba el vaso a los labios se oía golpear los cubitos contra el cristal.

-Querido, ¿quieres que te traiga un poco de queso? No he hecho cena porque es jueves.

-No -dijo él.

-Si estás demasiado cansado para comer fuera -continuó ella-, no es tarde para que lo digas. Hay carne y otras cosas en la nevera y te lo puedo servir aquí para que no tengas que moverte de la silla.

Sus ojos se volvieron hacia ella; Mary esperó una respuesta, una sonrisa, un signo de asentimiento al menos, pero él no hizo nada de esto.

-Bueno -agregó ella-, te sacaré queso y unas galletas.

-No quiero -dijo él.

Ella se movió impaciente en la silla, mirándole con sus grandes ojos.

-Debes cenar. Yo lo puedo preparar aquí, no me molesta hacerlo. Tengo chuletas de cerdo y cordero, lo que quieras, todo está en la nevera.

-No me apetece -dijo él.

-¡Pero querido! ¡Tienes que comer! Te lo sacaré y te lo comes, si te apetece.

Se levantó y puso la costura en la mesa, junto a la lámpara.

-Siéntate -dijo él-, siéntate sólo un momento. Desde aquel instante, ella empezó a sentirse atemorizada.

-Vamos -dijo él-, siéntate.

Se sentó de nuevo en su silla, mirándole todo el tiempo con sus grandes y asombrados ojos. Él había acabado su segundo vaso y tenía los ojos bajos.

-Tengo algo que decirte.

-¿Qué es ello, querido? ¿Qué pasa?

Él se había quedado completamente quieto y mantenía la cabeza agachada de tal forma que la luz de la lámpara le daba en la parte alta de la cara, dejándole la barbilla y la boca en la oscuridad.

-Lo que voy a decirte te va a trastornar un poco, me temo -dijo-, pero lo he pensado bien y he decidido que lo mejor que puedo hacer es decírtelo en seguida. Espero que no me lo reproches demasiado.

Y se lo dijo. No tardó mucho, cuatro o cinco minutos como máximo. Ella no se movió en todo el tiempo, observándolo con una especie de terror mientras él se iba separando de ella más y más, a cada palabra.

-Eso es todo -añadió-, ya sé que es un mal momento para decírtelo, pero no hay otro modo de hacerlo. Naturalmente, te daré dinero y procuraré que estés bien cuidada. Pero no hay necesidad de armar un escándalo. No sería bueno para mi carrera.

Su primer impulso fue no creer una palabra de lo que él había dicho. Se le ocurrió que quizá él no había hablado, que era ella quien se lo había imaginado todo. Quizá si continuara su trabajo como si no hubiera oído nada, luego, cuando hubiera pasado algún tiempo, se encontraría con que nada había ocurrido.

-Prepararé la cena -dijo con voz ahogada.

Esta vez él no contestó.

Mary se levantó y cruzó la habitación. No sentía nada, excepto un poco de náuseas y mareo. Actuaba como un autómata. Bajó hasta la bodega, encendió la luz y metió la mano en el congelador, sacando el primer objeto que encontró. Lo sacó y lo miró. Estaba envuelto en papel, así que lo desenvolvió y lo miró de nuevo.

Era una pierna de cordero.

Muy bien, cenarían pierna de cordero. Subió con el cordero entre las manos y al entrar en el cuarto de estar encontró a su marido de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

Se detuvo.

-Por el amor de Dios -dijo él al oírla, sin volverse-, no hagas cena para mí. Voy a salir.

En aquel momento, Mary Maloney se acercó a él por detrás y sin pensarlo dos veces levantó la pierna de cordero congelada y le golpeó en la parte trasera de la cabeza tan fuerte como pudo. Fue como si le hubiera pegado con una barra de acero. Retrocedió un paso, esperando a ver qué pasaba, y lo gracioso fue que él quedó tambaleándose unos segundos antes de caer pesadamente en la alfombra.

La violencia del golpe, el ruido de la mesita al caer por haber sido empujada, la ayudaron a salir de su ensimismamiento.

Salió retrocediendo lentamente, sintiéndose fría y confusa, y se quedó por unos momentos mirando el cuerpo inmóvil de su marido, apretando entre sus dedos el ridículo pedazo de carne que había empleado para matarle.

«Bien -se dijo a sí misma-, ya lo has matado.»

Era extraordinario. Ahora lo veía claro. Empezó a pensar con rapidez. Como esposa de un detective, sabía cuál sería el castigo; de acuerdo. A ella le era indiferente. En realidad sería un descanso. Pero por otra parte. ¿Y el niño? ¿Qué decía la ley acerca de las asesinas que iban a tener un hijo? ¿Los mataban a los dos, madre e hijo? ¿Esperaban hasta el noveno mes? ¿Qué hacían?

Mary Maloney lo ignoraba y no estaba dispuesta a arriesgarse.

Llevó la carne a la cocina, la puso en el horno, encendió éste y la metió dentro. Luego se lavó las manos y subió a su habitación. Se sentó delante del espejo, arregló su cara, puso un poco de rojo en los labios y polvo en las mejillas. Intentó sonreír, pero le salió una mueca. Lo volvió a intentar.

-Hola, Sam -dijo en voz alta. La voz sonaba rara también.

-Quiero patatas, Sam, y también una lata de guisantes.

Eso estaba mejor. La sonrisa y la voz iban mejorando. Lo ensayó varias veces. Luego bajó, cogió el abrigo y salió a la calle por la puerta trasera del jardín.

Todavía no eran las seis y diez y había luz en las tiendas de comestibles.

-Hola, Sam -dijo sonriendo ampliamente al hombre que estaba detrás del mostrador.

-¡Oh, buenas noches, señora Maloney! ¿Cómo está?

-Muy bien, gracias. Quiero patatas, Sam, y una lata de guisantes.

El hombre se volvió de espaldas para alcanzar la lata de guisantes.

-Patrick dijo que estaba cansado y no quería cenar fuera esta noche -le dijo-. Siempre solemos salir los jueves y no tengo verduras en casa.

-¿Quiere carne, señora Maloney?

-No, tengo carne, gracias. Hay en la nevera una pierna de cordero.

-¡Oh!

-No me gusta asarlo cuando está congelado, pero voy a probar esta vez. ¿Usted cree que saldrá bien?

-Personalmente -dijo el tendero-, no creo que haya ninguna diferencia. ¿Quiere estas patatas de Idaho?

-¡Oh, sí, muy bien! Dos de esas.

-¿Nada más? -El tendero inclinó la cabeza, mirándola con simpatía-. ¿Y para después? ¿Qué le va a dar luego?

-Bueno. ¿Qué me sugiere, Sam?

El hombre echó una mirada a la tienda.

-¿Qué le parece una buena porción de pastel de queso? Sé que le gusta a Patrick.

-Magnífico -dijo ella-, le encanta.

Cuando todo estuvo empaquetado y pagado, sonrió agradablemente y dijo:

-Gracias, Sam. Buenas noches.

Ahora, se decía a sí misma al regresar, iba a reunirse con su marido, que la estaría esperando para cenar; y debía cocinar bien y hacer comida sabrosa porque su marido estaría cansado; y si cuando entrara en la casa encontraba algo raro, trágico o terrible, sería un golpe para ella y se volvería histérica de dolor y de miedo. ¿Es que no lo entienden? Ella no esperaba encontrar nada. Simplemente era la señora Maloney que volvía a casa con las verduras un jueves por la tarde para preparar la cena a su marido.

«Eso es -se dijo a sí misma-, hazlo todo bien y con naturalidad. Si se hacen las cosas de esta manera, no habrá necesidad de fingir.»

Por lo tanto, cuando entró en la cocina por la puerta trasera, iba canturreando una cancioncilla y sonriendo.

-¡Patrick! -llamó -, ¿dónde estás, querido? Puso el paquete sobre la mesa y entró en el cuarto de estar. Cuando le vio en el suelo, con las piernas dobladas y uno de los brazos debajo del cuerpo, fue un verdadero golpe para ella.

Todo su amor y su deseo por él se despertaron en aquel momento. Corrió hacia su cuerpo, se arrodilló a su lado y empezó a llorar amargamente. Fue fácil, no tuvo que fingir.

Unos minutos más tarde, se levantó y fue al teléfono. Sabía el número de la jefatura de Policía, y cuando le contestaron al otro lado del hilo, ella gritó:

-¡Pronto! ¡Vengan en seguida! ¡Patrick ha muerto!

-¿Quién habla?

-La señora Maloney, la señora de Patrick Maloney.

-¿Quiere decir que Patrick Maloney ha muerto?

-Creo que sí -gimió ella-. Está tendido en el suelo y me parece que está muerto.

-Iremos en seguida -dijo el hombre.

El coche vino rápidamente. Mary abrió la puerta a los dos policías. Los reconoció a los dos en seguida -en realidad conocía a casi todos los del distrito- y se echó en los brazos de Jack Noonan, llorando histéricamente. El la llevó con cuidado a una silla y luego fue a reunirse con el otro, que se llamaba O'Malley, el cual estaba arrodillado al lado del cuerpo inmóvil.

-¿Está muerto? -preguntó ella.

-Me temo que sí... ¿qué ha ocurrido?

Brevemente, le contó que había salido a la tienda de comestibles y al volver lo encontró tirado en el suelo. Mientras ella hablaba y lloraba, Noonan descubrió una pequeña herida de sangre cuajada en la cabeza del muerto. Se la mostró a O'Malley y éste, levantándose, fue derecho al teléfono.

Pronto llegaron otros policías. Primero un médico, después dos detectives, a uno de los cuales conocía de nombre. Más tarde, un fotógrafo de la Policía que tomó algunos planos y otro hombre encargado de las huellas dactilares. Se oían cuchicheos por la habitación donde yacía el muerto y los detectives le hicieron muchas preguntas. No obstante, siempre la trataron con amabilidad.

Volvió a contar la historia otra vez, ahora desde el principio. Cuando Patrick llegó ella estaba cosiendo, y él se sintió tan fatigado que no quiso salir a cenar. Dijo que había puesto la carne en el horno -allí estaba, asándose- y se había marchado a la tienda de comestibles a comprar verduras. De vuelta lo había encontrado tendido en el suelo.

-¿A qué tienda ha ido usted? -preguntó uno de los detectives.

Se lo dijo, y entonces el detective se volvió y musitó algo en voz baja al otro detective, que salió inmediatamente a la calle.

«..., parecía normal..., muy contenta..., quería prepararle una buena cena..., guisantes..., pastel de queso..., imposible que ella...»

Transcurrido algún tiempo el fotógrafo y el médico se marcharon y los otros dos hombres entraron y se llevaron el cuerpo en una camilla. Después se fue el hombre de las huellas dactilares. Los dos detectives y los policías se quedaron. Fueron muy amables con ella; Jack Noonan le preguntó si no se iba a marchar a otro sitio, a casa de su hermana, quizá, o con su mujer, que cuidaría de ella y la acostaría.

-No -dijo ella.

No creía en la posibilidad de que pudiera moverse ni un solo metro en aquel momento. ¿Les importaría mucho que se quedara allí hasta que se encontrase mejor? Todavía estaba bajo los efectos de la impresión sufrida.

-Pero ¿no sería mejor que se acostara un poco? -preguntó Jack Noonan.

-No -dijo ella.

Quería estar donde estaba, en esa silla. Un poco más tarde, cuando se sintiera mejor, se levantaría. La dejaron mientras deambulaban por la casa, cumpliendo su misión. De vez en cuando uno de los detectives le hacía una pregunta. También Jack Noonan le hablaba cuando pasaba por su lado. Su marido, le dijo, había muerto de un golpe en la cabeza con un instrumento pesado, casi seguro una barra de hierro. Ahora buscaban el arma. El asesino podía habérsela llevado consigo, pero también cabía la posibilidad de que la hubiera tirado o escondido en alguna parte.

-Es la vieja historia -dijo él-, encontraremos el arma y tendremos al criminal.

Más tarde, uno de los detectives entró y se sentó a su lado.

-¿Hay algo en la casa que pueda haber servido como arma homicida? -le preguntó-. ¿Le importaría echar una mirada a ver si falta algo, un atizador, por ejemplo, o un jarrón de metal?

-No tenemos jarrones de metal -dijo ella.

-¿Y un atizador?

-No tenemos atizador, pero puede haber algo parecido en el garaje.

La búsqueda continuó.

Ella sabía que había otros policías rodeando la casa. Fuera, oía sus pisadas en la grava y a veces veía la luz de una linterna infiltrarse por las cortinas de la ventana. Empezaba a hacerse tarde, eran cerca de las nueve en el reloj de la repisa de la chimenea. Los cuatro hombres que buscaban por las habitaciones empezaron a sentirse fatigados.

-Jack -dijo ella cuando el sargento Nooan pasó a su lado-, ¿me quiere servir una bebida?

-Sí, claro. ¿Quiere whisky?

-Sí, por favor, pero poco. Me hará sentir mejor. Le tendió el vaso.

-¿Por qué no se sirve usted otro? -dijo ella-; debe de estar muy cansado; por favor, hágalo, se ha portado muy bien conmigo.

-Bueno -contestó él-, no nos está permitido, pero puedo tomar un trago para seguir trabajando.

Uno a uno, fueron llegando los otros y bebieron whisky. Estaban un poco incómodos por la presencia de ella y trataban de consolarla con inútiles palabras.

El sargento Nooan, que rondaba por la cocina, salió y dijo:

-Oiga, señora Maloney. ¿Sabe que tiene el horno encendido y la carne dentro?

-¡Dios mío! -gritó ella-. ¡Es verdad!

-¿Quiere que vaya a apagarlo?

-¿Sería tan amable, Jack? Muchas gracias.

Cuando el sargento regresó por segunda vez lo miró con sus grandes y profundos ojos.

-Jack Nooan -dijo.

-¿Sí?

- ¿Me harán un pequeño favor, usted y los otros?

-Si está en nuestras manos, señora Maloney...

-Bien -dijo ella-. Aquí están ustedes, todos buenos amigos de Patrick, tratando de encontrar al hombre que lo mató. Deben de estar hambrientos porque hace rato que ha pasado la hora de la cena, y sé que Patrick, que en gloria esté, nunca me perdonaría que estuviesen en su casa y no les ofreciera hospitalidad. ¿Por qué no se comen el cordero que está en el horno? Ya estará completamente asado.

-Ni pensarlo -dijo el sargento Nooan.

-Por favor -pidió ella-, por favor, cómanlo. Yo no voy a tocar nada de lo que había en la casa cuando él estaba aquí, pero ustedes sí pueden hacerlo. Me harían un favor si se lo comieran. Luego, pueden continuar su trabajo.

Los policías dudaron un poco, pero tenían hambre y al final decidieron ir a la cocina y cenar. La mujer se quedó dónde estaba, oyéndolos a través de la puerta entreabierta. Hablaban entre sí a pesar de tener la boca llena de comida.

- ¿Quieres más, Charlie?

-No, será mejor que no lo acabemos.

-Pero ella quiere que lo acabemos, eso fue lo que dijo. Le hacemos un favor.

-Bueno, dame un poco más.

-Debe de haber sido un instrumento terrible el que han usado para matar al pobre Patrick -decía uno de ellos-, el doctor dijo que tenía el cráneo hecho trizas.

-Por eso debería ser fácil de encontrar.

-Eso es lo que a mí me parece.

-Quienquiera que lo hiciera no iba a llevar una cosa así, tan pesada, más tiempo del necesario. Uno de ellos eructó:

-Mi opinión es que tiene que estar aquí, en la casa.

-Probablemente bajo nuestras propias narices. ¿Qué piensas tú, Jack?

En la otra habitación, Mary Maloney empezó a reírse entre dientes.

ROALD DAHL: Nació en Gales en 1916. No ha tenido ningún problema para ser un cuentista para adultos y un cuentista para niños. En cuanto a su primera faceta, ha escrito dos libros imprescindibles para aquellos que gustan de cuentos perfectos: *Historias extraordinarias* y *Cuentos de lo inesperado*. En cuanto a la literatura infantil es mundialmente famoso por su libro, llevado con éxito al cine, *Matilda*. A pesar de que sus libros son para públicos de diferente edad, mantiene una constante: una crueldad que raya siempre en lo macabro.



Un corazón de oro

✠Boris Vian

I

Aulne caminaba a ras de pared y miraba hacia atrás, con gesto receloso, cada cuatro pasos.

Acababa de robar el corazón de oro del padre Mimile. Por supuesto, se había forzado a destripar un poco al pobre individuo, y, en particular, a henderle el tórax a golpes de podadera. Pero, cuando hay de por medio un corazón de oro del que apoderarse, no es cuestión de pararse en barras en cuanto a procedimientos.

Cuando hubo caminado trescientos metros, se quitó de manera ostentosa su gorra de ladrón y, tirándola a una alcantarilla, la reemplazó por un sombrero flexible de hombre honrado. Su paso se hizo más seguro. Sin embargo, el corazón de oro del padre Mimile, todavía caliente, no cesaba de molestarle, pues seguía latiendo desagradablemente en su bolsillo. Además, le hubiera gustado contemplarlo con tranquilidad, pues era un corazón cuya simple visión llegaba a poner a cualquiera casi en la obligación de delinquir.

Ciento veinte brazas más adelante, y aprovechando una alcantarilla de dimensiones superiores a las de la anterior, Aulne se desembarazó de la porra y de la podadera. Ambos instrumentos estaban recubiertos de cabellos pegados y de sangre, y como a Aulne le gustaba hacer las cosas cuidadosamente, seguro que también abundaban de huellas digitales. Conservó, sin embargo, y sin tocarla, la misma indumentaria, por completo salpicada de sangre pegajosa, pues dado que a los viandantes no les suele caber en la cabeza que un asesino vista como todo el mundo, tampoco era cuestión de infringir el código del hampa.

En la parada de taxis, eligió uno bien vistoso y reconocible. Se trataba de un antiguo Bernazizi, modelo 1923, con asientos de imitación rejilla, trasero puntiagudo, conductor tuerto y parachoques de atrás medio caído. Los colores frambuesa y amarillo de la capota de satén rayado añadían al conjunto un toque memorable. Aulne pasó a su interior.

-¿Dónde le llevo, burgués? -preguntó el chofer, un ruso ucraniano a juzgar por su acento.

-Dé la vuelta a la manzana... - respondió Aulne.

- ¿Cuántas veces?

-Todas las que sean necesarias hasta que la policía nos eche el ojo encima.

- ¡Ah, ah! - reflexionó el taxista de manera audible-. Bueno... bien... veamos... Como posiblemente me será difícil llegar a marchar con exceso de velocidad, ¿Qué le parece si circulo por la izquierda?, ¿Eh?

-Correcto- aceptó Aulne. Bajando a tope la capota, se sentó lo más estirado posible para que pudiera verse con facilidad la sangre que adornaba su indumentaria. Ello, en combinación con el sombrero de hombre honrado que lucía, haría evidente a cualquiera que tenía algo que ocultar.

Cuando llevaban dadas doce vueltas, se cruzaron con uno de los *poneys* de caza matriculados con la contraseña de la policía. El caballito estaba pintado de gris metálico, y la ligera carreta de mimbre de la que tiraba llevaba en los laterales el escudo de la ciudad. Tras olfatear el Bernazizi, el animal relinchó.

-La cosa marcha- comentó Aulne-. Se disponen a darnos caza. Circule ahora por la derecha. Tampoco es cuestión que nos arriesguemos ahora a llevarnos un chico por delante.

A fin de que el *poney* pudiera seguirles sin fatigarse, el chófer redujo al mínimo la velocidad de marcha. Impasible, Aulne le dirigía. Y de tal modo pusieron dirección hacia el barrio de los altos edificios.

Un segundo poney, también pintado de gris, se reunió en seguida con el primero. En el interior de la carreta de la que tiraba se encontraba también, un policía con uniforme de gala. De un vehículo a otro, y señalando a Aulne con el dedo, ambos funcionarios se ponían de acuerdo a voces, mientras que los *poneys* trotaban acompasadamente, levantando mucho las patas y moviendo la cabeza, como suelen hacerlo los pichones.

A la vista de un edificio de aspecto favorable, Aulne le dijo al taxista que parara. A continuación, saltó con ligereza sobre la acera pasando por encima de la portezuela del automóvil, a fin de que los polis pudieran distinguir claramente las manchas de sangre sobre su indumentaria. Acto seguido se metió en el edificio, llegándose a la escalera de servicio.

Sin apresurarse, subió hasta el último piso.

En él estaban los cuartos de la servidumbre. El suelo del corredor, enladrillado con baldosas hexagonales, le trastornaba la vista. Entre dos caminos podía elegir: hacia la derecha o hacia la izquierda. El de la izquierda daba al patio interior, en el que se ventilaban los cuartos de baño, y acababa en un pequeño retrete. Se internó por allí. Un tragaluz bastante alto babeó de imprevisto frente a él. Un escabel como la copa de un pino estaba situado justo en su vertical. En aquel preciso momento, Aulne empezó a oír resonar los pasos de los polizones en la escalera. Sin pensarlo dos veces, se encaramó con presteza al tejado.

Una vez en él, respiró profundamente para recobrar el aliento antes de la indispensable persecución. El aire que en tan gran cantidad tragó le habría de ser de gran utilidad para la bajada.

Corrió por la dulce pendiente del colmado construido al estilo Mansard. Se detuvo al borde del empinado voladizo y, girando sobre sí mismo, dio la espalda al vacío. A continuación, se agachó y se ayudó con las manos para aterrizar sobre ambos pies en el canalón.

Recorrió aquel saliente de cinc casi vertical al muro. Abajo, el pavimentado patio parecía minúsculo, con cinco cubos de la basura bien alineados, un viejo escobón que semejaba un pincel, y un cajón casi repleto de desperdicios.

Sería preciso descender a lo largo del muro exterior y penetrar en uno de los cuartos de baño del edificio contiguo, es decir, aquellos cuyas ventanas se abrían en la pared de enfrente. Para ello podían utilizarse los garfios clavados en los muros de todo patio interior. Colocando los pies en alguno de ellos, se trataba de aferrarse con las dos manos al alféizar de la ventana elegida, y subir el cuerpo a pulso después. El oficio de asesino no resulta, en verdad, nada reposado. Aulne se lanzó por los herrumbrosos barrotes.

Arriba, los polizontes armaban todo el bullicio posible corriendo en círculo sobre el tejado y pisando con toda la suela de sus zapatones. De tal manera, cumplían estrictamente con el plan piloto de sonorización de las persecuciones establecido por la Prefectura.

II

La puerta estaba cerrada, pues los padres de Zampa-Bombones habían salido, y Zampa-Bombones se bastaba para guardar la casa él solito. A los seis años no queda tiempo para aburrirse en un apartamento en el que siempre hay a mano jarrones que romper, cortinas que quemar, alfombras que manchar y tabiques que se pueden decorar con huellas digitales de todas las tonalidades, interesante forma de aplicación de los colores reputados como no peligrosos en el sistema de Bertillon. Todo ello mucho más cuando se dispone, por añadidura de un cuarto de

baño, de grifos que funcionan, de cosas que flotan y, para mondar los tapones... de la navaja de afeitar del padre, una hermosa y afilada hoja.

Escuchando ruidos en el patio interior al que daba el cuarto de baño de su casa, Zampa-Bombones abrió del todo, para ver mejor, los entreabiertos batientes de la ventana. Ante sus narices, dos grandes manos de hombre vinieron a aferrarse al derrame del vano de la piedra. Congestionada por el esfuerzo, la cabeza de Aulne acabó por aparecer ante los interesados ojos del niño.

Quizá el perseguido había sobrevalorado sus capacidades gimnásticas, pero la verdad es que no pudo subir a pulso al primer intento. Como las manos aguantaban bien donde las había puesto, se dejó caer a lo largo de toda la extensión de los brazos con intención de recobrar el aliento.

Con mucha dulzura, Zampa-Bombones levanto la navaja de afeitar que tenía bien agarrada, y paso la afilada lámina sobre los nudillos blancos y tensos del asesino. Las manos de este, en verdad, eran muy carnosas.

El corazón de oro del padre Mimile tiró de Aulne hacia abajo con todas *sus* fuerzas cuando las manos le comenzaron a sangrar. Uno a uno los tendones fueron saltando como las cuerdas de una guitarra. A cada tajo, resonaba una débil nota. Finalmente, quedaron sobre el alféizar diez falangetas exangües. De cada una manaba todavía un hilo purpúreo. Por su parte, el cuerpo de Aulne rozó la pared de piedra, rebotó en la cornisa del entresuelo y vino a dar con sus huesos en la caneca de la basura. Bien podía quedarse allí; los traperos se encargarían de él a la mañana siguiente.

BORIS VIAN: Nació en Francia en 1920. Un hombre polifacético: ingeniero, compositor y músico de Jazz (trompetista), escritor, traductor, pintor, cineasta, boxeador. En cuanto a su mundo literario incursionó en el género negro, y escribió libros que rozan la ciencia ficción como su novela *Que se mueran los feos*, publicada solo hasta 1964 y premonición de más de un fenómeno actual. Fue muy famoso por sus títulos originales y polémicos, tales como *Escupiré sobre vuestra tumba*, *Con las mujeres no hay manera*, *Los muertos tienen todos la misma piel*.

El cuento que presentamos aquí es tomado de su libro *El lobo-hombre* (1949)



La ventana

✠German Sánchez Espeso

No sé si comenzar por describir la habitación del hospital o las dos niñas que la ocupaban. Acaso cabe hacer ambas cosas al mismo tiempo, pues los rostros de las niñas participaban de la blancura de las paredes, las colchas de hilo y la mesita de noche que se hallaba entre las dos camas; o eran los objetos los que estaban impregnados de la mortal palidez de las niñas. Parecía como si aquellas dos cabecitas estuvieran dibujadas en las almohadas o como si estuvieran hechas de la misma sustancia que la habitación del hospital.

Sus nombres eran Marta y Juanita. No dudéis de que aquellas dos niñas eran más bonitas que las demás niñas. Quizás su belleza era prestada, pues se sabe que la proximidad de la muerte, que a los viejos afea, embellece a las niñas.

Marta había nacido con el corazón cansado, una enfermedad que aún no tenía un nombre, pero que los médicos echaron en el saco de las "esclerosis". Eso poco importa. El caso es que los médicos la mantenían viva con inyecciones diarias, masajes y corrientes eléctricas.

Pero la vida de Marta dependía sobre todo de un frasquito de píldoras que estaba siempre sobre la mesita de noche. Cuando notaba que se le paraba el corazón, tenía que andar lista para echarse a la boca una píldora de aquellas. Resultaba engorroso, pero vivir era lo principal. Únicamente aquel frasquito con píldoras encarnadas y un libro de cuentos lleno de color cobraban alguna realidad en aquel universo inconsistente.

A Juanita, en cambio, no le importaba morir. Nadie sabe lo que es notar que el mal te va trepando poco a poco por las piernas. Es como si te fueras hundiendo despacito en arenas movedizas. La parálisis ya le llegaba a la cintura y, hoy por hoy, no había forma de detener el proceso criminal en aquel cuerpecito desvalido. Juanita tenía cerrado el horizonte, como se dice.

La noche que trajeron a Juanita, Marta dormía. Juanita se despertó muy temprano. El dolor de huesos no le permitía dormir largo tiempo. Además, ya entraba luz por la ventana.

La habitación tenía una sola ventana que estaba junto a la cama de Marta. Una luz que ya era blanca antes de atravesar los cristales, iluminaba la cara de Marta y su muñeca. No he dicho que Marta tenía una muñeca que cerraba los ojos y que alguna vez también tomaba píldoras, pues las muñecas de las niñas que padecen del corazón se fatigan a menudo.

-¿Cómo se llama? -preguntó Juanita.

Marta se despertó y se sentó en la cama para contemplar mejor a su nueva compañera. Estupendo. Llevaba mucho tiempo sola. Aquella cama había estado vacía desde que se llevaron a Luisa, la niña que le dejó la muñeca antes de morir.

-¿Cómo se llama? -volvió a preguntarle Juanita, señalándole la muñeca.

-Luisa -repuso Marta con cierto orgullo. Por los ojos con que la nueva niña la miraba, debía estar muy envidiosa de su muñeca-. Luisa no debe levantarse de la cama porque se fatiga -añadió-. Pero si quieres, puedes venir a jugar con ella.

-Ahora no -respondió Juanita-. No me gusta levantarme temprano de la cama.

Aquella mañana pasaron por allí los médicos vestidos de blanco y las enfermeras con las inyecciones. Todos sonrieron a las niñas y les dijeron que se portaran bien. Juanita no quería que la cuidasen. Solo quería estar sola. En toda la tarde no dirigió la palabra a su compañera y, por la noche, se durmió temprano.

La despertó un extraño ronquido, como de alguien que respiraba con dificultad. Tiró del cordoncito de la luz y vio a su compañera precipitarse sobre el frasquito de píldoras que estaba en la mesita de noche.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Juanita.

-Me ahogo -respondió Marta-. Pero no te asustes. Se pasa pronto.

Permanecieron despiertas largo rato. Juanita aguardó a que la respiración de Marta se apaciguase, para preguntarle:

-¿Te sucede muchas veces?

-Oh, no -repuso Marta con cierta rotundidad, como quien rechaza una ofensa.

-¿Y te duele mucho?

-Vamos a dormir -respondió Marta, a la que no le gustaba hablar de aquello. Y para restar gravedad al asunto, añadió-: Además, cuando me sucede, me tomo una de estas píldoras y ya está.

-Si lo hubiera sabido me hubiera levantado de la cama para ayudarte -repuso Juanita, a modo de disculpa.

Marta pensó que su nueva compañera era una de esas niñas perezosas que siempre ponen disculpas para no moverse de la cama. Pero también pensó que quizá fuese una niña que se fatigaba aún más que ella, y no podía siquiera moverse de la cama. Por eso le dijo que, si se fatigaba, podía tomar una píldora de su frasquito.

-Yo no me fatigo -respondió altivamente Juanita. Pero no pudo menos de terminar la frase-. No me fatigo porque no puedo andar.

-¿Y no hay píldoras para que andes? -le preguntó Marta.

Ahora era Juanita la que quería dormir.

Marta se quedó pensativa. Había juzgado mal a su compañera. Pero quizá podría ayudarla. Le tendió su muñeca.

-Puedes jugar con ella -le dijo.

-No la necesito -respondió Juanita.

La luz de la ventana despertó a Juanita. Le extrañó que no hubiese ruidos en la calle. Miró a Marta que aún dormía y a su muñeca con los ojos cerrados y al frasquito de píldoras que a Marta le libraba de la muerte.

Lo primero que hacía Juanita cada mañana era tocarse las piernas. Al principio le preocupaba el progreso de la parálisis. Ahora era casi un alivio comprobar la rapidez con que la insensibilidad avanzaba.

No aguardó a que Marta despertase para preguntarle por qué no había ruidos en la calle.

-Si los hay -respondió Marta desperezándose y poniendo de pie a su muñeca para que abriera los ojos-. Lo que pasa es que aquí no se oyen, porque la ventana tiene doble cristal para que no entre el frío.

Marta peinó a su muñeca y le cantó una canción, mientras aguardaba el desayuno que llegó en seguida. Lo trajo en un carrito una enfermera sonriente, que les dio los buenos días, accionó la palanca que elevaba la cabecera de las camas y se fue diciéndoles:

-Tenéis que coméroslo todo.

Poca mella hizo aquella advertencia en el ánimo de Juanita. Se cruzó de brazos delante del desayuno para exteriorizar su decisión de no probar bocado.

- ¿Por qué no comes? -le preguntó Marta.
-No me apetece -repuso Juanita.
-Si no comes te morirás.
-No me importa -repuso Juanita.
Marta comenzó a desayunar en silencio, mientras miraba por la ventana.
-Estoy segura -dijo- que te tomarías el desayuno si tú fueras aquel perrito cojo.
- ¿Qué perrito cojo? -preguntó Juanita.
-Uno que está ahí abajo.

Hubo un largo silencio antes de que Juanita preguntara:
-¿Y qué hace?
-Anda metiendo la cabeza en los cubos de basura -respondió Marta-. Debe tener mucha hambre.
-¿Está cojo? -preguntó Juanita de nuevo.

Marta afirmó con la cabeza.

Juanita aún tardó un rato en comenzar a tomar el desayuno. Nunca se le hubiera ocurrido que un perro cojo pudiera tener ganas de vivir. Debía tener mucha hambre, para meter la cabeza en los cubos de basura.

A la mañana siguiente, lo primero que preguntó Juanita al despertar fue si estaba el perrito cojo comiendo de los cubos de basura. Marta miró por la ventana para comprobarlo.

-No está -respondió. Y al ver que Juanita se entristecía, añadió: Seguramente habrá encontrado un dueño.

Juanita pasó la mañana sin dirigir la palabra a su compañera. ¿Quién le había dicho a aquella tonta que los perros cojos encuentran gente que se preocupe por ellos? Este pensamiento la martirizó hasta tal punto que, a la hora de comer, no pudo menos que decir:

-A los perros cojos nadie los quiere.

-Eso no es verdad -repuso Marta-. Algunos días veo un niño con su perro cojo, que es muy juguetón.

Juanita pareció interesarse por la historia. Miró a Marta con ojos extasiados.

-Mientras el niño echa el anzuelo desde el puente -prosiguió Marta-, el perro se dedica a perseguir a los patos, que se van al agua corriendo, como si viesan al demonio.

-¿Cómo es el puente? -preguntó Juanita.

Marta miró por la ventana, para describirlo mejor:

-Está hecho con troncos y clavos, como cualquier puente.

Juanita terminó de comer y cerró los ojos para imaginárselo mejor. Se durmió pensando que si algún día se curaba, ella también tendría un perro y se iría a pescar desde lo alto de un puente.

Cuando se despertó ya era casi la hora de la cena. Nunca había dormido tanto rato seguido. Tampoco le dolían los huesos. Ahora le surgió otra pregunta:

-¿A dónde lleva el puente?

La pregunta desconcertó a Marta, que estaba leyendo su libro de cuentos. ¿A dónde iba a llevar? Al parque.

La vida en el parque comenzaba a media mañana, es decir, a la hora en que llegaba el hombre de los bigotes con los globos. Esto no significaba que hasta esa hora no se abrieran las flores o no cantaran los pájaros. Pero de nada sirve que las flores se abran o que los pájaros canten si no hay nadie allí para presenciarlo. Y la gente no iba al parque hasta que llegaba el hombre de los bigotes con los globos. Por lo tanto, hasta ese momento no podía decirse que comenzara realmente la vida en el parque.

-Es un hombre muy bueno -explicó Marta-. Se pasa el día inflando globos y sonriendo a la gente.

A Juanita, en cambio, no le pareció que el hombre de los bigotes fuera tan bueno. Atar los globos con hilos es como encerrar pájaros en jaulas.

-Si fueras globo, ¿te gustaría que te tuvieran atada? -preguntó Juanita.

Marta se quedó pensativa. Visto así, a Juanita no le faltaba razón. Pero había algo bueno en el hombre de los bigotes.

-Hace vivir a los globos llenándolos de aire -dijo Marta, llenando de aire también sus propios pulmones.

Aquel día, el hombre de los bigotes había llegado más temprano: justo después de que la enfermera retirara las bandejas del desayuno. Y mientras hinchaba los globos, se le escapó uno de color blanco, con orejas de conejo, que subió por los aires como si se tratase de un santo que se va al cielo.

-Es bonito verlo subir y subir -dijo Marta.

Juanita miró para la ventana. Quizás algún día pasara por delante de la ventana uno de aquellos globos escapados de las manos del hombre de los bigotes.

-¿Qué más hay? -preguntó Juanita.

-Hay un niño muy gordo que quiere pegar a una niña, pero la niña le da un empujón y lo tira al agua -dijo Marta-. Como es tan gordo, tienen que ir en una barca para sacarlo del agua.

Marta observó a Juanita. Era la primera vez que la veía sonreír.

-Sigue -le rogó Juanita, con la mirada fija en el techo.

Pero que no pensara Juanita que únicamente había niños en el parque. También había abuelos, que se montaban en los columpios cuando no les veía nadie. En ese momento había dos abuelos columpiándose. Eran unos abuelos muy traviesos. Sin duda sus hijos les reñirían cuando llegaran a casa.

-¿Qué más? -preguntó Juanita.

Marta se fatigó tanto aquella mañana, contando todo lo que sucedía en el parque, que la enfermera que trajo la comida le prohibió hablar por el resto del día. Pero Marta no pudo estar callada. Porque lo realmente bueno, lo bueno de verdad, sucedía por la tarde. Cuando no había títeres en el quiosco, había música. Incluso alguna vez pasaron por allí el tragalas, el faquir y los enanitos saltimbanquis. Había que verlos dar volatines en el aire y caminar por un alambre.

Hoy era jueves, los jueves venía la banda de músicos, con sus zapatos de charol, sus dos filas de botones y sus gorras de plato. El más flaco de todos tocaba el bombo, y uno muy bajito tocaba una trompeta retorcida como un caracol, y los platillos dorados brillaban cada vez que chocaban en el aire por encima de sus cabezas. ?

A Juanita la despertó el ruido de los cubiertos. La enfermera le dio los buenos días y Juanita se alegró de verse delante del desayuno. Tenía mucha hambre.

Marta, en cambio, llevaba largo rato despierta. Aquella mañana, mientras Juanita dormía, había tenido tiempo de peinar a su muñeca, mirar por la ventana y leer su libro de cuentos.

-¿Crees que hoy también se escapará uno? -preguntó Juanita.

-¿Un qué? -dijo Marta.

-Un globo.

Marta le explicó que todo podría suceder: que se escapara de nuevo un globo o que volvieran los abuelos traviesos. Pero que lo mejor de todo era que cada día sucedían nuevas cosas en el parque. Por ejemplo, esta mañana había estado el jugador de golf. Venía a menudo con su bolsa de bastones al hombro. Pero lo más curioso era que jugaba sin pelota. Era divertido verlo. Tomaba uno de los bastones, balanceaba el cuerpo y golpeaba con todas sus fuerzas una pelota imaginaria.

-¿Por qué juega sin pelota? -preguntó Juanita.

Los verdaderos motivos los desconocía Marta. Quizá solo quería hacer gimnasia, o quizá tenía miedo de pegar a alguien con la pelota. Pero lo hacía tan bien que había que fijarse mucho para darse cuenta de que jugaba sin pelota.

Marta no paró de hablar en toda la mañana, pues vino mucha gente al parque: la mujer que daba de comer a las palomas con la boca, el hombre que paseaba unos trillizos en una silleta triple, la señorita del paraguas cerrado, que no lo abría con la lluvia ni con el sol.

Juanita estaba feliz. Imaginando, imaginando, se le habían agrandado los ojos. En el centro de sus oscuras pupilas se reflejaba nítidamente el cuadradito de aquella luminosa ventana.

Marta se fatigó tanto que, después de comer, por poco se muere. Juanita se llevó un buen susto. Pero gracias a las píldoras que estaban sobre la mesita de noche, Marta recuperó la respiración. Luego se quedó dormida.

Juanita aguardó impaciente a que Marta se despertara, pensando que podían llegar, de un momento a otro, el faquir, o los enanos saltimbanquis, o vaya usted a saber quién. Marta se despertó al oír su nombre, pero apenas podía hablar. Se hallaba muy cansada.

La tarde la pasó Juanita en silencio, pensando en el bullicio del parque, en la banda de música y en el teatrillo de los títeres, hasta que la ventana se oscureció. Las sombras invadieron también el alma de Juanita. Ella lo daría todo por poder ocupar la cama de Marta. Se lo dijo a la hora de cenar, pero Marta no se compadeció:

-Soy más antigua que tú en esta habitación -le respondió- y me corresponde estar junto a la ventana.

Juanita se echó a llorar. Entonces, Marta trató de consolarla, prometiéndole que le contaría siempre todo lo que pasara en el parque.

-No quiero volver a hablar más contigo -fue la respuesta de Juanita.

Aquella noche volvieron a dolerle los huesos a Juanita. Se despertó muy temprano, aun antes de que la luz entrara por la ventana.

Cuando Marta abrió los ojos, ya era de día. Lo primero que hizo fue mirar por la ventana. Pero, perversamente, esta vez no dirigió la palabra a Juanita, sino a su muñeca. Mientras la peinaba, le contó lo que sucedía en el parque. Juanita se tapó los oídos con las manos para no escucharlo.

Después de desayunar, Marta se puso a leer inquietamente su libro de cuentos. Toda la mañana estuvo esperando que su compañera le preguntara lo que sucedía en el parque. Pero Juanita guardó silencio con los dientes apretados. Marta no pudo aguantar más:

- ¿Quieres que te cuente lo que sucede en el parque? -le preguntó al fin.

-No -repuso Juanita.

- ¿Quieres que te deje mi libro de cuentos? -le dijo Marta.

-No.

- ¿Qué quieres entonces?

-Que me dejes tu cama.

-Eso no puede ser -repuso Marta contrariada.

-Por favor -volvió a llorar Juanita, muy consciente de que si ella pudiese caminar, no necesitaría rogar de aquella manera tan humillante.

Las dos niñas se sumieron en un silencio amargo que duró el resto del día. Después de cenar, la enfermera les apagó la luz y les deseó buenas noches. Juanita y Marta permanecieron largo rato despiertas, sintiendo cada una en su conciencia la dolorosa vigilia de la otra.

La primera en dormirse fue Marta. Noche penosa la de su agotado corazón. Las pesadillas cayeron sobre él en imágenes de avechuchos hambrientos. Oyó graznidos horrorosos, vio picos curvos y garras ensangrentadas. ¿Qué era aquello? Alguien le clavaba las uñas en la garganta.

Se despertó sin aliento, sintiéndose morir. La habitación estaba en silencio. Nadie le aferraba la garganta. Los picos y las garras solo habían sido un mal sueño. Pero le faltaba el aire. Alargó el brazo hacia la mesita de noche, como otras veces, para alcanzar las píldoras que le daban la vida. Palpó la oscuridad primero con inquietud, luego con desesperación. El frasquito no estaba allí. Intentó encender la luz, llamar a Juanita, tocar el timbre, gritar.

Todas las especies se abrieron paso por la existencia con las garras por delante. Lo principal es vivir. Si a Marta le faltaba el aire, a Juanita le faltaba la luz. Aquella ventana había orientado inexorablemente su rumbo, como la llama de la candela orienta el vuelo de la mariposa.

Juanita no se movió en toda la noche, no se atrevió a encender la luz. Aguardó con la respiración contenida a que llegase la madrugada, para ver a su compañera muerta.

Los primeros resplandores recuperaron de la tiniebla las formas, luego los colores. Marta yacía casi fuera de la cama, como un globo desinflado. Tenía los ojos abiertos, blancos, que miraban a Juanita sin mirarla. Un brazo escuálido, que a Juanita le pareció más largo que lo normal, colgaba hasta el suelo. Entre sus dedos crispados, había un trozo de la blusa que la niña, en su ansia por respirar, se había arrancado del pecho. Junto a ella, su muñeca aún dormía.

Juanita puso de nuevo el frasquito de píldoras en la mesita de noche, de donde lo había quitado cuando sintió que Marta se ahogaba. Ahora solo tenía que aguardar a que llegase la enfermera, que tardó un siglo. Por fin oyó que se aproximaba el carrito del desayuno. Entonces Juanita se hizo la dormida.

Con los ojos cerrados aguardó a que la enfermera gritase. No se imaginó que las enfermeras no gritan por esas cosas. Sencillamente, la enfermera recogió el cuerpecito dislocado de Marta y lo recompuso sobre la cama como quien pliega una camisa. Luego le cerró los párpados y le arregló los cabellos. Ni siquiera necesitó tomarle el pulso para saber que estaba muerta.

Dos hombres se llevaron a Marta y a su muñeca en una camilla, como si la muñeca también se hubiera muerto. Luego se llevaron las sábanas y el colchón. Los hombres caminaron todo el tiempo de puntillas. No hacer ningún ruido, para no despertar a Juanita, fue consigna de la enfermera.

Juanita sabía lo que aquella mujer estaba pensando cuando le puso el desayuno delante: que había sido una suerte que ella aún no se hubiera despertado. Y Juanita tuvo la precaución de preguntar lo que hubiese preguntado de ser cierto aquello: que dónde estaba Marta.

-Se curó -repuso la enfermera- y se fue a su casa.

La enfermera tomó el frasquito de píldoras de la mesita de noche y se dispuso a salir. Pero se volvió desde la puerta. A Juanita le dio un vuelco el corazón. Quizás aquella mujer había descubierto algo. La enfermera caminó pensativa hacia la mesita de noche y tomó en sus manos el libro de cuentos.

-Se me olvidaba -agregó-. Marta me dijo que podías quedarte con su libro de cuentos.

La enfermera se dispuso a salir, pero ahora fue Juanita la que la retuvo.

- ¿Cuándo me van a cambiar de cama? -preguntó resueltamente. Y ante la duda de la enfermera, agregó:- Marta me dijo que la más antigua ocupa el lugar de la ventana.

-Lo consultaré -se limitó a decir la enfermera antes de abandonar la habitación.

Cuando volvió para retirar la bandeja del desayuno traía buenas noticias:

-Hoy mismo podrás ocupar la cama de Marta.

Tardaron toda la mañana en traer un colchón, como si no hubiera prisa en trasladarla a su nueva cama. Por la tarde trajeron las sábanas y una almohada nueva. Para cuando vinieron los dos hombres a trasladarla, ya había anochecido.

A Juanita le hubiera gustado pasar la noche despierta, para ver amanecer sobre el parque. Pero quedarse dormida fue casi tanto como estar despierta, pues soñó que amanecía y vio al perrito cojo y al hombre de los globos y al extraño jugador de golf.

La despertó una claridad desusada. La luz de la enorme ventana vertió sobre sus ojos todo el raudal de emociones que contenía. Nunca había sentido Juanita su corazón tan desbocado. Cerró los ojos para dilatar un instante el placer de aquella apasionada sensación. Luego, respiró profundamente, los abrió, e inclinó la cabeza para ver el parque. Pero detrás de aquella ventana no había nada. Solamente una tapia blanca.

GERMAN SANCHEZ ESPESO: nació en Pamplona, España. Pertenece a la nueva generación de narradores españoles que apareció después de los años 50. Ganador del Premio Nadal con la novela *Narciso* (1978), y del *Premio Internacional de Novela Plaza y Janés* de cuentos *Baile de disfraces*, al cual pertenece este cuento.



Un marido afortunado

†David H. Keller

Sin duda alguna se trataba de un suicidio. De tal forma, que el coronel no quería ni oír hablar de otra hipótesis. Y la pobre Mistress Harker no tenía más consuelo que la compasión sincera de los vecinos.

Las dos amigas, que la acompañaban en el día después del entierro, la encontraban en un estado lamentable.

-¡Realmente, no comprendo cómo John ha podido hacer una cosa semejante cuando éramos tan felices! –sollozaba-. Claro que su muerte hubiera sido menos incomprensible si yo no hubiera sido para él una esposa tierna y complaciente. Mejor que una esposa, un ángel guardián. Nuestra casa, por ejemplo, ¿creéis que sería enteramente nuestra, con la hipoteca reembolsada hasta el último céntimo, si hubiera dejado obrar al buen John? ¡Ni en un siglo lo habría conseguido! Desde las primeras semanas de nuestra vida en común, cuando me di cuenta de que le gustaba traerme flores, comprendí cual era mi deber: iba a tener que encargarme, yo sola, de la administración de nuestro presupuesto. Naturalmente, le daba cada semana un poco de dinero para sus gastos, y le compraba cada noche el periódico; él hubiera preferido comprarlo él mismo para leerlo en el tren, pero lo habría arrugado demasiado; ya saben, yo guardo todos los periódicos viejos, bien doblados, para venderlos al trapero.

“Evidentemente, si hubiéramos tenido hijos, no habría podido ocuparme tanto de él y de la casa. Pero antes de nuestra unión, el médico me había dicho que con mi constitución delicada, haría mejor en renunciar al terrible esfuerzo que puede representar la maternidad. Un hombre delicioso este médico... “Como no tendrán bebés, mimará usted a su marido”, me aconsejó. John, protestó al principio, pero poco a poco se fue resignando. Sin embargo, no conseguía comprender por qué yo insistía en que su habitación estuviera tapizada de color rosa.

“Como me quedaba sola todo el día, me había puesto a coser; pronto supe confeccionar vestidos, e incluso camisas para John. Al principio me pedía que las comprara, pero yo le expliqué que me encantaba trabajar para él, puesto que, en suma, era mi bebe; y entonces acabó por no volver a hablarme de ello. Por supuesto, siempre estaba preocupada por su salud. Había comprado libros que trataban de todos los regímenes a seguir. Créanme, en veinte años de matrimonio, mi John no comió jamás un bocado que no conviniera exactamente a un hombre de su edad, de su peso y de su temperamento.

“Asimismo, velaba para que fuese siempre bien abrigado. Por la mañana, cuando el tiempo era lluvioso, le recordaba que tomara su impermeable y sus chanclos, y, salvo en pleno

verano, vigilaba que llevara su jersey de lana. Y cuando la mañana había sido hermosa, pero por la noche el cielo se había cubierto, iba a esperarle a la estación, con su impermeable y sus chanclos... ¡Incluso cuando me sentía muy cansada!

“No imaginaran ustedes cuanto deseaba yo que todo marchara de modo impecable en nuestra casa. Y no obstante, no es fácil cuando hay un hombre en la casa, especialmente un hombre como John. Necesité dos años enteros para acostumbrarle a que dejara sus zapatos en la alacena y se pusiera las zapatillas antes de penetrar en la cocina... Para proteger la alfombra del salón, coloqué cuadrados de linóleo alrededor de su sillón preferido, y conservaba otros trozos como reserva. Cuando recibía a alguno amigos que no tardaban en encender un cigarro, me precipitaba para deslizarles un trozo de linóleo debajo de los pies, por miedo a que ensuciaran la alfombra. ¡Tuve que volver a comprar linóleo varias veces!

“Yo había pasado de los treinta y empezaba a sentirme cansada, nerviosa; el médico me explico que era un mal periodo el que debía atravesar, y que tenía que descansar. Así, pues, le pedí a John que refregara los platos en mi lugar, pero se mostraba tan descuidado, que me vi obligada a poner trozos de linóleo delante de la fregadera, de tanto como salpicaba el suelo.

“Ciertamente, yo sabía que él nunca se aburriría conmigo, pero comprendía perfectamente que un hombre pudiera experimentar la necesidad de distraerse. Incluso insistí para que asistiese una vez al año a una reunión con sus amigos de regimiento, y, sin embargo, no poco era mi mérito. Cuando volvía, sus ropas olían de tal modo a tabaco que tenía que rociarlas de esencia de lavanda. Pero creo que les hablaba a sus compañeros de la solicitud con que yo le cuidaba. Para el entierro, enviaron una corona con un motivo central de margaritas que formaban las palabras “En paz”. Una idea encantadora, ¿no les parece?

“Pero ahora que lo pienso, sin duda les gustaría saber de qué modo ocurrió todo. Primero tengo que explicarles que a causa de mi delicada salud, teníamos habitaciones separadas. Como un esposo tiene, no obstante, ciertos derechos, yo nunca cerraba la puerta con llave. Debo decir que John era un hombre demasiado galante para aprovecharse de la situación. El mismo día de la boda le confié que, en opinión del doctor, cualquier choque brutal podría matarme, y, por supuesto, como John conocía mi constitución delicada, no quería tener mi muerte sobre su conciencia.

“En su habitación yo había colocado, a los pies de la cama, un trozo de linóleo, y sobre el linóleo, un gran cenicero de porcelana China, blanco, con rosas amarillas. John era, a Dios gracias, demasiado refinado para mascar tabaco, ni siquiera fumar; pero en revancha, le gustaba el chicle. Cada noche yo le daba uno, recordándole que lo dejara en el cenicero antes de dormirse. Pues bien, la noche de su muerte, antes de entregarle aquella golosina, le anuncié una buena noticia: reemplazando el café del desayuno por achicoria, había conseguido economizar tres dólares, justo el precio de un linóleo artístico que destinaba a su habitación. Se lo describí: sobre un fondo malva y rosa, un Cupido se disponía a lanzar su flecha sobre una gacela temblorosa de miedo, el símbolo perfecto de la pareja que forman el hombre conquistador y la mujer púdica. Con una gran decepción por mi parte, John no dijo nada; movió simplemente la cabeza, tomo el pedazo de chicle y fue a acostarse. Un poco más tarde, vi que apagaba la luz – nuestras habitaciones eran continuas, saben ustedes, y la luz pasaba por debajo de la puerta- y le oí que me daba las buenas noches. Comprendí inmediatamente que algo andaba mal. Yo le había enseñado a decir: “Buenas noches, querida”. Y en aquella ocasión dijo sólo: “Buenas noches”. Luego, un poco más tarde, oí caer gotas. Debía ser la lluvia, o cualquier grifo tal vez. Llamé: “John, ¿has cerrado el agua caliente del cuarto de baño?”. Pero él se contentó con reír, una risa extraña, breve, entrecortada, y me dijo que no me preocupara.

“Las gotas seguían cayendo, espaciándose, no obstante, de modo que acabé por dormirme. A la mañana siguiente, cuando entré en la habitación para despertarle – era él quien preparaba el desayuno, con el fin de permitirme que me quedara acostada un rato más- le encontré muerto. Se

había abierto las venas con una hoja de afeitar. Lo que yo había tomado por la lluvia era el ruido de su vida que se iba gota a gota.

“En mi enloquecimiento, llamé al doctor. Me explicó que John había debido tener una depresión nerviosa, casi una crisis de demencia: “Un hombre que tiene la fortuna de tener una esposa tan devota como usted, no puede suprimirse más que en un instante de extravío”, me afirmó. Tenía ciertamente razón; no encuentro otra explicación. Evidentemente, John no había apreciado nunca todo lo que yo hacía por él. Se sorprendía incluso, a veces, del trabajo que hacía para que la casa estuviera siempre bien conservada y limpia. Sobre este punto, él fue negligente hasta el fin. Si al menos hubiera pensado en acostarse un poco más hacia abajo, sólo unos diez centímetros, su sangre habría manado sobre el linóleo, en lugar de manchar la alfombra.

DAVID H. KELLER. Este escritor nacido en Inglaterra en 1933, tiene en su haber un libro de cuentos titulado: *Criaturas afortunadas* (1958). Conocido por un humor implacable en la línea de Chesterton, de Saki y de la inolvidable Daphne du Maurier



Nadie desaparece del todo

✠Lázaro Covadlo

Durante sus primeros años, y hasta el día en que Manuel Arteaga le amputó el dedo gordo del pie, Adalberto Arisamendi fue un hombre físicamente entero. Por entonces Arteaga, su amigo de la infancia, era estudiante de medicina. Así terminó la integridad corporal de Adalberto Arisamendi. Él hubiera preferido conservar el pie intacto, pero le tocaba cumplir con el servicio militar – que en aquella época era obligatorio – y tenía novia. El aprendiz de cirujano, expresándose con la firmeza de quienes poseen convicciones diáfanas, había asegurado que el dedo ausente le permitiría evadir la llamada a filas.

-¿Y tú estás seguro, Manuel?

-¡Claro que sí, hombre!- exclamó Manuel Arteaga separando los brazos del cuerpo y abriendo las palmas de las manos para evidenciar lo que parecía obvio-. ¿Para qué va a querer el ejército un soldado con un pedazo de menos habiendo, como los hay, tantos otros que están completos?

Esa misma noche Adalberto lo consultaría con su novia y después tomaría una decisión. Aunque pocas veces en su vida se había decidido por su cuenta. Pero tengo que aprender, se dijo, tengo que fortalecer mi carácter y hace mucho calor. Con este tiempo de verano todos los bichos del campo se vienen a la ciudad. Son miles, millones, miles de millones. Buscan los focos de luz y terminan achicharrados en las lámparas más potentes. Así discurría Adalberto Arisamendi.

Salió de la casa familiar y caminó unas pocas calles hasta la parada del autobús. Hacía poco que había oscurecido. Se dijo que si soplara un poco de aire la cosa estaría mejor: una brisa floja que disipara el calor y esas nubes de bichitos minúsculos. Hacía también una plaga de langostas que provenía del sur; desde las sabanas de África. Atravesaban el Sahara y el Mediterráneo. Las malditas devoraban las cosechas. Ahí mismo acababa de posarse una. Un ejemplar estupendo. Muy grande y muy verde. Con las patitas delanteras se limpiaba la cara. Las antenas eran como juncos en miniatura. Las patas traseras suelen ser muy potentes, reflexionó Adalberto; con ellas estos animales dan tremendos saltos, y no es que salten para fortalecerlas, como había creído en su infancia.

Atrapó la langosta, que procuró zafarse y en el intento dejó una pata entre los dedos de su captor, pero así se liberó y dio el salto, ayudada por las alas. Acaso sea necesario dejar algún pedazo del cuerpo para ser libre, pensó Adalberto. Recordó las lagartijas, que se desprenden de la cola para huir. Observó cómo se alejaba el bicho, al tiempo que veía acercarse el autobús que lo llevaría a casa de su novia. Subió al vehículo sosteniendo entre el índice y el pulgar la pata del insecto. Por último la guardó en el bolsillo de la chaqueta para liberar la mano y poder pagar con las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Sentado en el asiento trasero, miro esas calles penumbrosas y tórridas que iban quedando atrás. El autobús se aproximaba al barrio donde vivía su novia. Durante el trayecto la ciudad iba iluminándose, gracias sobre todo a la multitud de escaparates resplandecientes de luz, y también a las marquesinas de los bares y heladerías, focos de atracción para el bichero. “No sé qué decirte, Adal”, pensó que le diría ella cuando le preguntara si debería dejarse amputar el dedo gordo del pie. La muchacha siempre lo llamaba Adal en la cariñosa intimidad: los diminutivos sirven para demostrar el cariño. Estaremos cogidos de la mano, a pesar del calor. El autobús dio unos tumbos al pasar sobre los baches del asfalto.

En las sombras del portal, con las manos entrelazadas y los rostros cercanos y todavía húmedos de los últimos mesurados besos, ella dijo: “No sé qué decirte, Adal, es una decisión que has de tomar tú mismo”. Así, debería resolver solo el dilema: entregarse al inexperto bisturí de Manuel Arteaga o a los rigores del ejército patrio. Él intentaba imaginar ambas situaciones igualmente penosas, viéndose en una herido y separado de una parte del cuerpo y en la otra intacto, pero con su cuerpo sometido a la homogeneidad de una masa uniforme y uniformada, habiéndose fusionado su carne entre la tropa protoplasmática... ¿y cómo podía uno ser alguien en semejante situación?

-¿Va a doler?- preguntó, con tono de súplica, un momento antes de sentir el pinchazo que introduciría la anestesia.

-Un poquito, nada más que un poquito, pero no puede decirse que vayas a sufrir- aseguró Arteaga.

Le había dicho que la anestesia sería local, pero debió de pasarse con la dosis, pues Adalberto fue sintiendo cómo su ser se disolvía en un sopor incontrolable. Es muy difícil tratar de ser alguien cuando te anestesian, sin control uno no es nadie: falta de voluntad, pensó en el instante previo a la caída en el sueño. Volvió a recordar que su madre siempre le había dicho que debía tratar de ser alguien.

Manuel Arteaga le había prometido que no sufriría, pero sufrió. Ese dedo gordo que le fue quitado del cuerpo permaneció en la sensación y el recuerdo. Instalándose como un dolor sutil, pero empecinado en fijarse en la mente para siempre, por lo cual fue evocado y lamentado durante muchos años, igual que un gran amor perdido por culpa de un impulso irreflexivo.

De todos modos lo convocaron a filas.

Amontonado con otros reclutas, todos semidesnudos, esperó a ser llamado por su nombre y apellido –últimos restos de individualidad- ante la junta médica que lo revisaría, y al llegarle el turno, se quitó el calcetín y mostró el pie incompleto.

-¿Por qué te lo has cortado? ¡Tunante!- dijo el médico militar.

-Por gangrena, doctor.

El médico sonrió, después llamó a un colega. Entre ambos examinaron el pequeño muñón con talante de fingida gravedad, de inmediato convocaron a otros miembros del personal sanitario y simulaban consultarse mutuamente. Bromearon antes de pronunciar el dictamen:

-¡Gangrenado debías de tener el cerebro el día que te dio por mutilarte, sinvergüenza! Anda; ve a buscar el uniforme.

Humillado por el peso de la burla y el fracaso, Adalberto Arisamendi resolvió cumplir con resignación y dignidad su servicio militar. Atrás quedaban la novia y los interminables arrumacos. Atrás quedaban también los intentos por ser alguien; quedaban en suspenso, al menos hasta su vuelta a la civilidad.

Muy pronto fue evidente que, debido a la falta del dedo gordo del pie izquierdo, el nuevo recluta marcaba el paso con tal escandalosa asimetría que denigraba cualquier sentido de estética marcial, de modo que fue enviado a la unidad de intendencia, en donde no resultaba del todo imprescindible el aspecto de guerrero. En su nuevo destino lo pusieron en la sección encargada de efectuar el inventario de los equipos y materiales varios, y una vez allí, su tarea consistió en registrar la existencia de todos y cada uno de los elementos de uso propio de la actividad del cuartel.

Quinientos tres uniformes completos; trescientos ocho pares de botas del número cuarenta y dos; ciento cuatro pares de botas del número cuarenta y uno; once botas de diversas

tallas, del pie izquierdo, sin su par correspondiente; ocho botas de diversas tallas, del pie derecho, sin su par correspondiente.

-Pero, a ver, ¡bestia bruta! Mire si no hay ocho botas izquierdas del mismo número que las del derecho- chillaba el sargento.

-Hay siete que coinciden, mi sargento.

-Entonces tienen compañera, ¡animal! Haga que sean ocho pares.

-Pero hay una que no tiene el número correspondiente en el pie izquierdo, mi sargento.

-No importa, número más, número menos... El soldado se adapta a todo. ¿A usted le falta un dedo, no?

Adalberto se quedó con aquel disparejo par, y comprobó que no le calzaba del todo mal.

UTENSILIOS DE LIMPIEZA: catorce fregonas; seis escobas nuevas; doscientos litros de lejía...

Luego de tomar nota de las existencias las ordenaba en los estantes procurando que las hileras tuvieran un aspecto armonioso, para lo cual procedía con el cuidado de un diseñador de jardines, haciendo que los elementos quedaran presentados como una composición arquitectónica.

El sargento no tardó en apreciar la buena voluntad y el sentido del orden de aquel soldado, que en todo momento se esforzaba por ser un sujeto útil. De modo que lo recomendó a su superior inmediato, el mayor Gutiérrez, de intendencia; un oficial que amaba la organización y el método. Al poco tiempo Adalberto estuvo bajo las órdenes directas del mayor, cuyo espíritu castrense resultaba ejemplar. Así le pareció a Adalberto, al ver como se desempeñaba ese hombre de talante severo, pero justo, que no descuidaba el menor detalle para mantener el control sobre su jurisdicción.

¿Sería consciente de su verdadera importancia el mayor Gutiérrez? ¿Pertenece a la clase de hombres que se diferenciaban del montón? ¿Tenía éste la impresión de ser alguien?

-¿Por qué me mira, soldado? ¿Tengo monos en la cara?-le preguntó un día el mayor, al sentirse perseguido por la mirada inquisitiva del subordinado.

-Perdone, mi mayor... Es la mirada de admiración.

-Ah, muy bien. Siga admirando tranquilo, soldado. ¿Quiere preguntarme alguna cosa?

-Si usted me lo permite, mi mayor.

-Adelante.

-Me preguntaba, mi mayor, si se siente frustrado.

-Pero, ¿qué estás diciendo, imbécil? ¿Cómo se te ocurre que voy a estar frustrado? A ver, explícate.

-Perdone, mi mayor. Yo se lo preguntaba por el hecho de que últimamente no hay guerras.

-¿Y eso qué tiene de frustrante?

-Bueno, es que yo pensaba que un militar de carrera sólo se realza cuando va a la guerra, y como hace tanto tiempo que no se arma ninguna de verdad, y en lo que lleva usted de oficial siempre ha tenido paz, yo me decía...

-¡Te decías idioteces, eso te decías! ¡La guerra es una barbaridad!

-Sí, claro...

-¡Una barbaridad y un desastre!-Insistió el mayor Gutiérrez, cuyo rostro se había crispado, pero al final consiguió calmarse y entonces le dijo al recluta:-Ten en cuenta, muchacho, que en medio de una batalla todo se desorganiza, absolutamente todo: material que se deteriora y se pierde, balas que se gastan sin saber si han llegado a destino y que resultan imposibles de contabilizar, uniformes vestidos por soldados que se vuelven irre recuperables después de que las bombas revientan soldados y uniformes, equipos que desaparecen.. ¿Y quién puede llevar la cuenta de las raciones y el control de los pertrechos en medio de un combate? ¿Y qué pasa si para colmo pisa una mina el soldado que lleva las planillas y el inventario? No, hijo mío, desengáñate: desde el punto de vista del orden militar la guerra es un auténtico desastre. Un fenómeno totalmente contrario al espíritu de la disciplina castrense.

Al escucharlo hablar de aquel modo, Adalberto comprendió que el mayor Gutiérrez no sólo era un gran oficial de intendencia, era también un modelo a imitar. De modo que hizo lo que

pudo por asimilar el temperamento metódico de su superior, y esta virtud que impregnaría su ser en el futuro, implicaba cierto grado de adustez que no admitía la risa. Sin embargo, un mes más tarde Adalberto comenzó a experimentar un tenue hormigueo en el dedo contiguo al que se había hecho amputar. No era una sensación desagradable, aunque le desconcertaba: parecía como un flujo de corriente eléctrica de baja intensidad que le obligaba a reír, al igual que cuando su mamá, de pequeño, le hacía cosquillas en el pie. Sólo le dolía cuando se esforzaba en contener las carcajadas delante de sus superiores; entonces se convertía en suplicio, en lacerante dolor. Al final pidió permiso para visitar la enfermería.

Mientras el médico militar inspeccionaba su dedo él no paraba de reír.

-Gangrena-dijo el doctor, que era teniente coronel médico-.Será necesario operar. Por lo visto está muy risueño, soldado.

Adalberto le explicó que no se trataba de alegría, sino de cosquillas.

Ni siquiera la falta de otro dedo fue motivo para que le dieran la baja. De todos modos él ya no la deseaba, se encontraba muy satisfecho en su destino de intendencia, le agradaba sentirse útil. Pero poco tiempo después el cosquilleo volvió a despertarlo por la noche y se adueñó del siguiente dedo. Era muy intenso, por lo que no pudo dejar de reír y los demás soldados se desvelaron. Por la mañana Adalberto visitó la enfermería.

Tampoco le concedieron la baja al cercenarle el tercer dedo. Cuando hubo que amputarle el pie ya había finalizado su servicio militar. Lo que más le afligía en ese momento es que su condición de baldado le impidiera desempeñar algún trabajo donde se sintiera útil y pudiera, con el tiempo, llegar a ser alguien.

Pero el mayor Gutiérrez acudió en su ayuda:

-Tengo un amigo que es Director adjunto de *CENTRACEN*, la compañía especializada en centralizar empresas de centralización. Ahí son muy bien recibidas las personas con sentido del orden y la disciplina laboral. Voy a ver qué puedo hacer por ti, muchacho, tal vez te consiga algo.

La perspectiva de obtener un puesto de trabajo en tan importante sociedad levantó el ánimo de Adalberto; significaba, más que nada, la posesión de un lugar en el mundo. No había quien no hubiera oído hablar de *CENTRACEN*, y ya se sabe que no es lo mismo trabajar en una firma poderosa que hacerlo en otra de menos prestigio: cuando uno se desempeña en una empresa afamada ya puede decir que es alguien, aunque sea el último de los empleados. De tal modo, cuando los demás le preguntaran por su razón de ser, él diría: Yo trabajo en *CENTRACEN*. O quizá sería más efectivo lanzar de entrada el nombre de la casa y solo después completar la frase: *CENTRACEN*, allí es donde yo trabajo. Así es como pensaba Adalberto, pletórico de esperanzas, un momento antes de trasponer la gran entrada del edificio.

Después de pasar numerosos controles identificatorios, emergió de un espacioso ascensor treinta cinco pisos más arriba. Llevaba enganchada en la solapa de la chaqueta una ficha de plástico con un número y la palabra "Visitante". Se sintió muy orgulloso de esa identificación: seguramente no se la darían a cualquiera. Se hallaba en una sala muy amplia. Una recepcionista lo invitó a sentarse, señalándole una fila de butacas tapizadas en simil cuero de color negro, frente a los ventanales.

Bueno, ya hemos llegado hasta aquí, se dijo Adalberto, y contempló a través de los enormes cristales el cielo con nubes y debajo la gran ciudad con las calles llenas de automóviles y gente que corría de un lado a otro. Apenas hacía un cuarto de hora él había estado entre ellos y era uno más del montón. De pronto descubrió las cámaras que oscilaban de derecha a izquierda para controlar la estancia. Quizá estaban observándolo en la pantalla del monitor. Tal vez alguien lo estudiaba para calibrar su mayor o menor prestancia, su estado de ansiedad, que crecía a medida que se prolongaba el tiempo de la espera. Se preguntó si finalmente lo recibiría el señor Director adjunto y, en caso de que así fuera, si éste le daría el trabajo. Quién sabe si se lo daría: un momento antes de que descubriera las cámaras se había llevado un dedo a la nariz. ¡Qué vergüenza! ¿Habrían registrado ese gesto cochino en alguna cinta de video? No es que se hubiera metido el dedo muy dentro, pero como quiera que sea, no había sido ése un gesto elegante. ¡Qué lucha! Ya le solía decir su madre que no resultaba fácil llegar a ser alguien. Ella le contó que rompió a llorar el día de su nacimiento, al ver que había salido varón. "Pobre hijo mío, vas a tener que lidiar el resto de tu vida para tratar de ser alguien y evitar que llegues a ser nadie."

-Ya puede pasar, señor Arisamendi- le anunció la secretaria.

La chica lo condujo por un largo pasillo con puertas a cada lado hasta una sala más amplia que la anterior. Detrás de otra puerta, la más importante, estaba el despacho del señor Marcial Mercante, el Director Adjunto. Éste se hallaba tras un escritorio muy grande, de madera de nogal, y lo incitó a sentarse. Su talante era cordial.

-Mi amigo, el mayor Gutiérrez, me ha dado muy buenas referencias acerca de usted.

-Gracias, señor.

-Me dijo que es usted un hombre metódico y ordenado.

-El mayor Gutiérrez es muy bondadoso.

-Bondadoso pero ecuánime-sentenció el señor Marcial Mercante-. Podrá comenzar a trabajar desde mañana por la mañana. En esta misma planta.

-Gracias señor-volvió a decir Adalberto con gratitud sincera y contenida alegría.

-Creo que nos podrá ser útil-dijo el señor Marcial Mercante, y esa palabra le pareció a Adalberto la más hermosa que había escuchado en mucho tiempo: ¡Útil, ser útil, servir para algo!-. Precisamos personas metódicas y ordenadas-continuó explicando el señor Director adjunto-, ya que ésta es una empresa de centralización y, por ese motivo, nuestro objetivo es tener el mayor control posible del entorno. Ya se sabe que no hay control posible sin orden, método y organización. ¿Cómo dijo que se llama?

-Arisamendi, señor. Adalberto Arisamendi.

-Bueno, si..., pero tengo entendido que es usted cojo.

-En efecto, señor-reconoció Adalberto, no sin ruborizarse-. Me falta el pie derecho.

-Ah, pues entonces tendrá que modificar su apellido.

-¿Perdón, señor?

-Dije que tendrá que modificar su apellido. No pretenderá llamarse del mismo modo que cuando estaba completo, faltándole un pie. Tal cosa sería contraria al espíritu de precisión de esta casa.

-Disculpe, señor, pero no acabo de entender.

-Pero si es muy fácil-dijo Marcial Mercante, demostrando tener una gran paciencia, pero sin esforzarse en disimular cierto grado de irritación-. Cuando usted nació lo inscribieron en el Registro Civil como Adalberto Arisamendi, pero es que entonces debía de tener usted el cuerpo entero. Un cuerpo pequeño, de recién nacido, claro está pero con todos sus miembros donde tienen que estar. Ahora bien, al faltarle un pedazo suyo ha menguado, en consecuencia debe quedar constancia de ello en nuestros archivos y computadoras, pues lo contrario daría lugar a posibles confusiones. ¿Me entiende ahora? Pero no se preocupe, amigo, tampoco es tanto lo que le falta: la ausencia de un pie no es demasiada merma en el conjunto de un cuerpo. Se lo repito: no se preocupe. Tan sólo le quitaremos la última *i* de su apellido: en lugar de Arisamendi quedará Arisamend. No está del todo mal, ¿no es verdad?

-Comprendo-aceptó Adalberto, en parte aliviado por el hecho de salir del malentendido-. Pero permítame señalarle que llevo una prótesis en el lugar del pie faltante.

-¡Haberlo dicho!-exclamó el señor Marcial Mercante golpeándose la frente con la palma de la mano-. ¡Eso ya es otra cosa! Siendo de ese modo se llamará usted Arisamend, guion, *i*-y procedió a escribirlo en un papel: "Arisamend-i"- . Esta *i* separada es la que registra la existencia de su prótesis de usted. En *CENTRACEN*, querido amigo, todo queda asentado.

Esa misma noche Adalberto se sentó a la mesa de un bar y pidió una cerveza para brindar en soledad, agradeciendo a la suerte el futuro que tenía por delante. Hacía tanto calor como un año atrás, cuando se quedó con la pata de la langosta entre los dedos. Entonces llevaba la misma chaqueta. Busco en el bolsillo y encontró, perdido entre la pelusa, el miembro del insecto. Estuvo a punto de tirarlo, pero se le ocurrió que quizás ese habría sido el talismán que lo juntara con la buena fortuna, de modo que volvió a guardarlo en su sitio. Los bichitos verdes, miles de millones de bichitos anónimos, llegaban desde la calle para estrellarse contra las luces del bar.

Al día siguiente Adalberto Arisamend-i dio comienzo a sus sucesivas tareas en las oficinas de *CENTRACEN*. En lo sucesivo, cada vez que alguien le preguntaba qué hacía, él decía, con manifiesto orgullo: "Trabajo en *CENTRACEN*, soy controlador".

Se desempeñaba en un despacho cercano al de su jefe, el señor Marcial Mercante, y tenía a su cargo una computadora en cuya pantalla aparecían los datos provenientes del módulo de control N° 00465, el cual controlaba al módulo 00290. Su tarea consistía en controlar minuciosamente dichos datos (los del 00465), para comprobar su veracidad en todos los detalles, y después transmitía los resultados al módulo de control N° 00328, consignando al hacerlo, su nombre, apellido y número de módulo controlador: Adalberto Arisamend-i, módulo de control N° 00511. A su vez el 00328 (su controlador) era controlado por otro módulo de control, que al propio tiempo era controlado por otro y éste por otro, que también era controlado por el 00290, controlado, como se ha dicho (es precisa la reiteración para prevenir innecesarias confusiones) por el 00465, el mismo que controlaba Adalberto. Toda aquella embrollada cadena de verificación constituía, como se ha visto, un perfecto círculo cerrado dentro del cual nada podía escapar a la vigilancia de la Dirección Central. Un orden exacto, impecable y absolutamente centralizado por organismos centralizados que a su vez eran centralizados por otros desde las más altas instancias de la Empresa. Y todo eso funcionaba con la regularidad de un reloj de precisión.

Pero no así su cuerpo, pues unos meses más tarde Adalberto empezó a sentir cómo el conocido hormigueo ascendía por la tibia hasta apoderarse de la rodilla. Le costaba aguantar la risa en las horas de trabajo. Poco a poco el cosquilleo fue convirtiéndose en un dolor sordo y continuo.

-Habrá que operar-dijo el médico de la firma-.No queda más remedio. Pero no tema usted, amigo, ahora fabrican unas prótesis maravillosas.

Cuando llegó al quirófano se encontró allí con su viejo amigo, Manuel Arteaga. Era el cirujano.

¡Pero qué sorpresa, bandido! ¡Tanto tiempo sin vernos y mira dónde venimos a encontrarnos! Así que de vuelta a las andadas, ¿eh? Bueno, me alegro mucho de verte, muchacho- dijo Arteaga blandiendo el bisturí.

Durante su convalecencia acudieron a visitarlo el teniente coronel Gutiérrez (lo habían ascendido) y el señor Marcial Mercante.

-Temo que ahora dejaré de ser útil-confesó Adalberto, ciertamente muy apesadumbrado.

-No se preocupe-le dijo con tono afectuoso el señor Director adjunto-, en *CENTRACEN* siempre habrá un lugar para lo que quede de usted.

-Gracias, señor. Muchas gracias- dijo Adalberto con la voz pastosa y los ojos húmedos.

Al volver al trabajo lo sorprendieron ciertos cambios: lo habían trasladado a la planta vigésimo novena, destinándole una computadora de menor potencia. Su apellido fue nuevamente modificado, y pasó a llamarse Arisamen-di. Fuera de estos detalles todo continuó casi como hasta entonces, salvo que ya no controlaba al 00465 sino al 0,00307 y no era controlado por el 00328 sino por el 0,00732.Su número también había cambiado: en lugar del 0511 le correspondía el 0,00239.

Cuando el ya familiar cosquilleo emigró a la pierna derecha, el veredicto de los médicos fue amputar. Pero aun faltándole ambas extremidades inferiores continuó teniendo un lugar en *CENTRACEN*, sólo que en la planta vigésimo primera. Pasó a apellidarse Arisa-men-di, como indicativo de que se sustentaba sobre un par de prótesis. Ya no estaba ante la pantalla de un computador, ahora debía ocuparse de archivar planillas.

Por aquella misma época le dio por meditar acerca de las particularidades de su yo fraccionado: una parte humana y la otra protésica. Pasó entonces revista a todas las extensiones menores de su ser: además de las prótesis estaban los objetos que guardaba en su cuarto, los muebles de su casa, el televisor, la máquina de afeitar eléctrica. No olvidó contabilizar a su madre y al talismán que le había dado suerte: la pata de la langosta. Concluyó que lo que le quedaba de carne viva, sumado a sus pertenencias constituían un todo unificado que definía su persona y lo significaba como alguien en el conjunto universal. A raíz de estas reflexiones decidió adquirir, unos días más tarde, una parcela de quinientos metros cuadrados ubicada en una urbanización en proyecto, con lo cual supo que desde aquel momento era dueño de un trozo del planeta. Aunque se trataba de una zona despoblada, hizo acortarla con alambre, para que los límites de su propiedad no quedaran difuminados en medio del campo.

-Lamento tener que decírtelo -le anunció tiempo después su amigo, el doctor Arteaga., pero la infección se ha extendido: tendremos que volver a cortar, Adalberto. Desafortunadamente, los muñones quedarán muy reducidos y no habrá sitio para encajar las prótesis. Después de aquella operación fue trasladado a la planta undécima de *CENTRACEN*. Su lugar de trabajo se adaptó para dejar sitio a la silla de ruedas. Pasó a apellidarse Arisa, por lo que tuvo que gestionar que así quedara consignado en la escritura de propiedad de la parcela.

Transcurrió un año y oreo más sin mayores novedades. El segundo domingo de cada mes, Adalberto contrataba un taxi para visitar un pedazo del planeta.

Al tercer año volvió el cosquilleo para adueñarse de su abdomen.

-Estimado amigo, como titular de esta junta de médicos, debo hacerle saber que la infección ha continuado su avance. Si queremos salvarle la vida no tendremos más remedio que cercenarle una parte del tronco.

Adalberto escucho con atención a ese facultativo que se expresaba tan correctamente. Al parecer pretendían hacerle una operación importante. Le complació el interés que suscitaba entre los doctores, pero no estaba seguro de haberles entendido bien.

-Pero no se preocupe: la ciencia ha avanzado mucho en los últimos años. Le quedarán a usted intactos los pulmones, el corazón y, por supuesto, la cabeza y las extremidades superiores, por lo cual podrá continuar con su trabajo de ordenar papeles. Por lo demás, quedará conectado a un aparato que suplantarán de manera idónea el hígado, el páncreas, los intestinos y demás. En cuanto a las funciones sexuales, lamentamos tener que comunicarle que quedarán anuladas. Pero en fin, ¿qué importancia pueden tener esos órganos molestos e indecentes para un hombre entregado a su trabajo? Consuélese pensando que en lo sucesivo no sufrirá usted por las ansiedades propias del deseo y del amor.

El señor Mercante le aseguró que continuaría siendo útil: “*CENTRACEN* no abandona a los suyos”, dijo. En la planta quinta, donde fue trasladado junto con el aparato que lo sustentaba, había muchos papeles que ordenar; tantos que, cuando se colaba un poco de viento a través de las juntas defectuosas de las ventanas, estos se ponían a volar. También se levantaba el polvo, y por cierto que había bastante tierra entre tantos papeles. Los vidrios en esa planta estaban cubiertos con hule gris. El puesto de trabajo de Adalberto se encontraba junto al cuarto donde se guardan los elementos de limpieza del edificio, y cuando venían las barrenderas lo desplazaban con su aparato para poder abrir la puerta. “Con su permiso, vamos a moverlo un poquito, señor Ari.” Ese era su apellido: Ari.

Un año después le anunciaron que era necesario amputarle los brazos: el cosquilleo había retornado.

-Ya no podré continuar siendo útil, señor Mercante- lloriqueó Adalberto.

-No lo crea usted, mi querido amigo. Aunque no pueda archivar papeles, siempre podrá hablar y escuchar. Lo pondremos en la planta baja; estará al frente de la oficina de información.

-¡Ánimo, soldado!- lo alentó Gutiérrez, que a la sazón era teniente general.

-¡Eso mismo, ánimo!- le dijo su amigo de la infancia, el doctor Manuel Arteaga, ahora jefe del Servicio de Cirugía.

Al volver a *CENTRACEN*, falto de extremidades y con sólo medio tronco Adalberto descubrió que ya no tenía apellido y, sin embargo, era más popular que nunca. Todos lo llamaban por su nombre, como si fuera un rey. Quizá con el tiempo llegaré a ser conocido como Adalberto Primero, pensó, y advirtió que su yo había crecido en razón inversa a la mengua de su cuerpo.

Lo ubicaron con su aparato sustentador en la zona de recepción del hall de entrada, bajo un cartel que decía “Información”. Los visitantes se le acercaban aún sin necesitar información, sólo por verlo y dialogar con él, para lo cual inventaban preguntas superfluas. Algunos se conformaban con mirarlo, y el aprovechaba para decirles que le rascaran la nariz.

Cuando la vieja y tan conocida sensación invadió los pulmones y el corazón Manuel Arteaga le dijo:

-Esto simplifica todo, querido Adal

-¿Cómo me has llamado?

-Adal. Te he llamado Adal. Es que estoy anticipándote tu nuevo nombre. Como te decía, esto simplificará todo. Al librar la cabeza de lo que aún queda del tronco, las vísceras defectuosas que todavía perduran te dejarán de molestar, por lo tanto dependerás de un aparato más sencillo y eficaz, y también de tamaño más reducido. Siempre resulta preferible un mecanismo hecho de metal y materias asépticas e inorgánicas que las entrañas constituidas por células caprichosas e impredecibles. ¡Débil es la carne, Adal! En lo sucesivo recibirás, directamente desde una bomba electromecánica, regulada mediante un programa informático, un constante flujo de sangre limpia, fresca y bien oxigenada, la que irrigará la totalidad de tu cerebro y el resto de la cabeza. ¡Ya verás que lozanas se te pondrán las mejillas! ¡Coloradas como tomates maduros! ¡Sangre pura, Adal querido! Sin toxinas de ninguna clase.

-Pero, es que a este paso me temo que acabaré por desaparecer.

-Te equivocas, amigo. Nadie desaparece del todo... Por más que cortemos y cortemos algo siempre quedará.

Después de aquella operación, la cabeza de Adal, emplazada en un pequeño pedestal con forma de columna dórica, que en verdad era la carcasa de un sofisticado ingenio que le bombeaba y purificaba la sangre, continuó con la tarea de informar a los visitantes de *CENTRACEN*. Por entonces acudían a verlo gentes muy diversas, muchos de los cuales llegaban desde lugares apartados. También concurrían ante su podio nutridos grupos de escolares guiados por sus profesoras, casi todos ellos imbuidos de fervor didáctico. Dadas las circunstancias, la Dirección de la Empresa comenzó a cobrar una módica suma a quienes se interesaban en conocer a su singular empleado.

Ya nunca volvió a su anterior domicilio. Por recomendación médica, al llegar la noche lo tapaban con una funda de esas que se usan para tapar las jaulas de los pájaros. Alrededor de la medianoche el guardia jurado de turno solía descubrirlo por un rato para sostener una amena charla, en especial acerca de los sucesos de fútbol y la política, aunque en ocasiones la conversación giraba en torno al universo de Adal. Entonces este le refería los hitos principales de su vida a la vez que hacía un recuento de sus propiedades y le encargaba a su amigo que visitara por él, de vez en cuando, la parcela que había comprado en la nueva urbanización, para que después le contara qué tal iba creciendo el arbolito del frente. El hombre prometía hacerlo (y cumplía su palabra), pero antes de la madrugada volvía a enfundarlo. Unas horas más tarde se encargaba de destaparlo el vigilante de la mañana, siempre en los minutos previos a la apertura del portal de acceso al edificio.

-Siento que el hormigueo sube por la lengua y la mandíbula, doctor-le dijo cierto día al médico de la empresa.

-¡Qué contratiempo! Llamaré en consulta al doctor Arteaga.

-Operar. No queda más remedio que operar otra vez- fue el dictamen de Arteaga.

-Tranquilo, no se preocupe, estimado Ad, todavía le quedarán los ojos y los oídos-así lo animó Marcial Mercante, que para entonces ocupaba el cargo de Director General y su despacho se hallaba en la última planta.

-Pero esta vez sí que dejaré de ser útil a la empresa, señor Mercante-se quejó Ad.

-¡Cuán equivocado está, amigo mío! Su utilidad ya no guarda relación con las funciones que usted desempeñaba en nuestra casa. Ahora usted es valioso por su sola menguada presencia. Tenga en consideración que no hay otra firma en el mundo que cuente entre su personal un empleado semejante. No Ad, no. Téngalo por seguro, aún no existe ninguna otra compañía que haya podido conservar con vida un trozo tan reducido de ser humano. ¿Pero es que no se da cuenta? Usted es casi una nadita, pero tiene identidad civil, escrituras de propiedad y alma... ¡Una maravilla, Ad! Convénzase, ¡es usted una auténtica maravilla!

Al verse de tal modo elogiado por el señor Director General, Ad se sintió inmerso en una felicidad plena. Comprendió que a partir de ese momento ya no habría duda de que de verdad era alguien.

Al salir del quirófano lo trasladaron directamente al segundo subsuelo de *CENTRACEN*. Ad era la mitad de una cabeza que trataba durante todo el tiempo de expresarse con los ojos, los cuales bailoteaban de continuo hacia arriba y hacia abajo, o derecha e izquierda. Unos pocos, entre los miembros del equipo científico que lo cuidaba y estudiaba, comenzaron a entender el

lenguaje de sus movimientos oculares, así como el significado de sus profundas miradas cuando dejaba la vista fija, y gracias a tal comprensión captaron que Ad podría ser feliz si no fuese por su gran preocupación con respecto al pelo: se estaba quedando calvo. Su anteriormente hermosa cabellera de color castaño empezaba a mermar. Llamaron a los mejores especialistas y de inmediato le aplicaron un tratamiento de masajes capilares y repetidos lavados con un champú especial. En eso estaban cuando con su lenguaje de ojos Ad les advirtió que otra vez había empezado el cosquilleo. A nadie se le ocultaba que después de la siguiente operación ya muy poco quedaría de él.

Ahora su nombre es A. Lo guardan en el último sótano, está reducido a un cerebro sustentado por tubos de alimentación y drenaje y conectado a un gran número de cables. Quienes tratan de entenderse con esa masa esponjosa tienen grandes dificultades para descifrar el significado de los impulsos eléctricos, de bajo voltaje, que emiten esos sesos y que registra en voltímetro especialmente adaptado. Pero intuyen que piensa, creen que recuerda su infancia y que evoca a su madre y a su novia, aquella que lo dejó después de que él se hiciera amputar el dedo gordo del pie.

Su actividad pensante, privado de los estímulos provenientes de los sentidos y de las sensaciones del cuerpo, está dirigida a inspeccionar la índole del tiempo, a meditar sobre la verdadera sustancia del yo, a interrogarse acerca del enigma de la identidad y el estado en que se hallará su parcela y el arbolito que allí crece. Fuera de estas elucubraciones, es ajeno al goce y al sufrimiento. Podría decirse que no echa nada de menos, y tal vez nada le preocupa, excepto el hecho de que acaba de reconocer la presencia del viejo hormigueo. Esta vez lo siente avanzar por el lóbulo frontal.

LÁZARO COVADLO: Nació en Buenos Aires en 1959, y vive actualmente en Barcelona. Reconocido por su inquietante novela: *Conversando con el monstruo*. De su original libro de cuentos *Agujeros negros* hemos tomado el que aquí presentamos.

La señorita Winters y el viento

‡Cristine Noble Govan

Mientras permanecía en la esquina, aferrando con fuerza su billete de vuelta de autobús, la señorita Winters sentía un intenso odio hacia el viento. Durante los años que llevaba en aquella espantosa y desagradable ciudad, entre la mujer y el viento se había mantenido un constante estado de guerra. El aire parecía haberla elegido a ella -una solitaria y desamparada figura- para desahogar sus deseos de venganza. Le ladeaba el viejo sombrero de fieltro, le echaba sobre el rostro el revuelto cabello y le subía indecentemente las faldas, dejando a la vista sus negras medias de algodón.

Una vez, cuando regresaba a casa desde el trabajo, el viento le arrebató de las manos el billete de vuelta y lo arrojó bajo el autobús que pasaba. Cuando el vehículo hubo desaparecido, la señorita Winters miró entre el polvo y buscó por todas partes; pero el trocito de amarillo papel parecía eludirla. La gente que se arremolinaba a su alrededor casi la empujó bajo un camión y manifestó impacientemente su disgusto contra ella. La cosa había sucedido el día antes de cobrar, cuando la mujer sólo disponía del dinero para pagarse el autobús de la mañana siguiente. Tuvo que hacer a pie el resto del camino a casa; cinco kilómetros, y todos con el viento en contra.

Cuando era niña y vivía en el Sur, el viento era una cosa agradable. Las montañas lo mantenían adecuadamente dominado, domándole como se doma a un brioso potro. El aire chocaba contra las cumbres y era troceado en minúsculas partículas por los árboles, que susurraban con un sonido similar al del océano. En los campos, las flores silvestres se mecían con suavidad, formando hermosos mares color rojo dorado. En la escuela, cuando la señorita Winters leía Hiawatha, su delgado rostro se iluminaba momentáneamente ante estas líneas:

Como bajo el sol brillan los rizos

Que el frío viento forma en los ríos.

Pero entonces la señorita Winters no sabía realmente lo que era un viento frío.

Ahora sí lo sabía. Era algo que se introducía por todos los resquicios y entumecía los pies de la señorita Winters, pese al fuego que tan asiduamente cuidaba. Por las noches, el helado viento se metía con ella en la cama, de forma que hasta su atigrado gato, que permanecía bajo las mantas, se estremecía y durante horas de oscuridad, no paraba de moverse tratando de calentar sus doloridos huesos. El aire se metía bajo el usado abrigo de la mujer, penetrando por el agujero que había hecho en sus pantalones el alambre del tejado en que los tendía. También atravesaba sus remendados guantes, entumeciéndole los dedos hasta que le quemaban en una agonía de frío.

Su madre procedía de una agradable región del Sur. Y después de la muerte del padre de la señorita Winters, la anciana señora anheló con todas sus fuerzas volver a su tierra natal. Pero el viento había podido con ella, recordó la señorita Winters, con amargura: tras aguantarlo durante dos temporadas, la pobre murió de pleuresía.

Por entonces, la señorita Winters poseía un negocio que funcionaba satisfactoriamente. Se dedicaba a Costura Selecta y Elegante, Precios Razonables. La mujer se había convertido en una solterona de pecho plano, cuyas juveniles ilusiones se redujeron a cenizas años atrás. Confeccionaba ropitas para bebés, con diminutos canesúes bordados; trajes de novia, y bonitos delantales para niñas.

La enfermedad y la muerte de su madre representaron grandes gastos. Luego vino la depresión. La señorita Winters se trasladó a barrios peores, barrios que, por lo visto, gustaban mucho al viento, ya que los azotaba constantemente. La mujer se sentía sola, inquieta y, a veces, asustada. El miedo le atenazaba la garganta como si fuese una verdadera mano, haciéndole difícil tragar.

Más tarde, la Administración de Proyectos Obreros le facilitó costura. La señorita Winters hizo gruesas chaquetas y pesadas prendas de trabajo. La dura tarea envaró y despellejó sus dedos. No dejaba de pensar en las damas a quienes había vestido de seda y crepé de China y en los bellos trajes que realizara durante su juventud. El peor de los golpes lo recibió al concluir el proyecto obrero. Las mujeres llevaban pantalones, laboraban en las fábricas y compraban ropa hecha. No tenían tiempo para probarse las meticulosas prendas cosidas por la señorita Winters. Las viejas clientes de ésta murieron o se marcharon a Florida, donde el viento era menos cruel.

El miedo iba cerniéndose sobre la mujer como una creciente marea. Las manos, que en tiempos bordaron ramilletes de lilas sobre la batista y la estopilla, se habían vuelto artríticas a causa del frío y del tosco trabajo. Todo lo que ahora podía hacer eran zurcidos y, de vez en cuando, algún encargo para una tienda de ropas usadas. El autobús llegó atestado, y la señorita Winters tuvo que ir de pie. En la calle en que vivía, el frío había matado incluso el olor a ajo y a repollo. Pero el viento seguía allí, haciendo volar los papeles, echándole a la cara humo y polvo, y tirando de su sombrero hasta que los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas de impotencia.

Para llegar a su cuarto tuvo que subir dos tramos de escalera. El gato esperaba, hecho un ovillo, en medio de la cama. El animal saltó al suelo, estiró su flaco y listado cuerpo y se encaminó hacia su dueña. Era la única criatura que aún la recibía como a una amiga. Gracias al gato, la señorita Winters podía olvidar algunas veces su miedo atenizador. La confianza del animal en ella le daba un poquito de valor y determinación. Sin embargo, también temía por él. Había demasiadas personas que eran malas con los gatos, especialmente si éstos no eran de raza.

- ¿Estaba solito el minino de mamá? - dijo, con sus agrietados labios -. Mamá va a encender fuego y luego dará de comer a su gatito. El bicho, como apreciando tan patética devoción, se frotó, runruneando, contra la falda de la mujer. La señorita Winters, aún con guantes, puso en la cocina unas astillas y unos preciosos trocitos de carbón y les colocó debajo una cerilla. El maldito viento llegó por la chimenea y apagó la llama, sembrando de cenizas el suelo y manchando los limpios zapatos de la mujer.

La señorita Winters consiguió al fin encender un débil fuego. Sobre el fogón colocó un recipiente para preparar el té. Mientras el agua se calentaba, la mujer se sentó en la mecedora de abombado asiento que había frente al fuego, con las piernas cómodamente extendidas y los brazos doblados contra el cuerpo para darse calor. El gato saltó a su regazo, dándole suaves cabezazos en la barbilla. La solterona, agradecida, le abrazó. El animal ponía una nota de vida en el desnudo cuarto. Era algo que le hacía olvidar un poco la creciente marea de su miedo: el alquiler, que se llevaba todo lo que ganaba en la tienda, los treinta y siete centavos que debía al lechero, las suelas de sus zapatos... El miedo siempre estaba allí. Atormentada por él, la anciana había estropeado una prenda en la ropavejería y casi perdido su día de trabajo. Al recordarlo, le invadía un frío que no era debido al viento, precisamente. El gato, sobre su falda, frotaba la suave nariz contra el rostro de la señorita Winters, a la vez que emitía un sonido que era, a un tiempo, ronroneo y maullido.

En un repentino arranque de ternura, la señorita lo atrajo hacia sí, y el animal la miró con aire presuntuoso. Sus ojos eran como pálidas lunas verdes con misteriosas manchas doradas. La solterona se levantó y preparó el té. Luego echó un poco de leche y parte del agua caliente en una fuentecita, para el gato. De su bolso extrajo un hueso de chuleta que había conseguido le diera una de sus compañeras de trabajo. El hueso aún tenía una tira de carne y de ella emanaba un fuerte olor a pimienta y a frito. La mujer arrancó la carne, mirando, avergonzada, el desnudo cuarto. Luego comió lentamente, mientras lágrimas de autocompasión le llenaban los ojos.

Después se agachó y colocó el hueso, al que aún estaba adherida la grasa, en la fuentecilla del gato. El animal dejó la leche y comenzó a roer el sebo mientras movía el rabo como muestra de satisfacción. La señorita Winters se quitó el sombrero y comenzó a beber el té. Tomó asiento y fue dando pequeños sorbos a la infusión, mientras contemplaba al gato, deleitándose con los graciosos movimientos del animal y con la maravilla de sus verdes y profundos ojos. Cada vez hacía más viento. A medida que la oscuridad aumentaba, la habitación se enfriaba más y más. La señorita Winters se quitó la ropa de salir a la calle, fue a buscar su bata de franela y la puso a caldear junto al fuego. Calentó más agua y llenó con ella una botella para meterla entre las frías sábanas. En seguida, armada con el gato y la botella, y tras remover los carbones para que el fuego durase el mayor tiempo posible, se introdujo en la cama. La bombilla que había junto al mueble apenas daba la luz suficiente para leer la sensacional revista de historias amorosas que cada noche ayudaba a la solterona a olvidar sus problemas. Horas más tarde se despertó. El viento, no contentándose con atormentarla de día, convirtiendo cada una de las horas de luz en un suplicio, tenía que desvelarla por la noche con el fin de devolverla a la miseria de que los sueños la libraban brevemente.

El aire rugía en torno a la chimenea y golpeaba las ventanas hasta hacerlas temblar en sus marcos. La que la señorita Winters había pegado con un gran trozo de papel de goma parecía abombarse como si en cualquier momento fuera a reventar, llenando la habitación de cristales. En el tejado algo se soltó y quedó allí, batiendo y saltando, haciendo imposible el sueño. El frío parecía algo tangible, que recorría la columna vertebral de la anciana, mordía su rostro y punzaba sus pies, donde la ya helada botella se burlaba de cualquier idea de comodidad. La mujer dio la luz, como si eso pudiera calentarla. El gato se rebulló y comenzó a moverse nerviosamente por la cama. De pronto se produjo una ráfaga de viento más fuerte que las demás. Se oyó un fuerte ulular y la ventana rota saltó.

El cristal penetró en la habitación como si fuera metralla. El gato brincó al suelo y, en medio del salto, fue alcanzado por una arista de vidrio. El animal lanzó un último maullido y cayó inerte. Sobre la amarilla alfombrilla, las manchas de sangre parecieron pétalos de rosa. La señorita Winters se levantó de entre las gruesas mantas. Tenía frío, pero el de ahora estaba producido por una insensata furia. Pasó entre los fragmentos de cristal y recogió el inerte cuerpo del animalito. Los maravillosos ojos verdes aparecían vidriados, y la sangre caía en cálidas gotas sobre los pies, enfundados en medias, de la mujer. La señorita Winters permaneció allí, inmóvil, durante mucho, mucho tiempo. Al fin dejó al gato en el suelo y dijo, con expresión ausente:

-Esto ya ha ido demasiado lejos.

Al menos, ahora ya sabía lo que debía hacer y, por consecuencia, se sentía tranquila. Se acercó a la cama, apartó las mantas, el abrigo que llevaba durante el día, la colcha que confeccionara con los retales del terciopelo y la seda de sus días más felices. Tomó la sábana, inmensa y llena de remiendos, y se quedó mirándola pensativamente. Todo era tan claro, tan sencillo, que la señorita Winters se preguntó cómo no se le había ocurrido antes.

Debía atrapar el viento y encerrarlo herméticamente dentro de algo, de forma que nunca pudiera escaparse, para asustar y dejar ateridas a pobres ancianas, manteniéndolas despiertas y conscientes de su miseria, matando sus gatos... La mujer se puso los zapatos y, sin dirigir una sola mirada al animal muerto, abrió la puerta y comenzó a bajar resueltamente las escaleras. "¿Quién ha visto al viento?", cantó, con la atiplada voz de su niñez, mientras el aire la zarandeaba y trataba de arrebatarse la sábana.

-¡Ja, Ja! -rió la señorita, entre dientes, aferrando con más fuerza el enorme trozo de tela-. ¡Esta vez, no, querido amigo! ¡Esta vez, no! "¿Quién ha visto al viento? ¿A dónde se va el aire? ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Hasta llegar al cielo! Miró hacia el campanario de la iglesia. Era el edificio más alto que había a la vista. Incluso en aquella noche brillaba como una arista reluciente. A su gato le había matado una arista. Ella mataría al viento.

-R.I.P. -dijo sonriendo la mujer. A la torre de la iglesia se llegaba a través de una puertecita que había en la parte trasera. Tal como la señorita Winters esperaba, no estaba cerrada. Sin un momento de vacilación, la solterona comenzó su decidido ascenso. Cada vez más arriba, dando vueltas y vueltas, tropezando con la sábana, pisándose el borde del abrigo, dando traspiés, riéndose y volviendo a ascender. En el interior de la torre no había viento; pero aquello no la disuadió de su idea. El aire la estaba aguardando allá arriba... ¡y ella le aguardaría a él! Al fin llegó al pequeño cuarto donde se encontraban las campanas, una habitación cuadrada, con arcos

góticos y una terraza abierta por un lado. El viento estaba allí, tal como la anciana había esperado, rugiendo como un león. Pero la señorita Winters ya no le tenía miedo.

-¡Ahora veremos! -gritó, feliz-. ¡Ahora veremos!

Sacudió la sábana. Como es lógico, el viento trató de arrebatarla; pero ella, diestramente, agarró las cuatro esquinas y salió a la pequeña terraza abierta. Allá abajo, las luces de la ciudad brillaban y parpadeaban. La señorita Winters las miró plácidamente, como diciendo:

-¡Contémplenme! ¡Estoy dándole su merecido, de una vez para siempre, a este asqueroso viento!

Fue precisamente entonces cuando una ráfaga de aire la fustigó. Sopló furiosamente y ella la atrapó en la sábana, que se hinchó como una inmensa hogaza de pan en el horno. La anciana tuvo que dar unos pasos para apoderarse del viento; pero al fin lo tenía allí. ¡Se sentía tan feliz, que le pareció caminar por el aire! Miró hacia abajo y pudo ver que las luces se precipitaban hacia ella. Antes de morir, la señorita Winters pasó por un momento aterrador...

Un momento durante el que se dio cuenta de que el viento había ganado.

(Traducción hecha por Rodrigo Argüello)

CRISTINE NOBLE GOVAN: no existen datos sobre la autora. Se indagó en varias historias de la literatura inglesa y norteamericana sin lograr información alguna. Este cuento lo hallé, en inglés, en una antología hecha por el famoso cineasta del género del suspenso, Alfred Hitchcock, en 1975



La avería
Una historia aún posible

Friedrich Dürrenmatt

Primera Parte

¿Habrá aún historias posibles, historias para escritores? Si no quiere uno referirse a sí mismo, generalizar romántica y líricamente con el propio Yo, si no se siente uno impulsado a hablar con total verosimilitud de las propias esperanzas y fracasos, ni de como hace el amor con las mujeres -como si la verosimilitud trasladara todo esto a la esfera de lo general y no a la de lo clínico o psicológico, en el mejor de los casos; si no se quiere hacer esto, sino que se opta más bien por un discreto repliegue destinado a salvaguardar cortésmente la vida privada, situándose frente al tema como un escultor frente a su material, para trabajarlo y desarrollarse en él, y tratando, como una especie de clásico, de no desesperarse en seguida- aunque sea casi imposible negar el absurdo puro y simple que campea por doquier-, escribir será entonces una operación más ardua y solitaria, y también más absurda. Una buena nota no interesa en la historia de la literatura (¿quién no ha sacado alguna vez buenas notas? ¿Cuántos disparates no se han premiado ya?); las exigencias del día son más importantes. Pero aquí también se plantean un dilema y una situación de mercado desfavorable. Mero entretenimiento ofrece ya la vida, el cine de noche, poesía, el suplemento de los periódicos; por algo más -algo que socialmente esté por encima de un franco- se exige alma, confesiones y hasta verosimilitud, hay que suministrar valores superiores, reflexiones morales, sentencias útiles, algo ha de ser superado o afirmado, ya sea el cristianismo o la desesperación en boga: literatura, en resumidas cuentas. Pero ¿y si el autor se niega cada vez más obstinadamente a producir tales cosas porque es consciente de que la razón de su escritura está en él mismo, en su consciencia o su inconsciente y, en proporción dosificada según los casos, en su fe o en su duda, y piensa también, sin embargo, que ahora estas cosas no le interesan para nada al público y que debería bastar con lo que él escribe, plasma o formula, que para abrir el apetito hay que enseñar la superficie y nada más, trabajará exclusivamente sobre ella, y en cuanto al resto más vale cerrar la boca, no hacer comentarios ni cotillear? Alcanzada esta certeza, el autor se estancará, titubeará, quedará perplejo: esto es prácticamente inevitable. Surgirá en él la sospecha de que no queda nada por contar y considerará muy seriamente la posibilidad de abdicar. Acaso aún sean posibles unas cuantas frases, pero al final se impondrá el giro hacia la biología con el fin de hacer frente -ni siquiera mentalmente- a la explosión demográfica, a los miles de millones que avanzan, a los úteros que suministran seres humanos sin parar, o bien hacia la física o la astronomía, a fin de tener; por amor al orden, alguna idea sobre el andamiaje sobre el cual nos movemos. El resto es para revistas ilustradas, *Life*, *Match*, *Quick* o *Sie und Er*: el presidente bajo la tienda de oxígeno, el Tío Bulganin en su jardín, la princesa con su polifacético capitán de aviación, estrellas de cine y caras de dólares, intercambiables, pasadas de moda no bien

se empieza a hablar de ellas. Junto a esto la cotidianidad de cada cual, de un europeo occidental en mi caso, suizo para más señas, malos tiempos y mala coyuntura, preocupaciones y tribulaciones, conmociones por asuntos personales, aunque sin conexión con el resto del universo, con el transcurrir de las venturas y desventuras, con el desgranarse de las necesidades. El destino ha abandonado el escenario en el que se viene actuando para espiar entre bastidores, al margen de la dramaturgia vigente, mientras en primer plano todo se reduce a accidentes, enfermedades o crisis. Hasta la guerra dependerá de que los cerebros electrónicos pronostiquen su rentabilidad, caso éste nunca se dará, pues, como sabemos, y suponiendo que las calculadoras funcionen, sólo las derrotas son matemáticamente concebibles. ¡Y cuidado con las falsificaciones, con las intromisiones prohibidas en los cerebros artificiales! Aunque esto sería menos penoso que la posibilidad de que algún tornillo se afloje, una bobina se estropee o un pulsador reaccione equivocadamente: el fin del mundo por un cortocircuito técnico, por un falso contacto. Ya no nos amenazan, pues, ningún Dios, ninguna justicia, ningún hado fatal como en la Quinta Sinfonía, sino accidentes de tráfico, roturas de diques por fallos de construcción, la explosión de una fábrica de bombas atómicas por culpa de algún investigador distraído o de algún reactor mal regulado. A este mundo de averías conduce nuestro camino, en cuyas polvorientas orillas se dan aún, junto a vallas publicitarias de calzados Bally, coches Studebaker o alguna marca de helado, junto a lápidas que recuerdan accidentes, algunas historias posibles, gracias a que la humanidad observa desde un rostro en el montón, a que la mala suerte asume, sin proponérselo, dimensiones universales, a que tribunales y justicia se tornan visibles y acaso también la piedad, captada al azar, reflejada en el monóculo de un borracho.

Segunda Parte

Un accidente, nada grave, por cierto, también una avería en este caso: Alfredo Traps, por decir el nombre, empleado en el sector textil, cuarenta y cinco años, no precisamente corpulento, de aspecto agradable, modales bastante correctos, aunque reveladores de cierto adiestramiento al dejar traslucir rasgos de primitivismo más bien propios de un buhonero. Este contemporáneo nuestro acababa de recorrer en su Studebaker una de las grandes carreteras del país y daba casi por seguro que, una hora más tarde, llegaría a su lugar de residencia (una ciudad importante), cuando el coche se le declaró en huelga. Dejó de funcionar, simplemente. Desvalido, el automóvil de color rojo se plantó al pie de un altozano por el que subía la carretera; al norte se había formado un cúmulo y al oeste el sol aún seguía muy alto, casi como a primeras horas de la tarde. Traps se fumó un cigarrillo e hizo luego lo que las circunstancias exigían. El mecánico, que acabó remolcando el Studebaker, le dijo que no podría reparar la avería hasta la mañana siguiente: un fallo en el carburador. No había forma de averiguar si era cierto, ni era aconsejable intentarlo; hoy en día está uno a merced de los mecánicos como en otros tiempos lo estaba de los salteadores y, antes aun, de las divinidades locales y demonios. Demasiado indolente para caminar media hora hasta la siguiente estación ferroviaria y emprender un viaje algo complicado, aunque breve, hasta su casa, donde lo aguardaban su mujer y cuatro hijos varones, Traps resolvió pernoctar en el pueblo. Eran las seis de una tarde calurosa, muy próxima al día más largo del año; la aldea junto a la cual quedaba el garaje era acogedora y se desparramaba sobre varias colinas boscosas, con una elevación en la que se alzaban la iglesia, la parroquia y un viejísimo roble provisto de potentes aros de hierro y puntales, todo muy sólido y limpio; hasta los montones de estiércol ante las casas de los campesinos veíanse cuidadosamente apilados y dispuestos. También había una fabriquilla en los alrededores y varias fondas y posadas rurales, de una de las cuales Traps había oído ya continuos elogios; pero todas las habitaciones estaban ocupadas debido a una convención de criadores de ganado menor, y al viajante de textiles le indicaron una villa en la que eventualmente daban hospedaje. Traps dudó. Aún le era posible volver a casa en tren, peor lo sedujo la esperanza de vivir una aventura, pues en los pueblos había a veces chicas - como poco antes de Grossbiestrigen - que sabían apreciar a los viajeros de textiles. Y así, reanimado, se encaminó a la villa. Repique de campanas desde la iglesia. Unas vacas se le acercaron trotando y mugiendo. La casa de campo de un solo piso -paredes de un blanco deslumbrante, azotea,

persianas verdes. Quedaba en medio de un jardín bastante grande, semioculta por arbustos, hayas y pinos, con flores visibles desde la calle, rosas sobre todo, entre las que un hombrecillo entrado en años, con un delantal de cuero, posiblemente el dueño de casa, se dedicaba a sencillas tareas de jardinería.

Traps se presentó y pidió alojamiento.

-¿Su profesión? – preguntó el viejo, que se había acercado a la valla: estaba fumando un Brissago y apenas sobrepasaba la puerta del jardín.

-Trabajo en el sector textil.

El viejo examinó atentamente a Traps, mirando, como hacen los prsbitas, por sobre unas pequeñas gafas sin montura:

-Claro que el señor puede pernoctar aquí.

Traps preguntó el precio.

El viejo explicó que no solía aceptar nada, vivía solo, su hijo se encontraba en Estados Unidos, y lo atendía un ama de llaves, Mademoiselle Simone; él se alegraba de poder alojar de vez en cuando a algún huésped, añadió.

El viajante de tejidos dio las gracias. Se sintió conmovido por la hospitalidad y observó que en el campo no se habían extinguido aun los usos y costumbres de los antepasados. Se abrió la puerta del jardín. Traps miró a su alrededor. Senderos de grava, jardín de césped, grandes zonas sombreadas, puntos iluminados por el sol.

Cuando llegaron junto a las flores, el viejo le dijo que tenía invitados esa noche y empezó a podar minuciosamente un rosal- Eran amigos que vivían en los alrededores, unos en el pueblo, otros más lejos, hacia las colinas, jubilados como el atraídos hasta allí por el clima suave y porque no sentían el Föhn, el viento cálido del sur, todos solitarios, viudos, ávidos de novedades, de algo vivo y fresco, de modo que era un placer para el invitar al señor Traps a la cena y posterior tertulia de esa noche.

El viajante de tejidos se quedó de una pieza. Hubiera preferido cenar en el pueblo, en aquella conocidísima hostería, pero no se atrevió a rechazar la invitación. Se sintió obligado a ello después de aceptar el hospedaje gratuito. No quiso parecer un habitante de la ciudad, descortés y torpe, y fingió alegrarse. El dueño de la casa lo condujo al primer piso. Una habitación acogedora. Agua corriente, una cama ancha, una mesa, un cómodo sillón, un cuadro de Hodler en la pared, viejos libros encuadernados en piel en la estantería. El viajante de textiles abrió su maletín, se lavó y afeitó, se envolvió en una nube de agua de colonia, se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo. Un enorme disco solar se desplazaba hacia las colinas, incendiando las hayas. Recapituló fugazmente los asuntos del día: el encargado de la S.A. Rotacher, nada mal, las dificultades con Wildholz, que reclamaba el cinco por ciento, vaya tipejo, ya le retorcería el cuello algún día. Luego surgieron recuerdos. Cosas cotidianas, desarreglos, un proyectado adulterio en el Hotel Touring, la duda de si comprarle un tren eléctrico a su hijo menor (el que más quería), la cortesía y, en realidad, el deber de telefonar a su mujer para comunicarle el inesperado contratiempo. Pero no lo hizo. Como otras veces. Ella estaba acostumbrada y, además, tampoco le creería. Bostezó y se concedió otro cigarrillo. Vio a tres señores de edad que se acercaban a pie por el sendero de grava, dos de ellos cogidos del brazo y otro gordo y calvo, detrás. Saludos, apretones de manos, abrazos, comentarios sobre las rosas. Traps se apartó de la ventana y se acercó a la estantería. A juzgar por los títulos que leyó, lo esperaba una velada aburrida: Hotzendorff: *El delito de homicidio y la pena de muerte*; Savigny: *Sistema del Derecho romano actual*; Ernst David Hölle: *La práctica del interrogatorio*. El viajante de textiles vio claro que su anfitrión era un hombre de leyes, quizá un ex abogado. Se preparó a oír discusiones minuciosas, ¿qué sabían esos eruditos de la vida real? Nada, y el resultado final eran las leyes. También era de temer que se hablara de arte o esas cosas, con el riesgo, para él, de no salir muy airoso; pero nada, de no estar tan metido en la batalla de los negocios, pensó, él también se mantendría al tanto de asuntos más elevados. Bajó, pues, sin ganas, a la galería descubierta y aún bañada por el sol en la que se habían instalado los señores, mientras el ama de llaves, una mujer enérgica y robusta, ponía la mesa al lado, en el comedor. Pero se quedó de una pieza al ver al grupo que lo aguardaba. Se alegró de que el primero en acercársele fuera el dueño de casa, muy peripuesto ahora, cuidadosamente cepillados los escasos cabellos y vistiendo una levita demasiado ancha. Dio la bienvenida a Traps con un breve discurso, lo cual permitió a este disimular su sorpresa; murmuró que el gusto era todo suyo, se inclinó, frío, distante, jugó la carta del hombre de mundo

experto en textiles y recordó, melancólico, que sólo se había quedado en este pueblo para buscarse chica. Proyecto fracasado. Se vio frente a tres ancianos que en nada le iban a la zaga al extravagante anfitrión. Como enormes cuervos llenaban aquel espacio estival de muebles de mimbre y cortinas vaporosas, viejísimos, pringosos y descuidados, aunque sus levitas fueran de la mejor calidad, según comprobó en seguida, a excepción del calvo (de apellido Pilet, setenta y siete años, tal como informó el dueño de casa al iniciar las presentaciones), que, tieso y digno, estaba sentado en una banqueta muy incómoda aunque tuviera a su alrededor varias sillas agradables, correctísimamente acicalado, con un clavel blanco en el ojal y atusándose una y otra vez el frondoso bigote teñido de negro, un jubilado a todas luces, quizás, un ex sacristán o un deshollinador enriquecido por un golpe de fortuna, posiblemente también un maquinista. Tanto más desastrados se veían, en cambio, los otros dos. Uno de ellos (Herr Kummer, ochenta y dos años), más gordo aún que Pilet, incommensurable, como compuesto de bultos lardosos, se había sentado en una mecedora: cara de un rojo muy subido, poderosa nariz de bebedor, un par de ojos saltones y joviales detrás de unos quevedos de oro, y además, sin duda por distracción, un camisón de dormir debajo del traje negro, con los bolsillos repletos de diarios y papeles, mientras que el otro (Herr Zorn, ochenta y seis), alto y enteco, un monóculo encajado ante el ojo izquierdo, cicatrices de antiguos duelos en la cara, nariz ganchuda, blanquísima melena de león, boca hundida, una aparición de otros tiempos, en suma, llevaba el chaleco mal abotonado y dos calcetines diferentes.

-¿Campari?- preguntó el dueño de la casa.

-Sí, gracias- respondió Traps sentándose en un sillón, mientras el caballero alto y enteco lo observaba interesado a través de su monóculo.

-¿Supongo que Herr Traps participará en nuestro jueguito?

-Claro que sí. Los juegos me divierten.

Los ancianos sonrieron, moviendo la cabeza.

-Nuestro juego quizá le resulte un poco extraño- hizo notar el anfitrión con cautela, casi titubeando-. Consiste en jugar, por la tarde, a nuestras antiguas profesiones.

Los tres viejos volvieron a sonreír discreta y cortésmente.

Traps se extrañó. ¿Cómo debía entender aquello?

-Pues- precisó el anfitrión- resulta que yo, en otros tiempos, fui juez, Herr Zorn, fiscal, y Herr Kummer, abogado, de modo que jugamos a los tribunales.

-¡Ah, sí!- comprendió Traps, y encontró la idea aceptable. Quizá no estuviera del todo perdida la velada.

El anfitrión contempló al viajante de textiles con aire solemne. En general, explicó con voz suave, retomaban los procesos célebres de la historia: el proceso a Sócrates, el proceso a Jesús, el proceso a Juana de Arco, el caso Dreyfuss, recientemente el incendio del Reichstag; en cierta ocasión habían declarado a Federico el Grande persona no responsable de sus actos.

Traps se asombró:

-¿Y juegan a eso cada noche?

El juez asintió con la cabeza. Claro está, continuó explicando, que lo más bonito era jugar con personas vivas, lo que a menudo creaba situaciones particularmente interesantes como, por ejemplo, hacía apenas dos días, cuando condenaron a catorce años de cárcel por extorsión y cohecho a un parlamentario que había pronunciado un discurso electoral en el pueblo y acabó perdiendo el tren.

-Un tribunal riguroso- comprobó Traps, divertido.

-Cuestión de honor- replicaron, radiantes, los ancianos.

¿Y qué papel podría corresponderle a él?

Más sonrisas, casi risas.

Ya tenían juez, fiscal y defensor, cargos que, por lo demás, suponían conocer la materia y las reglas del juego, declaró el anfitrión; sólo estaba vacante el puesto de acusado, aunque Herr Traps no estaba en absoluto obligado a jugar con ellos, cosa que, añadió, él quería recalcar una vez más.

El propósito de los ancianos alegró al viajante de textiles. La noche estaba salvada. No habría discursos eruditos y aburridos; aquello prometía ser divertido. Él era un hombre sencillo, sin demasiada capacidad de reflexión ni propensión a semejante actividad, un hombre de negocios, astuto llegado el caso, que apuntaba muy alto en su campo y al que le gustaba comer y

beber bien, con vierta afición a los pasatiempos concretos. Claro que participaría en el juego, dijo, sería un honor para él aceptar aquel puesto vacante de acusado.

¡Bravo!, graznó el fiscal batiendo palmas, ¡bravo!: Así hablaban los hombres, a eso llamaba él valor.

El viajante de textiles se informó, curioso, acerca del delito que pensaban imputarle.

Una cuestión irrelevante, respondió el fiscal limpiando su monóculo, siempre se acababa encontrando algún delito.

Todos se rieron.

Herr Kummer se levantó.

-Venga, Herr Traps- dijo en tono casi paternal., probemos primero el oporto que hay aquí. Es añejo, tiene usted que conocerlo.

Condujo a Traps al comedor. La gran mesa redonda estaba puesta para un festín. Sillas antiguas de respaldos altos, cuadros oscuros en las paredes, todo a la antigua, sólido; de la galería llegaba el parloteo de los ancianos, por las ventanas abiertas reverberaban las luces del atardecer y entraba el gorjeo de los pájaros, sobre una mesita se veían unas cuantas botellas, y varias más en chimenea, las de Burdeos echadas en canastillas. Con mano temblorosa, el defensor sirvió cuidadosamente en dos copitas el oporto de una botella vieja, las llenó hasta el borde y brindó a la salud del viajante de textiles, con cuidado, rozando apenas las copas llenas del precioso líquido.

Traps paladeó.

-Espléndido- elogió.

-Yo soy su defensor, Herr Traps- dijo Herr Kummer-. Así que ahora brindaremos: ¡por nuestra amistad!

-¡Por nuestra amistad!

Lo mejor sería, dijo el abogado acercando aún más a Traps su rubicunda cara, su nariz de bebedor y sus quevedos, de suerte que su gigantesco vientre -una desagradable masa blanda- lo rozó; lo mejor sería, repitió, que el caballero le confesara su delito en seguida. Así podría garantizarle que saldría airoso ante el tribunal. Pues si bien la situación no era peligrosa, tampoco había que subestimarla: el alto y enteco fiscal, aun en plena posesión de sus energías intelectuales, era un personaje temible, y el anfitrión era, lamentablemente, propenso a la severidad e incluso a la prolijidad, rasgo éste que con la edad -ya tenía ochenta y siete- se le había acentuado. Pese a ello, él, como defensor, había logrado salvar la mayoría de los casos, o, al menos, evitar lo peor. Tan sólo una vez, en un caso de asesinato por robo, no hubo realmente nada que hacer. Pero ahora no se trataría de un asesinato por robo, si juzgaba bien a Herr Traps, ¿o sí?

El viajante de textiles replicó riendo que, por desgracia, no había cometido ningún delito. Y luego dijo:

-¡Salud!

-Confíesemelo- le animó el defensor-. No tiene por qué avergonzarse. Conozco la vida y a nada me sorprende. Son muchos los destinos que han pasado por mis manos, créame, Herr Traps, y se me han abierto auténticos abismos.

Lo lamento mucho, dijo el viajante con una sonrisa de satisfacción, pero él era realmente un acusado con delito, además, era asunto del fiscal encontrar alguno, lo acababa de decir él mismo y ahora él, Traps, le tomaba la palabra. Un juego es un juego. Tenía curiosidad por ver cómo terminaría. ¿Habría un interrogatorio de verdad?

-Ya lo creo.

-Pues me alegro mucho.

El defensor puso cara de preocupación.

-¿Se siente usted inocente, Herr Traps?

El viajante de textiles se rió:

-Totalmente.-Y la conversación le pareció divertidísima.

El defensor limpió sus quevedos.

-¡Tenga usted presente, mi joven amigo, que con inocencia o sin ella, lo que cuenta es la táctica procesal! Es realmente una temeridad, por no decir más, querer ser inocente ante nuestro tribunal. Lo más prudente es, en cambio, imputarse de entrada algún delito, por ejemplo uno particularmente ventajoso para la gente de negocios: la estafa. Durante el interrogatorio siempre puede quedar claro que el acusado exagera, que en realidad no hay estafa, sino una inocente ocultación de hechos por razones publicitarias, como suele ocurrir con frecuencia en el mundo

comercial. El camino de la culpa a la inocencia es arduo, mas no imposible, mientras que tratar de mantener la inocencia propia es algo más bien desesperado, y el resultado final, desastroso. Usted perdería su causa pudiendo ganarla, y se vería obligado a no poder aceptar una nueva culpa y aceptar la que le impusieran.

Divertido, el viajante de textiles se encogió de hombros y dijo que lamentaba no poder serles útil, pero no recordaba ninguna fechoría que le hubiera creado conflictos con la ley.

El defensor volvió a calarse los quevedos. Que Traps no se lo ponía fácil, declaró pensativo, y la decisión final tampoco lo sería.

-Pero sobre todo –añadió a guisa de conclusión- piense usted muy bien cada palabra, no hable por hablar, o de buenas a primeras se verá condenado a varios años de cárcel, sin apelación posible.

En ese momento entraron los otros, y todos juntos se sentaron a la mesa redonda. Ambiente agradable, bromas. Primero sirvieron varias entradas: fiambres, huevos a la rusa, caracoles, sopa de tortuga. Imperaba el buen humor, todos cuchareaban complacidos y sorbían sin cumplidos.

-A ver, acusado, que puede usted ofrecernos, espero que un hermoso e impresionante homicidio- graznó el fiscal.

El defensor protestó:

-Mi cliente es un acusado sin delito, una rareza en el mundo judicial, como quien dice. Afirma ser inocente.

-¿Inocente?-dijo el fiscal con voz de asombro. Las cicatrices se le pusieron al rojo vivo, y el monóculo, que oscilaba de un lado a otro en su cordón negro, estuvo a punto de caer dentro del plato. El diminuto juez, que estaba desmigajando un pan en la sopa, hizo una pausa, observó al viajante de textiles con aire reprobador y meneó la cabeza, y el calvo taciturno del clavel blanco también lo miró asombrado. El silencio era angustioso. Ningún ruido de cuchara o tenedor; nadie que resollase ni sonriese perceptiblemente. Sólo Simone, al fondo, aventuró una risita.

-Tendremos que averiguarlo-dijo el fiscal serenándose-. Lo que no puede existir, no existe.

-Pues adelante-rió Traps-. Ustedes dirán.

Con el pescado se sirvió vino, un Neuchâtel ligero y burbujeante.

-Veamos- dijo el fiscal abriendo su trucha-, ¿casado?

-Desde hace once años.

-¿Hijos?

-Cuatro.

-¿Profesión?

-Trabajo en el textil.

-O sea viajante, ¿eh, querido Herr Traps?

-Representante general.

-Muy bien. ¿Ha tenido una avería?

-Por casualidad. La primera en un año.

-¡Ajá! ¿Y hace un año?

-Aún conducía mi antiguo coche –explicó Traps-, un Citroën 1939, pero ahora tengo un Studebaker, modelo de lujo, color rojo.

-Un Studebaker, ¿eh? Interesante ¿Y desde hace poco? Antes seguro que no era representante general.

-Un viajante de textiles común y corriente.

-Coyuntura favorable- dijo el fiscal inclinando la cabeza.

El defensor se había sentado junto a Traps.

-Tenga cuidado- le susurró.

El viajante de textiles -o más bien representante general, como podemos decir ahora- había atacado despreocupadamente un *steak tartare*, sobre el cual roció, según su receta, unas gotas de limón, un chorrito de coñac, pimentón y sal. Que nunca había tenido una cena tan entretenida como aquella, dijo radiante: siempre había considerado las cenas en el club La Buena Vida como lo más divertido que pudiera ocurrirle a alguien de su condición, pero esa velada entre caballeros le resultaba aún mucho más atractiva.

-¡Ajá!- comprobó el fiscal-, pertenece usted al club La Buena Vida. ¿Y cuál es su apodo?

-Marqués de Casanova-

-Perfecto-graznó el fiscal muy contento, como si el dato fuera importante, y volvió a ponerse el monóculo-. Oír esto es un placer para todos nosotros. ¿Podrían sacarse conclusiones sobre su vida privada de este apodo, mi amigo?

-¡Cuidado!- musitó el defensor.

-Mi querido señor-respondió Traps-, sólo con reservas. Si tengo alguna que otra aventurilla extramatrimonial con mujeres, sólo es por casualidad y sin intenciones serias.

¿Tendría Herr Traps la amabilidad de contar, a grandes rasgos, su vida a los invitados?, preguntó el juez sirviendo más Neuchâtel. Ya que habían decidido enjuiciar a su estimado huésped y pecador y, de ser posible, meterlo unos cuantos años entre rejas, creían oportuno enterarse de cosas más precisas, privadas, íntimas, historias de mujeres, sabrosas y chispeantes, si podía ser.

-¡Que cuenta! ¡Que cuenta!- exigieron los ancianos al representante general entre risitas sofocadas. Un día habían compartido su mesa con un rufián que les contó las cosas más emocionantes y picantes de su oficio, pese a lo cual no le cayeron sino cuatro años de cárcel.

-Vaya, vaya- dijo Traps riendo con ellos-, ¿qué podría contarles de mí? Llevo una vida común y corriente, señores, y quiero confesarlo ahora mismo. ¡Salud!

-¡Salud!

El representante general alzó su copa y miró conmovido los ojos de pájaro de los cuatro ancianos, clavados fijamente en él como si fuese un bocado exquisito; luego entrechocaron las copas.

Por fin se había puesto el sol y el infernal ruido de los pájaros también había cesado; pero el paisaje aún seguía iluminado, los jardines y los tejados rojos entre los árboles, las colinas boscosas y, en lontananza, las estribaciones de los montes y unos cuantos glaciares; ambiente pacífico, quietud campestre, solemne premonición de dicha, bendición de Dios y armonía cósmica.

Su juventud había sido dura, confesó Traps mientras Simone cambiaba los platos y ponía sobre la mesa una enorme fuente humeante: *champignons à la crème*. Su padre había sido obrero, un proletario víctima de las falsas doctrinas de Marx y Engels, un hombre amargado e infeliz, que jamás se había preocupado de su único hijo, y su madre, lavandera, se marchitó precozmente.

-Sólo pude asistir a la escuela primaria, sólo la primaria-comprobó con lágrimas en los ojos, irritado y enternecido a la vez por su mísero pasado, mientras ahora brindaban con un Réserve des Maréchaux.

-Extraño- dijo el fiscal-, muy extraño. Sólo la escuela primaria. Pero ha sabido abrirse paso a pulso, mi estimado amigo.

-Ya lo creo-replicó Traps con orgullo, animado por el Maréchaux, estimulado por la grata tertulia, por la solemnidad del panorama visible a través de las ventanas-. Ya lo creo. Hace solo diez años no era más que un buhonero que iba de puerta en puerta con una maletita. Duro trabajo ese de caminar todo el día, pernoctando en heniles o fondas de dudosa reputación. Empecé mi carrera desde abajo, desde muy abajo. Y ahora, señores, ¿si vieran ustedes mi cuenta bancaria! No es que quiera presumir, pero ¿tiene alguno de ustedes un Studebaker?

-Vaya con cuidado -susurro el defensor, preocupado.

¿Cómo había sido eso posible?, indagó el fiscal, curioso.

El defensor le aconsejó ir con cautela y no hablar demasiado.

Que él tenía a su cargo la representación exclusiva del “hefestion” en todo el continente, anunció Traps mirando a su alrededor con aire triunfal- Con la única excepción de España y los Balcanes.

Hefesto era un dios griego, acotó el juez con una risita malévola, amontonando champiñones en su plato, un gran guerrero que logró atrapar a la diosa del amor y a su galán, el dios de la guerra Ares, en una red invisible y tan finamente forjada que los demás dioses se hubieran podido regodear eternamente con semejante pesca; pero él no veía claro qué era aquel “hefestion” cuya representación exclusiva había asumido muy bien el estimado Herr Traps.

-Y, sin embargo, no iba usted muy descaminado, ilustre anfitrión y juez-dijo Traps riéndose-. Acaba de decir que la palabra le resulta poco clara, y que aquel dios griego, al que desconozco, y cuyo nombre es casi idéntico al de mi producto, había tejido una red finísima e invisible. Pues bien, si ahora existe el nylon, el perlon o el myrlon, fibras sintéticas de las que sin

duda habrá oído hablar el honorable tribunal, también existe el hefeston, el rey de las fibras sintéticas, irrompible, transparente y, sin embargo, una bendición sobre todo para los neumáticos, igualmente útil en la industria y en la moda, tanto en tiempos de paz como de guerra. Es el material perfecto para fabricar paracaídas y a la vez la fibra más picante para hacer camisones de mujeres guapas, según sé, por investigaciones propias.

-¡Vaya, vaya!-graznaron los viejos-, conquie investigaciones propias, ¿eh? ¡Esta sí que es buena!

Simone cambió nuevamente los platos y sirvió una riñonada de ternera.

-¡Un banquete!-exclamó radiante el representante general.

-Me alegra que sepa apreciar estas cosas- dijo el fiscal-. Y con razón. Aquí nos sirven los mejores productos y en cantidad más que suficiente, un meno como los del siglo pasado, cuando la gente aún se atrevía a comer. ¡Alabemos a Simone! ¡Alabemos a nuestro anfitrión! El mismo hace las compras, el viejo gnomo *gourmet*, y en cuanto a los vinos, es Pilet quien se encarga como dueño de la Hostería del Buey en el pueblecito de al lado. ¡Alabémosle a él también! Pero ahora volvamos a usted, mi hábil amigo. Sigamos examinando su caso. Ya conocemos su vida, ha sido un placer echarle esa breve ojeada; sobre su actividad también está todo claro. Sólo queda por aclarar un pequeño detalle: ¿cómo llegó en su profesión a un puesto tan lucrativo? ¿Gracias tan sólo a su tesón, a su voluntad de hierro?

-¡Cuidado!-siseo el defensor-, que esto se pone peligroso.

Que no le había sido tan fácil, respondió Traps mirando ansioso cómo el juez empezaba a cortar la carne: primero tuvo que vencer a Gygax, una tarea muy dura.

-¡Ajá! ¿Y quién es este Herr Gygax?

-Mi ex-jefe.

-¿Quiere usted decir que hubo que desplazarlo?

-Hubo que quitárselo de en medio, para emplear la dura jerga de los de mi ramo- respondió Traps sirviéndose salsa-. Caballeros, espero que sabrán apreciar mi franqueza. El mundo de los negocios es despiadado, ojo por ojo, diente por diente, y al que pretenda ser caballero, pues lo devora. Yo gano dinero a porrillo, pero también me lo sudo recorriendo cada día mis buenos trescientos kilómetros en mi Studebaker. No puedo decir que actuara muy correctamente cuando hubo que arrimar la navaja al gaznate del viejo Gygax y rajárselo, pero tenía que salir adelante, qué le vamos a hacer, los negocios son los negocios.

El fiscal, curioso, alzó la mirada de su plato.

-Quitárselo de en medio, arrimar la navaja al gaznate, rajárselo, son expresiones bastante perversas, mi querido Traps.

El representante general se rió:

-Hay que entenderlas sólo en sentido figurado, claro está.

-¿Y se encuentra bien Herr Gygax, mi estimado amigo?

-Murió el año pasado.

-¿Está usted loco?- silbó el defensor muy nervioso-. ¡Ha perdido usted el control!

-El año pasado-lamentó el fiscal-. Cuánto lo siento. ¿Qué edad tenía?

-Cincuenta y dos años.

-Muy joven. ¿Y de qué murió?

-De alguna enfermedad.

-¿Después de que obtuviera usted su puesto?

-Poco antes.

-Bueno, no necesito saber más por el momento-dijo el fiscal-. Tenemos suerte, mucha suerte. Hemos desenterrado a un muerto, y eso es, en definitiva, lo que cuenta.

Todos se rieron. Hasta Pilet, el calvo, que comía atenta y cuidadosamente, engullendo, inmovible, cantidades ingentes, levantó la mirada.

-Estupendo-dijo alisándose el negro bigote.

Y siguió comiendo en silencio.

El fiscal levantó solemnemente su copa.

-Señores-declaró-, brindemos por este hallazgo degustando un Pichon-Longeville de mil novecientos treinta y tres. ¡Un buen burdeos para un buen juego!

Y volvieron a brindar, entrechocando las copas.

-¡Caray, caballeros!-exclamó asombrado el representante general tras vaciar si Pichon de un solo trago y tenderle la copa al juez-. ¡Es realmente fenomenal!

Había anochecido y casi no se distinguían los rostros de los comensales. A través de las ventanas adivinábanse las primeras estrellas, y el ama de llaves encendió tres grandes y pesados candelabros que proyectaron en las paredes la silueta de la mesa y de los comensales como el prodigioso cáliz de una flor fantástica. La atmósfera era de cordial intimidad, de simpatía general, de relajamiento de modales y hábitos.

-Como en un cuento-dijo Traps, maravillado.

El defensor se secó el sudor de la frente con la servilleta.

-El cuento, mi querido Traps -dijo-, es usted. En mi vida he visto a un acusado hacer declaraciones tan imprudentes con tanta sinceridad.

Traps se rió:

-No se preocupe, mi querido vecino. Ya sabré ser prudente cuando empiece el interrogatorio de verdad.

Silencio sepulcral en la habitación, como un rato antes. Nadie sorbió ni chasqueó la lengua.

-¡Desgraciado!-gimió el defensor-. ¿Qué pretende decir con “cuando empiece el interrogatorio de verdad”?

-Pues-dijo el representante general sirviéndose ensalada-¿acaso ha comenzado?

Los ancianos sonrieron complacidos con aire ladino, malicioso y acabaron lanzando balidos de felicidad.

El calvo, tranquilo y silencioso, dijo riendo:

-No se ha dado cuenta, no se ha dado cuenta.

Traps se quedó de una pieza; aquella alegría bribonesca le pareció siniestra, pero su impresión no tardó en desvanecerse, por lo que se echó a reír con los demás.

-Disculpen, caballeros-dijo-, yo me había imaginado un juego más solemne, formal, imponente, más de sala de audiencia.

-Mi estimado Herr Traps-explicó el juez-, su cara de perplejidad es impagable- Por lo que veo, nuestra forma de administrar justicia le resulta extraña y demasiado risueña. Sin embargo, venerabilísimo, los cuatro amigos reunidos en torno a esta mesa somos jubilados y nos hemos liberado de ese inútil fárrago de formalidades, protocolos, escritos, leyes y demás trastos que aún gravitan sobre nuestras salas de audiencia. Juzgamos sin tomar en cuenta esos inmundos códigos y artículos.

-¡Qué valor! -replicó Traps con la lengua ya algo torpe-, ¡qué valor! Caballeros, esto sí que me impresiona. Sin artículos, ¡qué idea tan temeraria!

El defensor se levantó ceremoniosamente. Saldría a tomar un poco de aire, anunció, antes de seguir con el pollo y todo el resto: había llegado el momento de darse un saludable paseito y fumar un cigarrillo, e invitó a Herr Traps a que lo acompañara.

Por la galería salieron a la noche, que por fin se había instalado, cálida y majestuosa. Desde las ventanas del comedor caían sobre el césped franjas de luz dorada que se extendían hasta los macizos de rosas. Un cielo sin luna y tachonado de estrellas, grupos de árboles apelmazados en una masa oscura, y, en medio, senderos de grava que apenas se adivinaban. Por ellos avanzaron ambos cogidos del brazo y ahitos de vino, bamboleándose y dando traspiés, esforzándose por caminar bien erguidos y fumando cigarrillos Parisienses, que horadaban la oscuridad con puntos rojos.

-Dios mío- dijo Traps tomando aliento-, ¡vaya choteo el de allí dentro!-Y señaló las ventanas iluminadas en las que, justo en aquel momento, se distinguía la maciza silueta del ama de llaves-. Muy divertido todo, muy divertido.

-Querido amigo-dijo el defensor vacilando y apoyándose en Traps-, antes de que volvamos a atacar nuestro pollo, permítame decirle una palabra, una palabra seria y que no debería echar en saco roto. Usted me resulta simpático, joven me inspira ternura, por eso quiero hablarle como un padre: estamos casi a punto de perder irremediablemente nuestro proceso.

-Mala suerte- respondió el representante general, guiando con cuidado al defensor por el sendero de grava y ayudándolo a bordear la masa negra y redonda de un arbusto. Luego llegaron a un estanque, entrevieron un banco y se sentaron. Unas cuantas estrellas se reflejaban en el agua;

empezaba a refrescar. Desde el pueblo llegaban melodías de acordeón y canto; también se oía un cuerno alpino con el que la Asociación de Criadores de Ganado Menor celebraba su fiesta.

-Tendrá usted que controlarse-advirtió el defensor-. El enemigo ha conquistado ya bastiones importantes; aquel difunto Gyga, inútilmente evocado por su descontrolada garrulería, nos amenaza ahora poderosamente. Todo esto es malo, y un defensor inexperto ya hubiera entregado las armas; yo, sin embargo, con tenacidad, aprovechando todas las ocasiones y, sobre todo, con la máxima cautela y disciplina por su parte, aún podré salvar cosas esenciales.

Traps se rió. Qué juego de sociedad tan divertido, afirmó lo propondría de todas maneras en la próxima reunión del club La Buena Vida.

-¿Verdad que sí?-replicó el defensor muy alegre-. Uno se siente revivir. Después de mi jubilación empecé a consumirme, querido amigo, al tener que pasar mi vejez aquí, en este pueblucho, sin ninguna concreta ocupación y sin poder ejercer mi antigua profesión. ¿Ocurre aquí algo? Nada, aparte de que no se siente el viento del sur. ¿Un clima saludable? Algo ridículo sin una ocupación intelectual. El fiscal estaba moribundo, a nuestro anfitrión le sospechaban un cáncer de estómago, Pilet padecía de diabetes y yo tenía problemas de tensión arterial. Ese fue el resultado. Una vida de perro. De vez en cuando nos reuníamos, tristes, para hablar con nostalgia de nuestras antiguas profesiones y éxitos, y esa era nuestra única y escasa alegría. Hasta que al fiscal se le ocurrió un día la idea de practicar este juego, el juez puso la casa y yo, mi fortuna (pues sí, soy soltero, y como abogado de la alta sociedad durante varias décadas uno acaba por ahorrar su buena sumita, mi querido amigo; es increíble lo espléndido que puede mostrarse con su abogado cualquier salteador de las altas finanzas si sale absuelto, algo rayano en el despilfarro), y el juego se convirtió en nuestra fuente de eterna juventud. Las hormonas, los estómagos y los jugos pancreáticos volvieron a funcionar como Dios manda, el aburrimiento desapareció y se recuperaron la energía, el ánimo juvenil, la agilidad y el apetito; fíjese usted.-Y a pesar de su barriga hizo varias flexiones, según pudo notar vagamente Traps en la penumbra-. Jugamos con los invitados del juez, que hacen las veces de acusados -prosiguió el defensor tras volver a sentarse-; unos son vendedores ambulantes, otros, turistas de vacaciones, y hace dos meses hasta pudimos condenar a un general alemán a veinte años de cárcel. Pasó por aquí mientras paseaba con su esposa, y sólo mis artes lo salvaron de la horca.

-¡Un montaje estupendo! -exclamó Traps asombrado-. Pero eso de la horca no puede ser cierto, creo que exagera usted un pelín, mi querido abogado, pues la pena de muerte ha sido abolida.

-En la justicia estatal -corrigió el defensor- pero aquí operamos con justicia particular y la hemos reestablecido: justamente la posibilidad de imponer la pena de muerte es lo que convierte nuestro juego en algo tan singular y emocionante.

-¿No me dirá que también tienen un verdugo? -preguntó Traps, riendo.

-Claro que sí -afirmó el defensor con orgullo-, también tenemos nuestro verdugo: Pilet.

-¿Pilet?

-Sorprendido, ¿eh?

Traps tragó saliva varias veces.

-Pero si es el dueño de la Hostería del Buey y se encarga de los vinos que bebemos.

-Hostelero ha sido siempre -dijo el defensor con una sonrisa de satisfacción-. Ejercía su actividad pública sólo paralelamente a su ocupación habitual. Casi como un cargo honorífico. Era uno de los profesionales más hábiles de los alrededores y hace ya veinte años que también se jubiló, aunque se mantiene al día en lo que respecta a su arte.

Por la carretera pasó un automóvil cuyos faros iluminaron el humo de los cigarrillos. Durante unos segundos Traps vio también al defensor, su rolliza figura embutida en la levita mugrienta, su cara regordeta, satisfecha, acogedora. El representante sintió un escalofrío. Un sudor frío le perlaba la frente.

-Pilet.

El defensor le preguntó perplejo:

-Pero, ¿qué le ocurre, amigo Traps? Siento que está temblando. ¿No se encuentra bien?

Traps volvió a ver ante sí al individuo calvo que tan pasiva y torpemente había compartido la mesa con ellos: ¡vaya compromiso el de cenar con alguien así! Aunque, después de todo, qué culpa tenía el pobre hombre de ejercer semejante oficio... la suave noche estival y el vino aún más suave pusieron al representante de un humor tolerante, humano, desprejuiciado, al

fin y al cabo era hombre que había visto muchas cosas y tenía mundo, no un mojigato ni un pequeño burgués, no, era un importante perito en textilería. Y de pronto tuvo la impresión de que sin el verdugo la velada hubiera sido menos divertida y apetecible, y se alegró ante la perspectiva de poder contar pronto su aventura en el club La Buena Vida, donde también invitarían alguna vez al verdugo, pagándole una pequeña cantidad y los gastos. Por último soltó una carcajada de alivio:

-Caí en la trampa. He tenido miedo. El juego es cada vez más divertido.

-Confianza por confianza- dijo el defensor cuando se hubieron levantado y, cegados por la luz de las ventanas, se encaminaban cogidos del brazo hacia la casa-: ¿Cómo mató a Gygax?

-¿Que cómo lo maté?

-Puesto que murió...

-¡Pero si yo no lo maté!

El defensor se detuvo.

-Mi querido y joven amigo -replicó en tono indulgente-, comprendo sus reservas. Entre todos los delitos, el homicidio es el más penoso de confesar. El acusado se avergüenza, no quiere admitir su acción, la destierra de su memoria, se muestra, en general, muy prejuicioso con respecto al pasado, se carga de sentimientos de culpabilidad exagerados y no confía en nadie, ni siquiera en un amigo paternal como su defensor, y esto es lo peor que puede hacer, pues todo buen defensor ama el asesinato y salta de alegría cuando le cuentan alguno. ¡Venga, querido Traps, desembuche! Sólo me siento a gusto frente a una tarea de verdad, como un alpinista frente a una montaña de cuatro mil metros, se lo digo yo, como viejo escalador que soy. El cerebro empieza entonces a pensar y a fantasear, a zumbar y ronronear que da gusto. De ahí que su recelo sea más grande y, por qué no decirlo, más perjudicial que pueda usted cometer. ¡Así que venga, confiese de una vez, viejo amigo!

El representante general aseguró no tener nada que confesar.

El defensor se desconcertó. A la cegadora luz de la ventana, por la que se oía un tintineo de copas y unas carcajadas cada vez más estridentes, miró a Traps de hito en hito.

-Joven, joven -rezongó en tono desaprobatorio-, ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué se niega a abandonar su táctica errónea e insiste en el papel de inocente? ¿No ha comprendido todavía? Es preciso confesar, se quiera o no, y siempre hay cosas que confesar, debería ir comprendiéndolo lentamente. Ánimo, pues, mi querido amigo, no siga dando más rodeos y vaya directo al grano: ¿cómo mató usted a Gygax? ¿Obrando por impulso, verdad? En ese caso, cabría esperar una acusación de homicidio. Apuesto a que el fiscal apuntará en esa dirección. Tengo mis sospechas. Conozco a mi gente.

Traps sacudió la cabeza.

-Estimado señor defensor -dijo-, el peculiar atractivo de nuestro juego consiste, en mi modestísima opinión de principiante, en despertar sensaciones siniestras y espeluznantes. El juego amenaza con volverse realidad, y, de pronto, uno se pregunta si es realmente un asesino o no, si mató o no al viejo Gygax. Al oírle hablar empecé a marearme. De modo que, confianza por confianza, soy inocente de la muerte del viejo gángster. Se lo aseguro.

Dicho lo cual, volvieron al comedor, donde ya habían servido el pollo y en las copas centelleaba un Château Pavie de 1921.

Traps, de buen humor, se dirigió entonces al individuo serio, silencioso y calvo y le estrechó la mano. Que el defensor le había contado lo de su antiguo oficio, le dijo, y él quería destacar que no había nada más agradable que compartir la mesa con un hombre tan valiente, él no tenía prejuicios al respecto, todo lo contrario, y Pilet, atusándose el teñido bigote, se ruborizó al tiempo que murmuraba, algo cohibido y en un dialecto espantoso:

-Me alegro, me alegro, haré lo que pueda.

Tras este enternezador hermanamiento, el pollo también les pareció excelente. Era una receta secreta de Simone, anunció el juez. Todos chasquearon la lengua, comieron con las manos, elogiaron la obra maestra, brindaron a la salud de los presentes, se chuparon los dedos y, en un ambiente de euforia general, el proceso reanudó su curso. El fiscal, con una servilleta atada al cuello y el pollo frente a su chasqueante y picuda boca, esperaba que el ave le llegara acompañada de una confesión.

-Mi estimadísimo y honorabilísimo acusado -sondeó-, seguro que usted envenenó a Gygax.

-No –respondió Traps riendo-, nada de eso.

-Digamos entonces... ¿un disparo?

-Tampoco.

¿Simuló usted un accidente automovilístico?

Todos soltaron la carcajada y el defensor volvió a bisbisear:

-¡Cuidado! ¡Es una trampa!

-Mala suerte, señor fiscal, pura mala suerte –exclamó Traps exultante-. Gygax murió de un infarto, y tampoco fue el primero que tuvo. Le había venido otro años antes y tenía que cuidarse; aunque aparentase estar siempre sano, era de temer que con cualquier emoción se le repitiese, lo sé de buena fuente.

-¡Ajá! ¿Y de qué fuente?

-Por su esposa, señor fiscal.

-¿Por su esposa?

-¡Cuidado, por Dios, mucho cuidado! –susurraba el defensor.

El Château Pavie del 21 superó todas las expectativas. Traps iba ya por la cuarta copa y Simone le había dejado otra botella muy cerca. Que había notado el estupor del fiscal, dijo el representante general brindando a la salud de los ancianos, y para que el alto tribunal no pensara que estaba ocultando algo, quería decir la verdad y atenerse a ella, aunque el defensor siguiera acosándolo con sus “¡cuidado!”. Pues sí, algo había habido entre él y la señora Gygax. El viejo gángster viajaba con frecuencia y descuidaba del modo más cruel a su apetitosa y bien plantada mujercita, de modo que él tenía que consolarla de vez en cuando en el sofá del salón de los Gygax y, más tarde, hasta en el lecho conyugal. Son cosas que pasan y no hay vuelta de hoja, así es la vida, añadió.

Al oír estas palabras, los ancianos se quedaron como petrificados un instante, pero de pronto rompieron a chillar de satisfacción y el individuo calvo, normalmente tan silencioso, exclamó arrojando al aire su clavel blanco:

-¡Una confesión! ¡Una confesión!

Sólo el defensor se golpeaba desesperadamente las sienes con los puños.

-¡Qué tontería! –exclamó. Su cliente se había vuelto loco y esta historia no podía creerse así como así, añadió provocando indignadas protestas por parte de Traps y reiterados aplausos por parte de los comensales. Y se inició un largo debate entre el fiscal y el defensor, un obstinado tira y afloja, entre serio y divertido, una discusión cuyo contenido se le escapaba a Traps. Giraba en torno a la palabra *dolus*, cuyo significado desconocía el representante general. La discusión fue subiendo de tono y volviéndose cada vez más violenta y menos comprensible, el juez también intervino y se enardeció, y Traps, que al principio se había esforzado por escuchar y ver si lograba captar algo, respiró aliviado cuando el ama de llaves sirvió los quesos: Camembert, Brie, Emmental, Gruyère, Tête de Moine, Vacherin, Limburg, Gorgonzola. Y olvidando el *dolus* brindó con el calvo, el único que callaba y parecía no entender tampoco nada, y atacó los quesos... hasta que, de pronto, el fiscal se dirigió una vez más a él:

-Herr Traps –dijo con la cara enrojecida y la melena en desorden, sosteniendo su monóculo en la mano izquierda-, ¿sigue siendo amigo de la señora Gygax?

Todos clavaron la mirada en Traps, que acababa de llevarse a la boca un trozo de pan blanco con Camembert y mascaba tranquilamente. Luego bebió otro trago de Château Pavie. De algún lugar llegaba el tictac de un reloj y, desde el pueblo, los lejanos sonos de un acordeón y voces masculinas cantando “Una casa llamada del tipógrafo...”.

Desde la muerte de Gygax, explicó Traps, no había vuelto a visitar a la mujercita aquella. Y es que tampoco quería arruinar el buen nombre de la esforzada viuda.

Para su gran asombro, su explicación despertó de nuevo una alegría espectral, incomprensible, la reacción fue aún más exultante que antes y el fiscal chilló: “*Dolo malo, dolo malo*”, al tiempo que bramaba versos griegos y latinos entre citas de Schiller y Goethe, mientras el juez bajito iba apagando las velas hasta dejar sólo una, que utilizó para proyectar contra la pared, poniendo las manos detrás de la llama y balando y bufando con fuerza, las más estrambóticas siluetas: cabras, murciélagos, demonios y duendecillos del bosque. Mientras, Pilet aporreaba la mesa haciendo bailar copas, platos y bandejas:

-¡Se llegará a la pena capital! ¡Se llegará a la pena capital!

El defensor, la única persona que no participaba del júbilo, le pasó la fuente a Traps. Que se sirviera, dijo, tenían que regalarse con queso, pues ya no quedaba otra cosa.

Trajerón un Château Margaux. Y con él volvió la calma. Todos clavaron la mirada en el juez, que lenta y cuidadosamente, procedió a descorchar la polvorienta botella (cosecha 1914) con un extraño y anticuado sacacorchos que le permitió abrirla echada, son sacarla de la canastilla, operación que fue seguida con la máxima expectación, pues había que dejar lo más intacto posible el corcho, única prueba de que la botella era realmente de 1914, ya que los cuatro decenios transcurridos habían destruido tiempo atrás la etiqueta. El corcho no salió entero, aunque aún se podía leer el año, y fue pasado de mano en mano, olido, admirado y, por último, solemnemente entregado al representante general como recuerdo de aquella extraordinaria velada, según dijo el juez. Este probó el vino, hizo chascar la lengua y sirvió, y al punto empezaron los otros a oler y sorber, prorrumpiendo en exclamaciones de entusiasmo y elogios al espléndido anfitrión. Pasaron también el queso, y el juez invitó al fiscal a pronunciar su “discursillo”. Este pidió antes que nada nuevas velas: aquello debía transcurrir en una atmósfera de solemnidad y recogimiento, era preciso concentrarse, ensimismarse. Simone trajo lo pedido. Todos estaban tensos, al representante general el asunto empezó a parecerle algo siniestro, sintió escalofríos, pero a la vez encontró la aventura apasionante y por nada del mudo hubiera renunciado a ella. Sólo su defensor no parecía del todo contento.

-Pues bien, Traps –dijo-, escuchemos la acusación. Se asombrará usted al oír lo que ha conseguido con sus incautas respuestas, con su estrategia errónea. Si hace un momento la situación era seria, ahora es catastrófica. Pero ¡ánimo! que ya lo sacaré yo del pantano, sólo le pido que no pierda la cabeza, le costará muchísimo salir a flote sano y salvo.

Había llegado el momento. Carraspeo general, toses, nuevos brindis, y el fiscal empezó su discurso entre risitas sofocadas y complacientes.

-Lo placentero de nuestra caballerisca velada –dijo, alzando su copa, aunque sin levantarse-, su verdadero logo es, sin duda, que hayamos descubierto un crimen perpetrado con tal sutileza que, claro está, se le escapó brillantemente a nuestra justicia oficial.

Traps, perplejo, tuvo de pronto un acceso de cólera:

-¿Qué yo he cometido un asesinato? –protestó-. Oiga, esto empieza a pasar de castaño a oscuro, el defensor ya me vino antes con la misma historia turbia.

Pero luego pensó y se echó a reír a mandíbula latiente, sin poder apenas contenerse, una broma estupenda, ahora comprendía, querían meterle en la cabeza que había cometido un crimen, para troncharse de risa, simple y llanamente.

El fiscal miró a Traps con aire digno, limpió su monóculo y volvió a ponérselo.

-El acusado-dijo-duda de su culpa. Muy humano. ¿Quién de nosotros se conoce? ¿Quién de nosotros conoce sus propios delitos y secretas fechorías? Pero algo podemos afirmar ya desde ahora, antes de que vuelvan a encenderse las pasiones de nuestro juego: si Traps es un asesino, cosa que afirmo y deseo en mi fuero íntimo, nos hallamos ante un momento particularmente solemne. Y con razón. Descubrir un homicidio es un acontecimiento grato, un acontecimiento que hace latir con más fuerza nuestros corazones y nos enfrenta a tareas, decisiones y obligaciones nuevas, por eso permítanme felicitar antes que nada a nuestro presunto homicida, ya que sin asesino es imposible descubrir un crimen o administrar justicia. ¡A la salud especial, pues, de nuestro amigo, de nuestro modesto Alfredo Traps, al que un hado favorable condujo hasta nosotros!

Júbilo general, todos se levantaron y brindaron a la salud del representante general, que, con lágrimas en los ojos, agradeció y aseguró que aquella era la velada más hermosa de su vida.

Y el fiscal, también con lágrimas en los ojos, prosiguió:

-La velada más hermosa de su vida, ha dicho nuestro venerado amigo: ¡qué frase tan conmovedora! Recordemos los tiempos en que nos tocaba desempeñar un oficio al servicio del estado. El acusado no estaba entonces frente a nosotros como amigo, sino como enemigo, y teníamos que rechazar a quien ahora podemos estrechar contra nuestro pecho. ¡Permítame que lo abrace!

Y diciendo esto, se incorporó de un salto, levantó con fuerza a Traps y lo abrazó impetuosamente.

-Señor fiscal, queridísimo amigo- balbuceó el representante general.

-¡Mi querido acusado, Herr Traps! –sollozó el fiscal-. Tuteémonos, por favor. Me llamo Kurt. ¡A tu salud, Alfredo!

-¡A tu salud, Kurt!

Se besaron, se abrazaron, se acariciaron, brindaron el uno por el otro mientras se contagiaba la emoción, la unción que presidía esa incipiente amistad.

-¡Cómo ha cambiado todo! –exclamó el fiscal, jubiloso-, Si antes nos afanábamos desesperados de caso en caso, de delito en delito, de fallo en fallo, ahora fundamentamos, replicamos, referimos, disputamos, hablamos y respondemos con calma, con cordialidad, con alegría, aprendemos a querer y valorar al acusado, cuya respuesta es la simpatía, y así, quedamos ambos hermanados. Una vez instaurada esta cordialidad, todo resulta fácil, el delito se torna ligero y la sentencia, agradable. Permitidme pronunciar, pues, unas palabras de reconocimiento ante este homicidio consumado – (Interrupción de Traps, otra vez de excelente humor: “Pruebas, mi querido Kurt, pruebas”)-. Y muy justificadamente, pues se trata de un asesinato perfecto, hermoso- Nuestro entrañable homicida podría descubrir en mis palabras un cinismo descarado; nada más ajeno a mí; su acto puede calificarse de “hermoso” en dos sentidos: uno filosófico y otro virtuoso-técnico. Pues nuestros contertulios, querido Alfredo, han renunciado ya al prejuicio de ver en el delito algo horrible, repulsivo, y en la justicia, en cambio, algo bello, o más bien atrozmente bello. No, también en el delito consideramos la belleza como condición previa e ineludible de la justicia. Este es el aspecto filosófico. Y ahora rindamos homenaje a la belleza técnica del acto delictivo. Si, homenaje. Creo haber dado la palabra exacta, pues mi requisitoria no quiere ser un discurso intimidatorio capaz de molestar o confundir a nuestro amigo, sino un homenaje que le haga ver su crimen, permitiendo que florezca y acercándolo a su conciencia. Tan sólo sobre el pedestal puro del conocimiento se podrá erigir el monumento sin fisuras de la justicia.

El anciano fiscal de ochenta y seis años hizo una pausa, exhausto. Pese a su edad, había hablado con voz fuerte y estridente, gesticulando muchísimo. Se enjugó el sudor de la frente con la servilleta manchada que llevaba al cuello, y secó luego su arrugada nuca. Traps estaba conmovido. Permaneció repantigado en su silla, torpe y pesado por la comida. Estaba satisfecho, pero no quería ser menos que esos cuatro ancianos; aunque se confesó a sí mismo que el insaciable apetito y la sed desmesurada de esos viejos lo traía de cabeza. Él tenía buen diente, pero jamás había visto tanta vitalidad y glotonería juntas. Asombrado, paseó una mirada perezosa por la mesa, halagado por la cordialidad con que lo trataba el fiscal, oyó las doce solemnes campanadas de la iglesia y luego, a lo lejos, el coro de los criadores de ganado menor: “Como un viaje es nuestra vida...”.

-Como en un cuento –repetía alelado el representante general., como en un cuento. –Y luego dijo-: ¿Así que yo he cometido un asesinato? ¿Justamente yo? Quisiera que me dijerais cómo.

Mientras, el juez había descorchado otra botella de Château Margaux del 14, y el fiscal, recuperado, empezó a hablar nuevamente.

-¿Qué ha ocurrido, pues? –dijo-. ¿Cómo descubrí que nuestro querido amigo merece ser elogiado por un crimen, y no sólo por un crimen común, no, sino por uno cometido con gran virtuosismo, consumado sin derramamiento de sangre, sin recurrir a medios como el veneno, el revólver u otros similares?

Carraspeó, y Traps, con un trozo de Vacherin en la boca, se quedó mirándolo fijamente, como hechizado.

En su condición de especialista, prosiguió el fiscal, tenía que partir de la tesis de que detrás de cualquier hecho o persona podía ocultarse un delito. Su primer presentimiento era de que Herr Traps era un hombre privilegiado por el destino y agraciado con un crimen se debió a la circunstancia de que, un año antes el viajante de textiles aún circulaba en un Citroën viejo, mientras que ahora presumía de ir en un Studebaker.

-Ahora bien –continuó-, sé perfectamente que vivimos en una época de gran prosperidad, por lo que sólo se trataba de una vaga intuición, más bien comparable a la sensación de estar ante una experiencia muy grata, como puede ser, justamente, el descubrimiento de un crimen. Que nuestro querido amigo asumiera luego el puesto de su jefe, que tuviera que desplazarlo y que el jefe muriera, son todos hechos que aún no constituían pruebas, sino simples elementos que corroboraban esa sensación, que la fundamentaban. La sospecha, cimentada sobre una base

lógica, sólo surgió cuando supimos de qué había muerto el legendario jefe: de un infarto de miocardio. De allí había que partir y combinar los hechos, dar prueba de perspicacia e intuición, proceder discretamente, aproximarse con cautela a la verdad, detectar lo insólito en lo habitual, lo definido en lo indefinido, los contornos en la niebla, creer en un homicidio justamente porque parecía absurdo suponerlo. Echémosle una mirada al material disponible. Tracemos una semblanza del difunto. Poco es lo que sabemos de él, y ese poco lo hemos deducido de las palabras de nuestro simpático huésped. Herr Gygax era el representante general de la fibra sintética hefeston, a la que estamos dispuestos a atribuir todas las agradables casualidades que nuestro queridísimo Alfredo le atribuye. Era un hombre, según podemos deducir, que iba a por todas, capaz de explotar despiadadamente a sus subordinados, y de hacer pingües negocios, aunque los medios que emplease para ello fueran más que discutibles.

-Así es –exclamó Traps entusiasmado-, Una descripción perfecta de aquel bribón.

-Podemos concluir asimismo –prosiguió el fiscal- que le gustaba dárseles de robusto y bravucón, de hombre de negocios triunfador, más corrido que un zorro viejo y siempre a la altura de cualquier situación, razón por la que mantenía en riguroso secreto su grave dolencia cardíaca (también aquí citamos a Alfredo) y vivía esta deficiencia con una especie de rabia recalcitrante, según podemos imaginar, como un desmedro de su prestigio personal, por así decirlo.

-Magnífico –exclamó el representante general, perplejo, aquello rayaba casi en la brujería, y él apostaba a que Kurt había conocido al difunto.

Que por favor se callara, bisbiseó el defensor.

-A ello se suma –explicó el fiscal-, si queremos completar el retrato de Herr Gygax, que el difunto descuidaba a su esposa, a quien hemos de imaginar como una mujercita apetitosa y bien plantada: así, al menos, se ha expresado aproximadamente nuestro amigo. Para Gygax solo contaba el éxito, el negocio, las apariencias, la fachada, y podemos suponer con cierta probabilidad que estaba convencido de la fidelidad de su esposa y se tenía a sí mismo por una personalidad demasiado excepcional y un varón demasiado fuera de lo común como para que en ella pudiera aflorar siquiera la idea del adulterio. Por eso hubiera sido un duro golpe para él enterarse de que su mujer lo engañaba con nuestro Casanova del club La Buena Vida.

Todos rompieron a reír y Traps se dio una palmada en los muslos.

-Y lo fue –dijo radiante, confirmando la sospecha del fiscal-. De verdad fue un golpe de gracia.

-Usted está sencillamente loco –gimió el defensor.

El fiscal se había puesto de pie y miraba, satisfecho, a Traps, que estaba raspando el Tête de Moine con su cuchillo.

-¡Ajá! –exclamó-. ¿Y cómo se enteró el viejo pecador? ¿Se lo confesó su apetitosa mujercita?

-Era demasiado cobarde para hacerlo, señor fiscal –respondió Traps-, le tenía un miedo atroz al gángster.

-¿Lo descubrió el mismo Gygax?

-Era demasiado presumido para eso.

-¿O se lo confesaste tú, mi estimado amigo y don Juan?

Traps se sonrojó involuntariamente.

-Claro que no Kurt –dijo-. ¿cómo se te ocurre? Uno de los que hacían negocios sucios con el viejo bribón lo puso al tanto de todo.

-¿Cómo así?

-Quería perjudicarme. Siempre me había tenido ojeriza.

-¡Hay cada pájaro! –dijo el fiscal, asombrado-. Pero, ¿cómo se enteró ese caballero de tu relación?

-Se lo conté yo.

-¿Se lo contaste?

-Pues sí... entre copa y copa uno cuenta tantas cosas...

-Admitido –dijo el fiscal con una inclinación de cabeza-, pero acabas de decir que aquel colega de Herr Gygax te tenía ojeriza. ¿No tendrías ya *de antemano* la certeza de que el viejo gángster se enteraría de todo?

En ese momento intervino enérgicamente el defensor y hasta se levantó bañado en sudor, el cuello de la levita empapado. Deseaba recordarle a Traps, dijo, que no estaba obligado a responder esa pregunta.

Traps era de otra opinión.

-¿Y por qué no? -dijo-. Si es una pregunta de lo más inocente. La verdad es que me importaba un rábano que Gygax se enterase o no. El viejo gángster era tan desconsiderado conmigo que nada me obligaba a ser considerado con él.

Por un instante reinó el silencio en el comedor, un silencio de muerte, y luego estalló la barahúnda: jolgorio, carcajadas homéricas, un huracán de júbilos. El individuo calvo y taciturno abrazó y besó a Traps, el defensor perdió sus quevedos de tanto reírse -era imposible enfadarse con semejante acusado-, mientras que el juez y el abogado se pusieron a bailar por la habitación, a golpear las paredes al tiempo que se estrechaban la mano, se trepaban a las sillas, rompían botellas y gastaban las bromas más absurdas por puro placer. Que el acusado había vuelto a confesar, graznó estentóreamente el fiscal, apoyado en el respaldo de una silla: le faltaban palabras para elogiar al estimado huésped, que desempeñaba estupendamente su papel, añadió.

-El caso está clarísimo, ahora tenemos la certeza absoluta -siguió diciendo el fiscal desde la bamboleante silla como un monumento barroco roído por la intemperie-. ¡Contemplemos a nuestro estimado, a nuestro queridísimo Alberto! Se hallaba a merced de aquel jefe gángster y circulaba en su Citröen por toda la región. ¡Hace tan sólo un año! Ya de eso hubiera podido enorgullecerse nuestro amigo, este padre de cuatro criaturas, este hijo de obreros. Y con razón. Durante la guerra a duras penas llegó a ser un buhonero sin permiso, un vagabundo que negociaba con mercancía ilegal, un pequeño estraperlista que iba en tren de pueblo en pueblo o a pie por los caminos vecinales, recurriendo a menudo kilómetros y kilómetros de oscuros bosques rumbo a granjas remotas, con un mugriento bolso de cuero en bandolera, o bien un cesto o una maleta medio reventada en la mano. Luego mejoró su situación, encontró un puestecillo en una empresa y se afilió al partido liberal, al contrario de su padre, que era marxista. Pero ¿quién se echa a descansar en la rama hasta que la que ha logrado trepar cuando, por encima de él, en la cima, por decirlo poéticamente, se le ofrecen nuevas ramas con frutos aún mejores? Ciertamente es que el ganaba bien e iba en su Citröen de lencería en lencería, no era un coche malo, pero nuestro querido Alfredo veía surgir modelos nuevos por doquier, coches que pasaban como una exhalación, precipitándose a su encuentro, o adelantándolo. El bienestar aumentaba en el país ¿cómo no participar también de él?

-Fue exactamente así, Kurt -exclamó Traps, radiante-. Exactamente así.

El fiscal estaba ahora en su elemento, feliz y contento como un niño espléndidamente obsequiado.

-Decir eso era más fácil que hacerlo -explicó, siempre apoyado en el respaldo de su silla-; su jefe no lo dejaba ascender, lo explotaba perversa y despiadadamente, le daba anticipos para atarlo todavía más, sabía cómo esclavizarlo en forma cada vez más inmisericorde.

-Muy justo -exclamó el representante general, indignado-. No pueden imaginarse, caballeros, de qué manera me atenazaba el viejo gángster.

-Y hubo que jugarse el todo por el todo -dijo el fiscal.

-¡Y cómo! -ratificó Traps.

Las intervenciones del acusado fueron entusiasmando al fiscal, que de pronto se puso en pie sobre la silla y empezó a agitar como una bandera su servilleta manchada de vino, con restos de ensalada, salsa de tomate y carne en el chaleco.

-Nuestro querido amigo actuó primero en el plano profesional, tampoco aquí muy correctamente, según el mismo admite. Ya podemos hacernos una idea de cómo. Se ponía secretamente en contacto con los proveedores de su jefe, sondeaba la situación, ofrecía mejores condiciones, sembraba la confusión, se entrevistaba con otros viajantes de textiles y concluía alianzas y contralianzas simultáneamente. Pero al final se le ocurrió seguir otro camino.

-¿Otro camino? -preguntó Traps, atónito.

El fiscal asintió con la cabeza.

-Y ese camino, señores, llevaba en línea directa del sofá del salón de Gygax a su lecho conyugal.

Todos rompieron a reír, particularmente Traps.

-Así es –confirmó-, fue una jugada sucia que le hice al viejo gángster. Aunque ahora que lo pienso, la situación no dejaba de ser divertida. Hasta la fecha he sentido vergüenza de todo aquello, pues ¿a quién le gusta arrojar luz sobre sí mismo? El que menos tiene sus trapitos sucios, aunque, entre amigos tan comprensivos, la vergüenza se vuelve ridícula e innecesaria. ¡Es curioso! Me siento comprendido y también empiezo a comprenderme a mí mismo, como si fuera conociendo a una persona que soy yo mismo y a la que antes sólo conocía vagamente como a un representante general con un Studebaker y mujer e hijos en alguna parte.

-Comprobamos con satisfacción –dijo entonces el fiscal en tono cálido y cordial- que a nuestro amigo se le ha encendido una lucecilla. Sigamos ayudándole, para que acceda a la claridad diurna. Indaguemos sus motivaciones con el celo entusiástico de los arqueólogos, y tropezaremos con espléndidos delitos olvidados. Inicio una relación con la señora Gygax. ¿Qué lo indujo a ello? Imaginemos que un día vio a la apetitosa mujercita. Quizá fuera a última hora de una tarde, de una tarde de invierno, a eso de las seis -(Traps: “¡A las siete, Kurt, a las siete!”)-, con la ciudad ya envuelta en su belleza nocturna, las farolas doradas, los escaparates iluminados, las luces verdes y amarillas de los cines y letreros luminosos por todas partes, una atmósfera íntima, voluptuosa, seductora. A través de calles resbaladizas condujo su Citroën hasta el barrio residencial donde vivía su jefe -(Traps interrumpió entusiasmado: “¡Sí, Si, un barrio residencial!”)-, llevando bajo el brazo una carpeta con pedidos y muestras de telas; había que tomar una decisión importante, pero la limusina de Gygax no estaba en su lugar habitual junto a la acera, pese a lo cual Alfredo atravesó el oscuro parque, llamó al timbre, la señora Gygax abrió y le dijo que su esposo no vendría esa noche a casa y que la criada había salido; llevaba puesto un peinador o, mejor dicho, un albornoz, pero que entrara a tomar un aperitivo, añadió, sería un placer para ella, y ambos se instalaron así en el salón, lado a lado.

Traps estaba estupefacto.

-Pero, ¿cómo sabes todo eso, Kurt? Ya parece brujería.

-¡Cuestión de práctica! –explicó el fiscal-. Los crímenes discurren todos por cauces idénticos. Ni siquiera fue una seducción por parte de Traps o de la mujer, fue una oportunidad que el aprovechó. Ella estaba sola y se aburría, no tenía en mente nada concreto y se alegró de poder conversar con alguien en la agradable tibieza del salón. Bajo su albornoz de flores policromas no llevaba sino el camisón, y, cuando Traps se sentó a su lado y vio aquel cuello blanco, el nacimiento de los senos, cuando ella empezó a hablar, indignada con su marido, desilusionada, según pudo notar nuestro amigo, este comprendió que era el momento de averiguar, y no tardó en saberlo todo sobre Gygax, cómo cualquier emoción fuerte podía acabar con su vida, su edad, lo perverso y grosero que era con su esposa y lo firmemente convencido que estaba de su fidelidad, pues de una mujer dispuesta a vengarse de su marido se puede saber todo; y él continuó con la relación, ahora ya con un propósito determinado, pues lo que buscaba era arruinar a su jefe valiéndose de cualquier medio y pasara lo que pasara; y así llegó el momento en que tuvo todas las cartas en la mano (clientes, proveedores, la blanca y suave esposa por las noches, desnuda), y en que tiró de la cuerda y provocó el escándalo. Intencionadamente. También estamos informados de todo esto; la intimidad de un crepúsculo, nuevamente el atardecer. Encontramos a nuestro amigo en un restaurante, digamos que en una taberna del barrio viejo de la ciudad, calefacción un poco fuerte, ambiente holgado, patriótico, correcto hasta en los precios, ventanas con cristales abombados, tabernero imponente -(Traps: “¡En la taberna del ayuntamiento, Kurt!”)-, o mejor dicho, tabernera imponente, entre retratos de clientes fijos ya fallecidos, un vendedor de periódicos que atraviesa el local y vuelve a salir, más tarde el Ejército de Salvación con varias canciones, “Dejad entrar los rayos del sol”, unos cuantos estudiantes, un profesor, sobre una mesa dos copas y una botella de buen vino, no importa pagar un poco más, y por último, en un rincón, pálido, gordo, sudoroso, con el cuello desabrochado, congestionado como la víctima que iba a ser eliminada, el pulcro compañero de trabajo, extrañado, preguntándose qué significaba todo aquello, por qué Traps lo habría invitado allí de buenas a primeras, y escuchaba atentamente de boca del propio Traps para luego, al cabo de varias horas y como no podía ser de otra forma y según había previsto nuestro Alfredo, correr a ver al jefe y, movido por un sentimiento de deber, amistad y vergüenza propia y ajena, poner a aquel pobre infeliz al corriente de todo.

-¡Un gran hipócrita! –exclamó Traps, que seguía fascinado y con los ojos brillantes la exposición del fiscal, feliz de escuchar la verdad, su orgullosa, audaz y solitaria verdad.

Y luego:

-Y así llegó la hora fatal, el instante muy bien calculado en que Gygax se enteró de todo; imaginémonos que el viejo gángster aún logró volver a casa hecho una furia, sudoración profusa ya en el coche, dolores en la región cardíaca, temblor de manos, policías irritados que tocan sus silbatos, señales de tráfico no respetadas, un fatigoso arrastrarse del garaje a la puerta de la casa, el colapso, quizá todavía en el pasillo, mientras la esposa corría a su encuentro, aquella mujercita guapa y apetitosa; no duró mucho, el médico aún le suministró morfina, luego el adiós definitivo tras un estertor sin importancia, los sollozos de la esposa, y Traps en su casa, rodeado de sus seres queridos, descuelga el teléfono, consternación, por dentro júbilo, estado anímico del que dice “lo he logrado”, y tres meses después el Studebaker.

Nuevas carcajadas. El bueno de Traps, que iba de sorpresa en sorpresa, también se rió, aunque un tanto desconcertado, se rascó la cabeza e hizo al fiscal un gesto de aprobación, sin sentirse desgraciado. Estaba incluso de buen humor. La velada le parecía todo un éxito; el hecho de que lo acusaran de un crimen lo desconcertaba un poco y le daba que pensar, pero era un estado de ánimo más bien agradable porque hacia aflorar en él cierta intuición de valores superiores, de justicia, culpa y expiación, y lo llenaba de asombro. El miedo, que no se le había olvidado y lo había asaltado en el jardín y, más tarde, ante las explosiones de hilaridad de los comensales, se le antojó entonces infundado y hasta lo divirtió. ¡Todo era tan humano! Aguardaba ansiosamente lo que vendría luego. Los comensales pasaron al salón para tomar café, tambaleándose (el defensor estuvo a punto de caerse) a través de un espacio repleto de *bibelots* y de floreros. Enormes grabados en las paredes, vistas urbanas, temas históricos, el juramento de Rütli, la batalla de Laupen, la decadencia de la Guardia Suiza, el escuadrón de los Siete Justos, techo de yeso, estucado, en un rincón un piano de cola, sillones cómodos, bajos, gigantescos, con piadosas sentencias bordadas sobre ellos: “Feliz quien sigue la senda de los justos”, “No hay mejor almohada que una conciencia tranquila”. Por las ventanas abiertas se veía, o más bien intuía, la carretera comarcal, sin duda imprecisa en la oscuridad, pero fabulosa entre las luces suspendidas y los faros de los escasos coches que pasaban a esa hora, pues ya eran casi las dos. Nunca había oído nada tan arrobador como el discurso de Kurt, afirmó Traps. No tenía mayores comentarios que hacer en lo esencial, aunque unas ligeras rectificaciones serían muy apropiadas. El pulcro amigo y compañero de trabajo era bajito y delgado, por ejemplo, y usaba un cuello duro sin la menor mancha de sudor, y la señora Gygax no lo había recibido en albornoz, sino en un kimono ampliamente escotado, de suerte que lo del “placer para ella” también había que tomarlo metafóricamente –aquél era uno de sus chistes, comentó, un ejemplo de su modesto humor-, el merecido infarto del jefe gángster no le sobrevino en su casa, sino en sus bodegas durante un temporal del *Föhn*, el viento cálido del sur, aún lograron llevarlo a un hospital, pero un paro cardíaco se lo llevó poco después; todo esto, como había dicho, era secundario, y en cambio exactísimo lo que acababa de explicar su entrañable amigo del alma, el señor fiscal: la verdad es que sólo se lió con la señora Gygax para arruinar al viejo gángster, sí, aún recordaba perfectamente cómo, estando él acostado en *su* cama (la de Gygax), había mirado por encima de *su* mujer una fotografía de *su* antipática y gorda carota con unas gafas de carey ante los ojos saltones, y cómo había intuido entonces, con una alegría salvaje, que al hacer tan animada y solícitamente lo que hacía, estaba asesinando realmente a su jefe, asestándole el golpe de gracia con total sangre fría.

Ya estaban todos sentados en los mullidos sillones de las estancias cuando Traps hizo estas aclaraciones, cada cual con su tacita de café caliente en la mano, revolviendo con la cucharilla y bebiendo además un coñac del año 1893, Roffignac, en grandes copas panzudas.

Que a continuación pasaría la petición de pena, anunció el fiscal, sentado de través en un monstruoso sillón de orejas, sobre uno de cuyos brazos había apoyado las piernas con dos calcetines distintos (uno gris oscuro a cuadros y otro verde). El amigo Alfredo no había incurrido en un *dolo indirecto*, como hubiera sido el caso de haberse producido la muerte en forma casual, sino en un *dolo malo*, con premeditación y alevosía, según lo indicaban el hecho de que él mismo provocara el escándalo, por un lado, y por el otro, el que tras la muerte del jefe gángster no volviera a visitar a su apetitosa mujercita, lo cual llevaba a pensar forzosamente que la esposa sólo había sido un instrumento para realizar sus sanguinarios proyectos, la galante arma asesina, como quien dice, y que por consiguiente estaban en presencia de un homicidio perpetrado psicológicamente y de modo tal que, aparte de un adulterio, no había habido violación alguna de

ley, esto sólo en apariencia, claro está, en vista de lo cual, ahora que esa apariencia se había desvanecido tras las amables confesiones del propio acusado, él tenía el placer, como fiscal –y con ello concluiría su homenaje- de solicitar del alto tribunal la pena de muerte para Alfredo Traps, como recompensa por un crimen que bien merecía admiración, asombro y respeto, y tenía derecho a figurar entre los más extraordinarios del siglo.

Todos se rieron, aplaudieron y se abalanzaron sobre la tarta que Simone estaba sirviendo en ese instante: para cerrar con broche de oro la velada, según dijo. Fuera se levantó, como atracción, la fina hoz de luna tardía; rumor moderado entre los árboles, el resto era silencio; por la carretera pasaba muy de rato en rato un automóvil o algún noctámbulo que volvía a su casa zigzagueando cautelosamente. El representante general se sentía protegido, sentado allí junto a Pilet en un sofá mullido y acogedor sobre el cual se leía: “Muchas veces en el círculo de mis seres queridos”. Rodeó con un brazo el cuello del taciturno personaje, que sólo a ratos dejaba escapar un asombrado “¡fabuloso!”, con una “f” alargada, sibilante y se amoldo a su brillantinesca elegancia. Con ternura. Con cariño. Mejilla contra mejilla. El vino lo había vuelto pesado y pacífico, por fin disfrutaba de la posibilidad de ser él mismo entre aquel comprensivo círculo, sin tener secretos que ya no eran necesarios, de verse homenajeado, respetado, amado, comprendido, y la idea de haber cometido un crimen le resultaba cada vez más convincente, lo conmovía, transformaba su vida, volviéndola más compleja, heroica, valiosa. Casi podía decirse que lo entusiasmaba. Había planeado y perpetrado ese homicidio –según se imaginaba ahora- no tanto por una motivación profesional o económica como podría ser, pongamos por caso, el deseo de comprarse un Studebaker, sino –y son éstas las palabras precisas- para ser un hombre más profundo y esencial, según intuía vagamente ya en el límite de sus facultades mentales, un hombre digno del respeto y el aprecio de esos hombres sabios que ahora le recordaban –Pilet incluido- a unos magos de tiempos primitivos sobre los que una vez leyera algo en el *Reader's Digest* y que no sólo conocían el enigma de las estrellas, sino también los secretos de la justicia (palabra que lo embriagaba), que para él no había sido hasta entonces sino una vejación abstracta en su vida de viajante de textiles, y que ahora se levantaba como un sol inmenso e inconcebible sobre su limitado horizonte, como una idea no del todo comprendida y que por eso lo emocionaba y conmovía con mucha mayor fuerza; y así, sorbiendo un coñac castaño claro, escuchó, asombradísimo al comienzo, luego cada vez más indignado, la argumentación de su obeso defensor, esas apasionadas tentativas por reconvertir su acto delictivo en algo habitual, burgués, cotidiano. Que había escuchado con gran placer el fantasioso discurso del señor fiscal, explicó Herr Kummer levantando sus quevedos de la rojiza e hinchada masa carnosa que tenía en medio de la cara, y lanzándose a pontificar entre breves y graciosos ademanes geométricos. Ciertamente es que el viejo gángster Gygax había muerto tras hacerle la vida imposible a su cliente, y que este había acumulado contra él una auténtica animosidad, tratando de eliminarlo, ¿quién iba a negarlo?, son cosas que pasan en cualquier parte, dijo, y lo único realmente fantástico era presentar la muerte de un hombre de negocios enfermo del corazón como un asesinato (“Pero si yo lo maté”, protestó Traps como cayendo de las nubes); a diferencia del fiscal, él consideraba al acusado inocente y, más aún, incapaz de cualquier culpabilidad (Traps lo interrumpió, esta vez ya amargado; “¡Pero si yo soy culpable!”). El representante general de la fibra sintética hefeston era ejemplo para muchos, añadió. Al definirlo como alguien incapaz de tener culpa no quería afirmar que fuera inocente, todo lo contrario, Traps estaba más bien atrapado por todas las formas posibles de la culpa: cometía adulterio y a veces se abría paso por la vida timando con cierta mala fe, aunque no al extremo de que su vida estuviera hecha de timos y adulterios, no, no, también tenía sus lados positivos, sus virtudes, claro que sí. El amigo Alfredo era un hombre trabajador, tenaz, amigo fiel de sus amigos, un hombre que intentaba asegurar un porvenir mejor a sus hijos, políticamente fiable en líneas generales, aunque ligeramente salpicado, manchado por ciertas lacras típicas e inevitables en muchas vidas mediocres, y precisamente por eso incapaz de cargar con ninguna gran culpa, pura y altiva, de cometer sin titubeos una mala acción, un delito claro e inequívoco. (Traps: “¡Calumnia, pura calumnia!”). Que no era un delincuente, prosiguió, sino una víctima de su tiempo, de Occidente, de una civilización que ¡ay! (y aquí se fue poniendo más y más nebuloso) había perdido la fe, el Cristianismo y los principios de una ética universal para volverse caótica, de suerte que el individuo no tenía estrella alguna que lo guiara y era presa de la confusión y el salvajismo, de la primacía del más fuerte y la carencia de una auténtica moralidad. ¿Qué había ocurrido? Que este hombre del montón, totalmente desprevenido, había caído en las

garras de un fiscal astuto y perspicaz. Sus maniobras y tejemanejes instintivos dentro del sector textil, su vida privada, todas las aventuras de una existencia integrada por viajes de negocios, luchas por ganarse el pan cotidiano y unas cuantas diversiones más o menos inocentes, todo aquello acaba de ser radiografiado, investigado, disecado, hechos inconexos habían sido relacionados y juzgados como un proyecto lógico y global, incidentes aislados se habían presentado como móviles de acciones que igual se hubieran podido producir de otra manera, el azar se había interpretado torvamente como propósito, y la irreflexión, como premeditación, y así, al final de interrogatorio acabó surgiendo un asesino como del sombrero de un prestidigitador sale un conejo (Traps: “¡No es verdad!”). Considerando el caso Gyax con lucidez y objetividad, sin sucumbir a las mistificaciones del fiscal, podía concluirse que el viejo gángster había sido, en lo esencial, culpable de su propia muerte, consecuencia de su vida desordenada y de su constitución física. El origen de la enfermedad de los ejecutivos es de sobra conocido: estrés, ruido, matrimonio y nervios destrozados, aunque en el caso específico de este infarto el causante había sido la tormenta de Föhn, el viento cálido del sur, mencionada por Traps, porque el Föhn desempeñaba un papel importante en los infartos de miocardio (Traps: “¡Ridículo!”); se había tratado pues, muy a las claras, de un mero accidente. Ciertamente era que su cliente había actuado sin ningún miramiento, pero es que también él se hallaba sometido a las leyes del mundo de los negocios, según lo había recalcado repetidas veces; claro que hubiera querido, y más de una vez, matar a su jefe, que cosas no se le ocurren a uno y cuantas no realizamos en nuestra mente, pero sólo en ella, de modo que fuera de esas elucubraciones no existía ni podía realizarse delito alguno. Era absurdo suponerlo, y más absurdo todavía que su propio cliente creyera ahora haber perpetrado realmente un crimen: aparte de la avería de su coche había tenido una segunda avería, esta de orden espiritual, en vista de lo cual, y en su condición de abogado defensor, solicitaba para Alfredo Traps la absolución, etc. Etc. La irritación del representante general iba en aumento ante la benévola niebla con que se intentaba encubrir su hermoso crimen y en la que este se distorsionaba, se diluía y se volvía irreal, espectral, producto de la oscilación barométrica. Se sintió subestimado y volvió a protestar cuando el defensor hubo terminado. Indignado, se puso de pie sosteniendo un plato con otra porción de tarta en la mano derecha y su copa de Roffignac en la izquierda, y declaró que, antes de que pasaran a la sentencia, quería expresar una vez más su adhesión al discurso del fiscal –aquí los ojos se le llenaron de lágrimas–, que lo suyo había sido un crimen, un homicidio consciente, ahora lo veía claro, mientras que el discurso del defensor lo había decepcionado muchísimo, casi diría aterrado, ya que precisamente de él había esperado, o le hubiera gustado esperar, cierta comprensión, por eso pedía que se pronunciase la sentencia o, mejor aún, la condena, no en una actitud servil, sino con entusiasmo, pues aquella noche había comprendido por primera vez lo que significaba llevar una vida *auténtica* (aquí se confundió un poco el honesto y valeroso Traps), para la cual los elevados conceptos de justicia, culpa y expiación eran tan necesarios como esos elementos y combinaciones químicas con los cuales se fabricaba su fibra sintética, por no salirse de su ramo; era ésta una comprobación que lo había hecho renacer –que le perdonaran su vocabulario un tanto torpe para todo lo que no fuera de su profesión, añadió, le era prácticamente imposible expresar lo que pensaba de verdad–; de todas formas, la palabra “renacer” le parecía adecuada para manifestar la dicha que ahora lo embargaba, atravesaba y agitaba como un potente viento huracanado.

Y así llegaron a la sentencia, que el juez bajito y por entonces ya completamente borracho pronunció, con gran esfuerzo, entre carcajadas, chillidos, gritos de júbilo e intentos de alaridos (por parte de Herr Pilet), pues no sólo se había trepado o, mejor dicho, metido en el piano de cola que había en el rincón y acababa de abrir, sino que el idioma también le planteó serias dificultades. Tropezó con algunas palabras y tergiversó o mutiló otras, empezó frases que luego no pudo dominar y retomó otras cuyo sentido se le había olvidado hace rato, pero aun así pudo adivinarse la argumentación a grandes rasgos. Comenzó preguntándose quién tenía razón, si el fiscal o el defensor, si Traps había cometido uno de los crímenes más extraordinarios del siglo o era inocente. Él se sentía incapaz de adoptar uno de los dos criterios, dijo. Ciertamente era que Traps no había estado a la altura del interrogatorio del fiscal, tal como opinaba el defensor, y por eso confesó muchas cosas que tampoco habían ocurrido de esa forma, pero también era cierto que había asesinado, no con premeditación diabólica, claro que no, sino por la simple razón de que había hecho suya la irresponsabilidad del mundo en que vivía inmerso como representante general de la fibra sintética hefeston. Había matado porque para él era lo más natural del mundo

acorrallar a alguien y actuar sin miramientos, pasara lo que pasara. En el mundo que él recorría velozmente en su Studebaker nada le hubiera ocurrido –ni hubiera podido ocurrirle– al querido Alfredo; pero él había tenido la gentileza de visitarlos en aquel silencioso chalet blanco (aquí el discurso del juez se volvió nebuloso, y el hombrecillo sólo atinó a decir lo que sigue entre sollozos de júbilo, interrumpidos de cuando en cuando por poderosos y vibrantes estornudos que hacían desaparecer su cabecita en un enorme pañuelo, provocando carcajadas cada vez más violentas en los otros), de visitar a cuatro ancianos que habían iluminado su mundo con el impoluto rayo de la justicia, una justicia que, él lo sabía, vaya si lo sabía, mostraba rasgos bastante extraños, sonreía sarcásticamente desde cuatro caras trabajadas por el tiempo, se reflejaba en el monóculo de un fiscal decrepito, en los quevedos de un defensor obeso, se reía desde la boca desdentada de un juez borracho y ya un tanto balbuceante, y relucía sobre la calva de un verdugo jubilado (los otros, impacientes ante tanto despliegue poético, chillaban: “¡La sentencia, la sentencia!”), una justicia sin duda grotesca, extravagante, jubilada, pero así y todo *la* justicia (los demás, al unísono: “¡La sentencia, la sentencia!”) en cuyo nombre él condenaba ahora a su extraordinario y queridísimo amigo Alfredo a la pena capital (el fiscal, el defensor, el verdugo y Simone: vivas y exclamaciones de júbilo; Traps, sollozando también por la emoción: “¡Gracias, querido juez, gracias!”), condena que, eso sí, jurídicamente sólo se apoyaba en la confesión de culpabilidad del propio acusado. Esto era, en definitiva, lo más importante. Se alegraba, pues, de haber pronunciado una condena que el reo aceptara tan plenamente; la dignidad del ser humano no admitía gracia alguna, y el distinguido huésped había recibido gozoso esa consagración de su homicidio que, así lo esperaba él, se había producido en circunstancias no menos gratas que el propio crimen. Lo que en la vida de un burgués, de un hombre cualquiera ocurría por casualidad –un accidente, por ejemplo–, o se manifestaba como un simple imperativo de la naturaleza bajo forma de enfermedad –la obstrucción de algún vaso sanguíneo por una embolia, o bien una excrescencia maligna–, se presentaba aquí como un resultado moral ineludible, pues sólo aquí alcanzaba la vida su plenitud en el sentido de una obra de arte, sólo aquí tornábase visible la tragedia humana, sólo aquí brillaba con luz propia, adaptando una forma impecable y logrando su consumación (los demás “¡Basta, basta!”); sí, podría decirse que sólo en el acto de proclamación del veredicto que convierte al acusado en condenado se consuma el espaldarazo de la justicia, que no hay nada más elevado, noble y grandioso que la condena a muerte de un hombre. Y es lo que había ocurrido. Traps, aquel hijo quizá no tan legítimo de la fortuna –pues en el fondo sólo era admisible una pena de muerte condicional de la que, sin embargo, prefería prescindir para no decepcionar a su entrañable amigo–, en fin, Alfredo se hallaba ahora a la altura de ellos y era digno de ser admitido en su asociación como un maestro del juego, etc. (Los demás: “¡Que traigan el champán!”)

La velada había alcanzado su punto culminante. El champán burbujeaba, la alegría de los contertulios era franca, animada, fraternal, hasta el defensor se sintió nuevamente envuelto en esa red de simpatía. Las velas se habían consumido, algunas estaban ya apagadas; fuera, los primeros atisbos de la aurora, de estrellas que se extinguían, de un lejano amanecer, de aire fresco y rocío. Traps, entusiasmado y exhausto a la vez, pidió que lo llevaran a su habitación, zigzagueando de un pecho a otro. Los contertulios ya sólo balbuceaban de puro borrachos, sus discursos y monólogos absurdos –ya nadie escuchaba a nadie– llenaban ruidosamente el salón. Todos olían a vino tinto y queso, y el representante general, exhausto y feliz como un niño rodeado de tíos y abuelos, recibió caricias en el pelo, besos y abrazos. El individuo calvo y taciturno lo acompañó por último arriba. Empezaron a subir las escaleras gateando penosamente, se detuvieron a medio camino, enredado uno en el otro al punto de no poder seguir, y se acuclillaron en los peldaños. Desde lo alto, la lívida luz del alba se mezclaba por una ventana con el blanco de las paredes revocadas; a ella se añadían, desde fuera los primeros rumores del día, silbidos y otros ruidos de maniobras desde el remoto apeadero del ferrocarril, vagos recuerdos de su fallido viaje de vuelta a casa. Traps se sintió feliz y satisfecho como nunca lo había estado en toda su vida pequeño burguesa. Pálidas imágenes surgieron ante él, el rostro de un chiquillo, su hijo menor, al que más quería, luego, crepuscular, el pueblecito en el que había recalado gracias a su avería, la reluciente cinta de la carretera serpenteando sobre un altozano, el montículo con la iglesia, el poderoso roble susurrante con los anillos y puntales de hierro, las colinas boscosas y, detrás de todo, un cielo infinitamente luminoso, por encima, por doquier, sin límites. Pero en ese momento el calvo se desplomó murmurando “¡quiero dormir, quiero dormir, estoy cansado, estoy cansado!” y se quedó realmente dormido, sólo alcanzó a oír cómo Traps se arrastró escaleras arriba; poco

después le llegó el ruido de una silla al caer, y el individuo calvo y taciturno se despertó en la escalera, por pocos segundos solamente, inmerso aún en sueños y recuerdos de antiguos horrores y momentos cargados de espanto; luego hubo un trajín de piernas en torno al adormilado, eran los otros que también subían. Entre chillidos y graznidos habían garrapeado sobre la mesa un pergamino con la condena a muerte, en un tono elogiosísimo y plagado de giros ingeniosos y frases académicas, en latín y alemán antiguo, tras lo cual se pusieron en marcha para depositar el resultado en la cama del representante general, sin duda ya dormido, a fin de que al día siguiente, cuando despertara, recordase con simpatía la formidable borrachera. De fuera llegaban la claridad, el alba, los primeros gorjeos de los pájaros, agudos e impacientes. Los ancianos se lanzaron escaleras arriba, tropezando con el calvo dormido, aferrándose y apoyándose unos en otros, vacilantes los tres, luchando con enormes dificultades, sobre todo en el giro de la escalera, donde fue inevitable hacer un alto, retroceder y fracasar una vez más. Pero al final consiguieron llegar hasta la puerta del cuarto de huéspedes. El juez la abrió, y el solemne grupo se quedó petrificado en el umbral, el fiscal con su servilleta aún atada al cuello: ante el marco de la ventana colgaba Traps, inmóvil, una oscura silueta contra el trasfondo plateado del cielo, envuelto en un denso aroma de rosas, tan definitiva e irremediamente que el fiscal, en cuyo monóculo se reflejaba la naciente mañana, tuvo que tomar aire antes de exclamar con sincero dolor, perplejo y abatido por la pérdida de su amigo:

-Alfredo, mi buen Alfredo ¿cómo has podido hacer esto, por amor de Dios? ¡Has dado al traste con la más hermosa de nuestras veladas!

FRIEDRICH DÜRRENMATT: nació en Berna (Suiza), en 1922. Es famoso por sus obras *La visita de la vieja Dama*, *Los Físicos* y su novela policiaca *El juez y su Verdugo*. EL cuento *La avería* es tomado de su libro *La muerte de la Pitia* que reúne cinco pequeñas obras maestras escritas entre 1952 y 1976.

La conciencia imperfecta o las averías de la conciencia

(Algunas notas a propósito de *La Avería* de Dürrenmatt).

*“El largo e incommensurable pulso del tiempo lo mueve todo.
No hay nada escondido que no pueda salir a la vida.
No hay nada conocido que no pueda volverse desconocido”*
Sófocles, Ajax

La raíz de Caín parece ser el verbo KANAH,
que quiere decir: adquirir, obtener, tener
propiedad, y, por tanto, subyugar, gobernar...
Bruce Chatwin

Friedrich Dürrenmatt es de esos escritores capaces de alegorizar la tragedia, la ironía y el esperpento como si todo fuera visto a través del “monóculo de un borracho”.

En *La Avería* o *El desperfecto* (*Die Panne*)* este escritor Suizo, último sobreviviente del expresionismo, nos pone en manos de un crimen que cuenta con una historia compleja, con una psicología profunda, con un soterrado interés económico, con un ingrediente micropolítico, a todas luces insospechable. En esta, “aún historia posible”, Dürrenmatt nos introduce, en primer lugar, en el tema de *la grieta* o *la avería*, que ilustró muy bien Fitzgerald en su gran relato *Crack up*, y Carmen Martín-Gaité en su, tal vez, mejor novela *Nubosidad Variable*. Esta especie de poética accidental nos dice que: cualquier quiebre de un objeto o accidente exterior, de alguna manera abre una grieta en la interioridad, en este caso no es sólo un “fallo en el carburador” de un auto, un accidente gratuito, sin consecuencia moral o metafísica de ningún tipo. De paso ilustra el tema del accidente, del desvío, de la aventura tal como la entendió Georg Simel cuando dijo que toda aventura contiene o abre algo que de alguna manera estaba hermético. Estamos al frente, del tema del viaje a la conciencia. Asistimos pues en este cuento a la autopsia psicológica, al monitoreo voyerista, del accidente como viaje a la conciencia, todo llevado a cabo por un fiscal cuya mirada monocular lleva a Herr Traps a una verdadera tragedia, aquélla que dice que ante los problemas de la conciencia no hay abogado defensor que valga. Incluso, cuando el abogado defensor de Herr Traps, en el juego-juicio, el señor Herr Kummer, antes de comenzar, comenta:

“El camino de la culpa a la inocencia es arduo, mas no imposible, mientras que tratar de mantener la inocencia es algo más bien desesperado, y el resultado final, desastroso”

*Existen en español dos traducciones: una, titulada *La avería* de la editorial Tusquets (1988); y la otra, titulada *El desperfecto*, de Editorial Planeta (1982). De ahí el juego en el título de estas notas.

También Dürrenmatt ilustra, en este relato, una de las más importantes poéticas del crimen: aquella que dice que detrás de todo interés, hay hombre enterrado. Nos dice, como el Archer de McDonald, que en un crimen o acto de violencia, por más irracional, inconsciente o involuntario que sea, siempre hay en ellos una historia: política, amorosa, económica o metafísica. Que detrás de toda fortuna o el más mezquino bienestar económico, hay por lo general un crimen (Balzac). Pero, sobre todo, -dice el narrador de *La avería*, a propósito del juicio de Herr Traps- “el verdadero logro es, sin duda, que hayamos descubierto un crimen perpetrado, que claro está, se le escapó brillantemente a la justicia oficial”.

Recordemos que Herr Traps, asciende por encima de los demás, pertenece al club de La Buena Vida. La manera como Dürrenmatt condensa esta situación la vemos en este magistral párrafo:

“No duró mucho –cuenta hipotéticamente el fiscal la muerte de Gygax, el muerto desenterrado- el médico aún le suministró morfina, luego el adiós definitivo, tras un estertor sin importancia, los sollozos de la esposa, y Traps en su casa, rodeado de sus seres queridos, descuelga el teléfono, consternación, por dentro júbilo, estado anímico del que dice “lo he logrado”, y tres meses después el Studebaker.

Encontramos también la poética policiaca más trágica que empieza con Edipo, (quien busca al asesino de su padre y es él mismo) sustentada en la frase de Nietzsche que dice que “conocer es un destino trágico”, que a veces es mejor olvidar y no saber o indagar tanto: trama pseudoedíptica que podemos encontrar en el caso de *Les Gommies* de Alan Robe Grillet, en la novela de David Goodiss *La luna en el arrolluelo*, de la cual hay película; en las novelas de Poncela (especialmente, *Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull*). En alguno de estos casos cada personaje puede gritar, desesperadamente, como el detective de Poncela, “El asesino soy yo”. Simboliza y pone también de manifiesto la frase de Peguy, muy occidental por cierto, y desde luego muy judeocristiana y freudiana, que dice que “Todo hombre feliz es culpable”.

Lo más interesante, ya en cuanto a la composición y a la estética del relato, es el ritual o especie de juego que pone en escena Friedrich Dürrenmatt. Y dogo pone en escena porque precisamente el cuento tiene mucho de estructura dramática, recordemos que este escritor Suizo tiene obras que son muy conocidas por su tensión, humor irónico, como *Los físicos* y *La visita de la vieja dama*. Pero en fin, creo que el juego es el juicio, el ritual es la comida. En cuanto al juego es interesante ver que llega un momento en que no se sabe dónde empieza y dónde termina, dónde esta lo real y dónde está lo fantástico.

“Estimado señor defensor –dijo Herr Traps-, el peculiar atractivo de nuestro juego consiste, en mi modestísima opinión de principiante, en despertar sensaciones siniestras y espeluznantes. El juego amenaza con volverse realidad, y, de pronto, uno se pregunta si es realmente un asesino o no, si mató o no al viejo Gygax.”

En cuanto al ritual de la comida, es muy importante, puesto que las entradas de Simone son fundamentales, lo más importante es el hecho de que el alcohol como creían los griegos es símbolo de espejo, o como diría algún presupuesto psicoanalítico del tipo palimpsestual: hay que ayudar un poco al confeso con un estímulo etílico, es decir, el alcohol hace soltar la lengua a más de un sujeto despistado. Este ritual de la comida, donde se destapan grandes verdades ocultas desde hace mucho tiempo, se encuentra ya en cuentos como *La Fiesta de Babet* de Isaak Dinesen, (del cual hay una excelente película), *El banquero anarquista* de Pessoa, *La celebración (Festen)*, película del grupo *Dogma*, y que tiene algunas salpicaduras de Hamlet y de las obras de Ibsen).

En fin, es ese tipo de relato donde se puede decir que en la comida y en el juego se conocen al culpable, o en el peor de los casos, al asesino.